

Universidad Nacional Autónoma de México
Escuela de Verano

El Estilo Literario de José Ortega y Gasset

Tesis

que presenta el señor Robert F. Molitor,
para optar al título de Maestro en Artes
en Español



BIBLIOTECA SIMÓN BOLÍVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS

México
Marzo de 1965



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas

Tesis Digitales

Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©

PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS



71 080F. 2

XN55
M6

Índice de Materias

00309

Advertencia al lector

En algunas de las páginas de esta tesis, resultaron las líneas iniciales casi ilegibles, debido a la mala clase de stencils usados. Aquí reproduzco las líneas afectadas, en el orden en que aparecen en el texto.

<u>Página</u>	<u>Texto</u>
16	esto, consideremos someramente el punto a que había llegado, allá, por aquellos años, la filosofía universal.
17	generales de pensamiento en torno a ese concepto central. Los milesianos idearon una filosofía física o natural. Los
18	pensamiento lo que distinguía la filosofía de Sócrates. La filosofía, antes considerada como un monólogo intelectual, se
19	gencia, es también un principio que todos pueden ontrover en el universo, idéntico para todos, y que debe llevar a todos a
20	arbitrario llamar a esta centuria el siglo español; son españoles los emperadores que crean la nueva situación y, además
21	blo perturbar. El más alto deber del hombre, pues, es conocerse a sí mismo. Cuando llego a ontender la naturaleza de
22	un mucho irreal, (un) equilibrio inestable, sin raíces nicimientos hondos. 5,100 "La vegetación excesiva" de la cultura
23	fué verdaderamente perfecta o igual en todos respetos a la de Dios, Pero al probar la manzana vedada, esa razón fué viciada;
24	culminación de todo lo creado, el hombre comprendió que no era más que un animal aventajado, habitante de un punto perdido en
25	moto y al más hermético enigma la esencia de su verdad, como el buzo de Coromandel se sumerge en las profundidades del
38	según las normas que sus propios sentimientos le proponen. No existe... esa supuesta realidad inmutable y única; hay
71	ponerse en claro sobre qué sea ese elemento en que a ratos flotamos, a ratos nos hundimos, y qué sea nuestra pobre persona
72	en sí misma y siempre un naufragio. Naufragar no es ahogarse. El pobre humano, sintiendo que se sumerge en el abismo, agita
73	teorías, la pérdida de su fe en sus creencias no puede menos que dejarle más perdido que nunca. Para Ortega es ese el caso
74	conciencia de naufragio y monester de natación. 5,466

PáginaTexto

- 75 la comparación es el instrumento inoludible de la comprensión. Nos sirve de pinza para capturar toda fina verdad, tanto más fina cuanto más disparos se alejen los brazos de la pinza,
- 77 del libro enfurcido." (5,227) Su prosa está llena de alusiones a lo vital que son las actividades y las condiciones
- 79 La pupila del historiador tiene que trotar sin descanso, como el perro que nos acompaña. 5,496
- 87 unos cuantos los que... construíamos originalmente eso futuro, a cuya luz
- 88 propia visión del mundo y sus opiniones personales respecto a lo que han pensado los demás.
- 89 podíamos llamar una visión "dialéctica" del mundo. Todo se presenta a nuestro autor en series de tres. A veces presentan
- 90 ejemplar y auténtico; directa, auténtica, sincera; impersonal, irresponsable, automática; latente, secreta, como intestinal; abstracto, irresponsable, inexistente; negativo, forzado y
- 91 niza al mundo y lo inyecta, lo impregna de su propia sustancia ideal; tenga de vivir de sus propios jugos, forjarse sus disciplinas e inventarse sus modos de existir;
- 92 Nótese que hacer fuego es un hacer muy distinto de calentarse, que cultivar un campo es un hacer muy distinto de alimentarse, y que hacer un automóvil no es correr. 5,322
- 93 que está excluido del círculo mágico. Nosotros nos sentimos incluidos entre
- 94 Así, por ejemplo -- no se me asustan ustedes--, así, por ejemplo, Dios podía muy bien tomar la forma de un asno. 6,145
- 102 una charla amistosa, en la que el lector se siente estrechamente relacionado con el autor y con los temas que desarrolla.

Prólogo

José Ortega y Gasset es hombre de vasta cultura, acaso uno de los hombres más eruditos de que puede enorgullarse la civilización actual. Entre los problemas que acosan, y a veces atormentan, al hombre moderno, hay apenas alguno que no haya sido considerado en el conjunto de su obra. Y a cada problema ha dado una respuesta inequívocamente suya. "Voy," nos dice en uno de los primeros ensayos de El Espectador, "a describir la vertiente que hacia mí envía la realidad." (2,20)* Y esto ha sido, efectivamente, su vida: descubrir

* Todas las referencias a las obras de Ortega aparecerán en esa forma e inmediatamente después de la cita. (2,20) refiere a la página 20 del segundo tomo de sus Obras completas, 2ª edición, Revista de Occidente, Madrid, 1952. Referencias a su libro Rapelos sobre Volázquez y Goya, Revista de Occidente, Madrid, 1950, que no está incluido en las Obras, aparecerán como (Volázquez, 20). Citas de otros autores aparecerán al final de la tesis y en el orden de aparición.

al amplio círculo de sus lectores la faz de la realidad revelada directa e inequívocamente al ojo avizor de José Ortega y Gasset, español.

Esta expresión de su propio punto de vista es, desde luego, la misión de cualquier escritor. Pero Ortega sostiene una posición intelectual diametralmente opuesta a la que comúnmente encontramos; una posición que le ha granjeado muchas enemistades, y que da al punto de vista que expresa, una nota de excepcional extrañeza. Porque es Ortega un enemigo infatigable de todo lo aceptado. Cuando encuentra unanimidad sobre cualquier punto, cree que es su deber atacarlo. Instintivamente sospecha los acuerdos a que llegamos los hombres, y en consecuencia ha hecho de su vida entera una cruzada contra el lugar común. Ese temperamento de polémica tiene su raíz oculta en la concepción del valor de la vida y en la filosofía de la "razón vital" que mantiene, y que después, en otra conexión, trataremos. Para nues-

tro pensador, la vida es lucha, y el que no lucha, no vive. Eso hecho hace posible su dictamen de que:

sólo el que, en cierta medida, lleva la contraria a su tiempo puede estar satisfecho de sí mismo, porque lo otro es declararse boyo sin amarrar que flota a la deriva de las corrientes del tiempo.
5,314

Hemos dicho que este tenaz ataque contra todo lo aceptado ha dividido el gremio de sus lectores en dos bandas armadas. Para sus defensores es Ortega "un pensador fino," ¹ "un auténtico metafísico, original y riguroso... (quien), con su obra intelectual y con su influjo, ha hecho posible y existente la filosofía en España." ² Para sus contrarios, "la obra orteguiana propugna la legitimación del ateísmo trágico... (troceando) la noble misión del pensamiento, en deporte y malabarismo." ³ "Apona," nos dice Villaseñor,

ver a un pensador de la talla de Ortega, esforzarse en coonestar con criterio nietzscheano el inmoralismo del gran político, en cuyos rasgos se adivinan los perfiles brutales del superhombre. Europa expía en un infierno de horrores, los frutos de muerte de esas disolventes ideas. ⁴

Pero lo extraño del caso es la unanimidad con que todos, amigos y enemigos del contenido conceptual de la obra orteguiana, han alabado la perfección de su estilo. Casi tendríamos que decir, si tal cosa fuera posible, que los detractores de la obra orteguiana son más desenfrenados en sus loas que sus más empedernidos apologistas.

Para Julián Marías, discípulo y mayor defensor de nuestro meditador,

Ortega es un gran escritor. Entre la media docena de admirables prosistas españoles de lo que va del siglo, ocupa un puesto insustituible y, en definitiva, ninguno es superior a él. ⁵

María Luisa Gaturro, una de las más grandes autoridades sobre el arte español, y por muchos años amiga íntima suya, dice de Ortega en una entrevista celebrada con The New Yorker Magazine:

What he (Ortega) says in passing is often as beautiful as what other

men have taken all their lives to say. 6

Azorín le considera "el primer estilista del español moderno." 7

César Barja, Vera Yamuni Tabush y Ángel Valbuena Prat, más objetivos en sus evaluaciones, dicen de él:

No sólo es Ortega un pensador fino, sino que es también un excelente escritor... Abundan en su obra las páginas de antología de... admirable, plena y precisa expresión... Frente a los estilos fríos y apáticos destaca el suyo como un estilo cálido, lleno de vida y animación, de brillantez y colorido extraordinarios. 8

El estilo (de Ortega) se adueña... del ánimo del lector. 9

Es (Ortega) un fino, un delicado estilista, una exquisita sensibilidad. (Es notable su obra por) los primores de estilo que nunca faltan..., (por) la belleza expresiva de (su) estilo elegante y terso..., (por) las finas calidades de estilo. 10

Mas dejemos hablar ahora a los críticos desilusionados de Ortega. Salvador Azuela, desilusionado "profundamente por (la) conducta (de Ortega) y sus escritos negativos del destierro," nos describe sus recuerdos del estilo orteguiano así:

Ortega nos deslumbró desde luego por el extraordinario don de amabilidad (sic) para tratar sus temas. La tersura, el ritmo ágil del estilo, la gracia como atributo innato con que desarrolla el pensador madrileño sus ideas para crear un orden gobernado por la inteligencia y el buen gusto, nos convirtieron en sus lectores habituales. 11

Sánchez Villaseñor, cuya opinión negativa citábamos antes, se refiere al "mágico estilo" 12 de nuestro autor, "notorio" por su "elegancia y acicalada pulcritud." 13 Para él, "el cristal transparente de la prosa orteguiana (revela) un eminente talento literario, y una exquisita sensibilidad artística." 14 En fin:

La enciclopédica cultura orteguiana, ostenta por corona un eminente talento literario... Logra seducirnos con la diáfana elegancia de su estilo... Engastadas en luminosas imágenes, sus ideas nos deslumbran más que convencen. Mansamente deslizanse en el alma en deliciosa teoría, que pone calma en los sentidos y doliente el intelecto. Sólo al librarnos de su extraño influjo, surge en lo interior la secreta convicción de haber sido víctimas de un fraude. 15

Augustín Basave Jr., quien comparte las opiniones de Villaseñor,

afirma que sería

estulto... negar el exquisito talento artístico-literario de José Ortega y Gasset. Su prosa diáfana y elegante, salpicada de luminosas imágenes que como lluvia de meteoros se desliza mansamente, atrae y embriaga... Y ésta (la embriaguez) es el atenuante que encuentro en los orteguianos... Aún los más crasos errores, en (Ortega)..., están servidos en forma tan seductoramente rítmica y elegante, que cuesta un poco de trabajo el sustraerse a ellos. 16

El estilo de Ortega, entonces, es algo mágico, embriagante, seductor. Nos deslumbra. Nos calma y deleita. Es, diríamos, algo como una droga que con extraño influjo se adueña de nuestro ánimo. Y esto nos sugiere el tema que intentaremos desarrollar en esta tesis: queremos descubrir las técnicas específicas estilísticas que producen tal efecto descomunal en todos los lectores que tienen el valor o el infortunio de sumergirse en las páginas que ha escrito el meditador del Escorial, efecto que se produce aun a su pesar y contra sus más sacras creencias.

La tesis con que intentaremos explicar tan extraño fenómeno es ésta. Por segunda vez en lo que va de la civilización occidental, hay una profunda coincidencia entre el genio individualista español y la situación, forzosamente individualista, en que nos encontramos todos los hombres que constituimos esa civilización. Sostendremos que la filosofía "vitalista" y relativista de Ortega expresa cabalmente las peculiaridades que dan fuerza y vigor al alma española y que han empezado a rogar por dequiere. Sostendremos que su estilo, al reflejar directamente esa alta valoración que su filosofía da a la vitalidad en general, y a la vitalidad individual en especial, es un instrumento que expresa con fuerza y exactitud las preocupaciones que constituyen el tema de nuestro tiempo, y que lo hace en una manera que trae como consecuencia necesaria una correspondencia notable entre el pensamiento de Ortega y su manera de expresarlo. Finalmente,

sostendremos que esas calidades de fuerza, de vitalidad, de vigor, que han sido siempre de alto valor en la literatura, hacen del estilo de Ortega uno de los más poderosos que la literatura española hoy posee.

El camino que tenemos que recorrer antes de empezar propiamente nuestra consideración del estilo orteguiano, queda, pues, claro. Habrá que fijar, en primer lugar, las tendencias características del alma española. Luego, será preciso establecer la susodicha relación entre el espíritu español y el pensamiento universal en su desarrollo y en su actualidad. Porque, como nos dice el maestro,

La individualidad de los hombres, y mucho menos de los grandes hombres, no puede ser cazada a lazo, mientras recorremos al galope sus escritos o sus actos; eso se queda para los gauchos literarios. Es preciso primero disponer su fisonomía ideológica, situándolos, asentándolos sobre aquella corriente del pensamiento universal que los llevaba, y de que, en verdad, no son sino variaciones. 1,166

Después habremos de filiar en grandes rasgos la resolución orteguiana, y española, de los problemas que nos ha propuesto a todos la edad en que vivimos. Hecho esto, estaremos listos para intentar nuestra consideración del estilo de Ortega, señalando algunos de los elementos específicos que le dan su fuerza y brillantez, y relacionándolo, por último, con su pensamiento, del cual es fiel reflejo. Empezaremos, pues, con el problema del carácter español.

Capítulo primero

El medio ambiente

Pero fuera bueno hacer constar aquí, que cualesquiera que sean los rasgos esenciales que descubramos en el ser del español, Ortega los reconoce de antemano como partes imprescindibles de su propio carácter. "El individuo," nos dice,

no puede orientarse en el universo sino al través de su raza, porque va sumido en ella como la gota en la nube viajera. 1,361

Esto en cuanto a cualquier hombre con respecto a su propia raza. De sí mismo, aun más específicamente, afirma:

Yo bien sé que allá en secretas oficinas de mí mismo, en industrioss sótanos del corazón y de la médula es sometido cuanto a mí llega del universo a una deformación española. Yo bien sé que la libertad de mi pensamiento y de mis emociones, con la cual me parece cabalgar adonde mi albedrío solicita, es sólo virtual... Esto soy yo, un asta hendiendo el viento que fué lanzada por el brazo secular de mi raza. 2,188

Y más adelante:

Queramos o no, cualquiera que sea nuestra desestimación de la España real, estamos ligados en nuestras profundidades orgánicas a ese fondo de tendencias étnicas, imperativo biológico que rige inexorable nuestro destino. Si queremos vivir, tenemos que vivir a la manera española. 2,379

Aclarado esto, veamos cuáles son las características que el autoanálisis español ha descubierto en lo medular de su ser.

Salvador de Madariaga, otro fino intelecto español, en su excelente estudio de psicología comparada Ingleses, franceses, españoles, encuentra el motor de los actos puros del español, la norma de su moral y la clave de sus emociones, en el concepto del honor. En lo esencial, el honor "consiste en alzar al individuo por cima de toda ley exterior;.. es, pues, una ley subjetiva... (que implica la) subordinación total de la sociedad al individuo." 17 Además de ser subjetivo, inefable e incommunicable, el honor se funda en la pasión: y por consiguiente, "la reacción natural... en la vida es, para el español, la pasión."

Madariaga caracteriza la pasión como

la negación misma de la acción, puesto que en la acción nuestra voluntad se ejerce sobre la corriente vital para imprimirle nuestra propia velocidad y nuestra propia dirección, mientras que en la pasión nos dejamos ir a la velocidad y a la dirección de la corriente vital.

Esta libertad que da el español a la corriente vital resulta forzosamente en el predominio de la espontaneidad; la vitalidad, en vez de

fluir canalizada por la voluntad, avanza como un río libre. El hombre pasional es, pues, entero y de una pieza; "es espontáneo y completo y, por consiguiente, (en su persona está permitida) la manifestación de todas las tendencias (aun las contradictorias) que componen el microcosmo humano."

La finalidad del español, para Madariaga, reside en su vida individual; se enfrenta con la vida colectiva, la sociedad, con un criterio integral y subjetivo. En consecuencia, es, en su relación con la sociedad, un individualista.

Se guía por la voz interior de su ser. El yo adquiere así una importancia primordial y exige derechos en consecuencia.

Es humanista, pues "juzga las cosas desde el punto de vista del hombre integral y no desde un punto de vista más estrecho." Es amoral, desde que "el criterio moral es uno de los numerosos criterios parciales en que la integralidad del hombre de pasión se niega a ocurrirse."

En suma, el español en acción se caracteriza por el predominio del sentimiento sobre la opinión aceptada; pertenece a un "pueblo esencialmente espectador, sintético, contemplativo, (que) observa con tranquilidad el fluir de los días," mientras que alienta en sus fuentes profundas el estoicismo.

Estas características del español en acción también se revelan, con las modificaciones necesarias, en el pensamiento. "El español piensa por intuición," que es "la pasión de la inteligencia." Esa intuición es "doblemente integral: desde el punto de vista del sujeto y del objeto." Se caracteriza por ser "un contacto instantáneo, espontáneo, de la vida del objeto con la vida del sujeto," haciendo de las opiniones de un español "no tan sólo ideas que lleva en la cabeza, sino convicciones que respira y que circulan en su sangre." El cuer-

po y el intelecto participan, aunque pasivamente, en la intuición; "uno y otro forman... el cauce del río de la vida en cuyo fondo se deposita el rico sedimento de realidad que arrastran sus aguas."

La clave del carácter español es, pues, la espontaneidad integral. La idea, lo universal, son las cosas menos personales en el complejo vital. Por eso

el hombre de pasión tiende a personalizar sus pensamientos... (Tiene) a colocar al hombre, o mejor dicho, al yo, en el centro de todas las ideas. Porque en el fondo, el pensamiento del español se halla bajo la dominación de la corriente vital.

Esa espontaneidad le lleva a "oponerse a las fuerzas sociales o intelectuales, cuya red traba su libre movimiento." Trata de "personalizar hasta la naturaleza muerta y obligarla a fluir en la corriente vital que circula en su propia sangre." Y eso "lleva... fatalmente a la instalación del individuo y de su experiencia personal en el lugar de eminente finalidad."

En otro lugar, Madariaga resume esas conclusiones en forma metafórica: "El oscuro," nos dice,

de la verdadera España no debiera ostentar más que un toro -- como ya lo indica la forma de su territorio, piel de toro puesta a secar. El toro, animal primordial, elemental, espontáneo, noble, impulsivo, y saltador de barreras, casto y potente, es la imagen de lo masculino puro. 18

Habíamos escogido, como base de nuestras consideraciones, ese análisis del carácter español hecho por Madariaga, debido a su penetración y su finura. Pero todos los escritores españoles que han considerado el tema vienen a estar en sustancial acuerdo con las conclusiones sacadas por él acerca de su raza. Para Unamuno, "el español es siempre un hombre de pasión." 19 Para Azorín, es España

un pueblo místico, un pueblo de visionarios donde la intuición de las cosas, la visión rápida no falta; pero falta, en cambio, la coordinación reflexiva, el laberinto paciente, la voluntad.

Para Baroja, se destaca en primer lugar, entre sus características,

el individualismo. Es España el lugar donde el individuo y sólo el individuo fué todo..." Y a ese individualismo nativo une el apasionamiento, la exaltación y la dramática extremosidad, conjunto que da a los españoles de raza su carácter incalculable y su radical incompatibilidad con el orden racional.

Para Menéndez Pidal, la base del carácter español es la sobriedad:

El alma hispana es... sobria, no se ve apremiada por muchas necesidades. Siente con fuerza y cegadora claridad los fuertes impulsos, los de más universal validez, reposa tranquila en ellos, y desdeña o reprime la inquieta vibración que en torno a ellos puede producirse. 20

Viene, pues, la sobriedad a parar en las mismas características que los otros investigadores han notado. "Siente con fuerza y cegadora claridad los fuertes impulsos de su vitalidad, y actúa en consonancia con ellos." "El hombre hispano es ímpetu, o no es nada." 21 Suficiente a sí mismo, busca en su propio ser sus normas y desdeña las reglas que el Estado, la sociedad o la moral tratan de imponerle. "Sus más geniales batallas... fueron reñidas... para librarse de las reglas." 22 Está regido únicamente por su propia espontaneidad, y su meta es una vida íntegra y personal.

Ortega y Gasset, quien se siente hondamente español, reconoce esos mismos elementos como los fundamentales del ser de su pueblo. El español no reconoce más ley que la ley de sus propios deseos e inclinaciones:

Sólo nos rigen y dirigen los apetitos individuales, los cambiantes humores sentimentales, las simpatías o antipatías de nuestros nervios. 1,516

Hemos (los españoles) querido imponer (al Universo), no un ideal de virtud o de verdad, sino nuestro propio querer... Somos en la historia un estallido de voluntad ciega, difusa, brutal. La mole adusta de San Lorenzo expresa acaso nuestra penuria de ideas, pero, a la vez, nuestra exuberancia de ímpetus. 2,557

Esta preeminencia de lo individual hace imposible la convivencia,

principalmente porque

(a) los pueblos mediterráneos... nos falta economía y obediencia... Somos un ejército donde cada soldado es un Ulises... 1,469

Cada cual quiere mandar y, en consecuencia,

España es... el país donde no se colabora; cuando se forma una agrupación de españoles podemos asegurar que se trata de una complicación;.. los colaboradores no pasan de cómplices. 1,143

Por la misma razón,

el español antepone la vida privada a la vida pública... Somos fronéticos, fanáticos en nuestra intimidad. 2,507-1

La realidad de España hoy en día es el particularismo, y

la esencia del particularismo es que cada grupo deja de sentirse a sí mismo como parte (de la sociedad), y, en consecuencia, deja de compartir los sentimientos de los demás. 3,68

"Indigna un poco," nos dice,

la vislumbre de lo que realmente existe bajo la aparente camaradería de los españoles. En realidad, un terrible resorte de acero los mantiene separados, prestos, si cediera, a lanzarse unos sobre los otros. Cada conversación está a punto de convertirse en un combate cuerpo a cuerpo; cada palabra, en un bote de lanza; cada gesto, en un navajazo. Cada español es un centro de feroza que irradia en torno odio y desprecio. 4,467

Y esta reconcentración del ser de cada español en su propia intimidad, lleva inexorablemente en el campo del pensamiento al ensalzamiento de la intuición individual a costa del intelecto. Es para Ortega un defecto de "los pensadores españoles más castizos" la falta de lo que llama "altruismo intelectual."

Un hombre posee altruismo intelectual cuando... procura transustanciarse siquiera unos instantes en el prójimo para asimilarse la opinión de éste en toda su complejidad original... Sin esta virtud, es difícil el ejercicio de la comprensión, porque, a la postre, no es altruismo intelectual más que la costumbre de enterarse de las cosas. He hallado que es frecuente tropezar en la historia del pensamiento hispánico temperamentos poderosos..., aptos para edificar según propios planes grandiosas obras, pero incapaces de comprender a los demás. Tal vez preceda esto de una excesiva virilidad mental que los hace inhábiles para este otro menester, un tanto pasivo y fómíneo de la comprensión. 1,165

Encuentra Ortega la explicación del genio realista de Cervantes en

su retención dentro de las puras impresiones y su apartamiento de toda fórmula general e ideológica, 1,360

una actitud, sea dicho, en perfecto acuerdo con el genio mediterráneo, (que) es una ardiente y perpetua justificación de la sensualidad, de la apariencia, de las superficies, de las impresiones fugaces que dejan las cosas sobre nuestros nervios conmovidos. 1,347

Es una tendencia que, desde luego, encontraremos en la obra del mismo Ortega. Como él ha dicho:

Yo soy un hombre español que ama las cosas en su pureza natural, que gusta de recibir las tal y como son, con claridad, recortadas por el mediodía, sin que se confundan unas con otras, sin que yo ponga nada sobre ellas; soy un hombre que quiere ante todo ver y tocar las cosas y que no se place imaginándolas. 1,186

Ortega y la generación del noventa y ocho

Pero, además de señalar algunos de los rasgos infra-históricos y eternos del español, nos interesa considerar brevemente una curiosa manifestación del ser español que influyó hondamente en Ortega, dando dirección a sus esfuerzos literarios y filosóficos. Me refiero, desde luego, a la llamada "generación del noventa y ocho."

Cierta afinidad entre la dicha generación y Ortega ha sido universalmente reconocida. Sostiene Gregorio Marañón que

con mayor o menor violencia a la cronología, pero, en el fondo, con indudable razón, se ha incluido en la generación del 98... a Ortega y Gasset... 23

Salvador de Madariaga nos dice que

en un sentido estricto no puede decirse que (Ortega) pertenezca... a la generación del 98 a causa de su edad. Pero Ortega y Gasset llegó tan temprano a la fama y a la influencia intelectual, que puede considerársele como uno de los profetas de esta generación. 24

Barja considera que,

aunque bastante más joven que los más típicos representantes de la generación del 98, si no por su sentimiento último frente a la vida en general, por su sentimiento primero frente a la vida española en particular, arraiga con Ortega en el espíritu común a los escritores de esa generación. 25

Para Ángel del Río y M. J. Bernardete, una nueva sensibilidad y una

nueva generación, relacionadas con ella, pero distintas de la generación del 98, nació con Ortega; una "segunda generación de ensayistas" cuya misión era la de "refrenar la anarquía intelectual del 98, reduciéndola a un orden objetivo, aclarando los conceptos básicos elaborados en su interpretación de España." ²⁶ Julián Marías reconoce que Ortega recogió "lo esencial del giro que imponían estos escritores (del 98)." ²⁷ Y para Díaz-Plaja, autor del mejor estudio hasta ahora publicado sobre esa generación, los integrantes de ella están agrupados en dos promociones dentro de un cuadro clasificador que podría ampliarse a dos grupos epigonales: el del 98 (tercera promoción), integrado por Eugenio d'Ors, Ortega y Gasset y A. Castro. ²⁸

Nos es de interés, pues, descubrir cuáles fueron las preocupaciones de esa generación española, tan íntimamente ligada a los destinos de nuestro autor, y en cuya atmósfera alcanzó su mayoría de edad.

Ángel del Río encuentra tres características fundamentales que distinguen a esa generación. La primera es su "preocupación secular por el tema de España." ²⁹ Sienten los integrantes de la generación que

han vivido en un momento malo, confuso y de transición; en una época en que las pragmáticas de nuestros abuelos se acababan de descomponer, y en la que, al mismo tiempo, el intento de ordenar y modernizar a España fracasaba. ³⁰

Como nos dice Luis Entralgo, vivían rodeados por

aquella España oficial, cuyo haz se ofrecía tan brillante y alegre a los espíritus vulgares o fácilmente acomodados, (pero que) mostraba un mismo envés a todos los espíritus sensibles y sinceros, cualesquiera que fuesen los personales puntos de vista: desconcierto, superficialidad, imitativo servilismo y utilitarismo grueso, según el diagnóstico de Menéndez y Pelayo, allí por las doradas caídas de 1882; trivialidad, chabacanería, vacuidad, detonancia y vulgarismo, según el de Martínez Ruiz, por las ya más desengañadas de 1902. ³¹

Naturalmente, tratan de diagnosticar el mal que sufre su país; y esto los lleva a la posición común que es su segunda característica:

"la liquidación definitiva del pasado histórico de España." 32 Todo lo que encuentran a su alrededor les desanima. Sienten que España ha tomado un derrotero equivocado; sienten desengaño por todo lo que significa para ellos el pasado de su patria, y se dedican a buscar nuevas y más fértiles direcciones para su futuro. Como escribió Pedro Salinas, en las páginas de la Revista de Occidente:

Ese vocablo, desengaño, es el eje del pensamiento del 98. España es un enorme error, está engañada y es menester desatarla de supersticiones, creencias falsas o ideas a la medida. 33

Esta liquidación del pasado histórico, que dejaba a los miembros de la generación del 98 solos con sus propios recursos, traía como consecuencia una actitud unánime frente al problema de España, que para del Río es la tercera característica de la generación: la "afirmación de (sus) propio(s) yo(s) y... la negación de todo lo que les había precedido." 34 Esta afirmación del propio yo, tan en consonancia con el espíritu español, traía en pos el descubrimiento del espíritu emocional del paisaje de Castilla, escondido tras su realidad física. Traía un enjambre de estilos eminentemente personales, que combinaban la exactitud en el concepto con la concreción emocional, la sinceridad, la sencillez, el alejamiento de la retórica, y la naturalidad... en otras palabras, traía una revolución literaria que creó un nuevo lenguaje literario.

Preocupación por España, negación de su pasado, y el ensayo de varias soluciones, en extremo personales, al problema viviente que fue su España: estas, pues, son las características de la generación del 98. Vamos a ver en qué medida influyeron en la obra de Ortega.

De su preocupación por España no cabe duda. En uno de sus primeros ensayos, nos dice con toda claridad:

El lector descubrirá, si no me equivoco, hasta en los últimos rincones de estos ensayos, los latidos de la preocupación patriótica. 1,328

Lo oímos, al través de la página impresa, presentar su famoso discurso en el Teatro de la Comedia, en el que explica el origen de las ideas que allí expone, y esa preocupación se nos revela con ejemplar claridad:

No se trata... de ideas originales que puedan haber sobrevenido al que está hablando en una buena tarde; se trata de todo lo contrario: de ideas, de sentimientos, de energías, de resoluciones comunes, por fuerza, a todos los que hemos vivido sometidos a un mismo régimen de amarguras históricas, de toda una ideología, y toda una sensibilidad yaconte, de seguro, en el alma colectiva de una generación que falta tal vez de brillantez, (pero que) ha sabido vivir con severidad y con tristeza; que no habiendo tenido maestros, por culpa ajena, ha tenido que rehacerse las bases mismas de su espíritu; que nació a la atención reflexiva en la terrible fecha de 1898, y desde entonces no ha presenciado en torno suyo, no ya un día de gloria ni de plenitud, pero ni siquiera una hora de suficiencia... una generación (que) al escuchar la palabra España no recuerda a Calderón ni a Lope, no piensa en las victorias de la Cruz, no suscita la imagen de un cielo azul y bajo él un esplendor, sino que meramente siente, y esto que siente es dolor. 1,268

Tampoco cabe poner en duda el hecho de su negación de todo lo que significa el pasado de ésta, su "raza triste, raza melancólica y enajenada, raza delirante." (1,105) "Quien," nos dice,

describe (estos ensayos) y a quienes van dirigidos, se originaron espiritualmente en la negación de la España caduca. 1,322

Del personalismo de Ortega, de su solución individualista a ese problema de España, tendremos más que decir en adelante. No obstante, podemos traer de antemano a la mente del lector dos indicaciones de la importancia que tenía esa preocupación constante por su patria en su obra.

En primer lugar, consideremos sus amargas quejas contra la incompreensión con que fué recibida una parte de su solución, la ampliación de la cultura española con elementos del extranjero, de Europa.

Se ha dicho siempre de mí que era un extranjerizante. Esto que se ha dicho era necio. En general, lo que se dice es necesidad. Se me tachaba de extranjerizante por haberme esforzado donosamente en meter dentro del buche de España todo lo más sabroso que había por el mundo... Pero si alguien mira la miseria de mi obra no más que al trasluz, lo que ve es un hombre estremecido en torno a ciertos

grandes tomas españoles, danzando ante ellos en frenesí ritual, como David delante del arca. 5,243

Y en segundo lugar, veamos la calurosa defensa que hace de lo que queda de su solución, de su propia visión filosófica en cuanto alivio y regeneración de la ruina que fué España para los miembros de la generación del 98:

Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. Acaso este fervor congénito me hizo ver muy pronto que uno de los rasgos característicos de mi circunstancia española era la deficiencia de eso mismo que yo tenía que ser por íntima necesidad. Y desde luego se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España. Y esto es una verdad incommovible, aunque objetivamente resultase que yo no había servido de nada. 6,351

Es Ortega, pues, según repetida aseveración suya, un español. Esto quiere decir que es un hombre de pasión, extremadamente individualista, espontáneo en sus actos, entero siempre y de una pieza. Su finalidad reside en la vida, y para orientarse en ella se guía por la voz interior de su yo. Es un hombre influido más por el sentimiento que no por la razón. Se siente intensamente independiente, asentado firmemente en el real de su intimidad. Su pensamiento, más que intelectual, es intuitivo, personal en vez de universal. Es un contemplativo, un espectador. No reconoce más norma que la voz de su propio corazón, y no ve en la colectividad más que algo que trata de quitarle una parte de su autonomía absoluta, actitud que le hace

hostil al instante de asociación, rebelde a la disciplina de la técnica y acostumbrada a invertir la escala de los valores sociales en favor de los grupos más directamente unidos a su persona. 35

Esto es esencialmente el carácter del joven Ortega, quien, apenas llegada su mayoría de edad, salió de España a Alemania en busca de normas que pudiesen demandar su lealtad y de soluciones para la dolorida realidad que era su patria. Veremos ahora qué certidumbres podía encontrar allí en el país de los filósofos innatos; y para lograr

esto, consideramos ~~comenzamos~~ el punto a que había llegado, ~~el~~ por# aquellos años, la filosofía universal.

La filosofía a fines del siglo diecimonoveno

La filosofía, no obstante, no puede ser comprendida in vacuo; y nadie ha entendido eso hecho mejor que el mismo Ortega. Cuando pensamos, cuando nos asomamos a la filosofía, nos dice:

pongámonos con nuestro pasado y desde la altura a que nuestro pasado nos ha traído. De aquí que la primera labor del filósofo sea hacerse cargo de cuál es la situación histórica donde está. Pero ésta, a su vez, no es sino la consecuencia de las situaciones históricas anteriores. 6,204

Porque efectivamente:

Cuando el filósofo viene de retorno hacia su propia filosofía desde los orígenes del pensamiento filosófico, descubre que todos los sistemas del pasado siguen viviendo dentro del suyo... Es, pues, constitutivo de todo presente filosófico ver caminar hacia él, en progreso hacia él, todo el pretérito de la filosofía. 6,408

El tiempo de hoy reclama los tiempos anteriores y por eso una filosofía es la verdadera, no cuando es definitiva -- cosa inimaginable, sino cuando lleva en sí, como vísceras, las pretéritas y descubre en éstas el "progreso hacia ella misma." La filosofía es así historia de la filosofía y viceversa. 6,418

Vamos, pues, a considerar brevemente las corrientes filosóficas que, en su conjunto, explican y hacen comprensible la filosofía que encontró Ortega al comenzar sus estudios filosóficos, y la filosofía que él mismo formuló.

Los albores de la filosofía

En sus comienzos, como esperaríamos, la curiosidad filosófica del hombre estaba concentrada exclusivamente en la naturaleza del universo que lo rodeaba y en el que tenía que conquistarse un lugar seguro. Postularon esos primeros pensadores una "materia primordial," sustancia única que, por medio de varias transformaciones, podía tomar la apariencia del mundo físico en toda su infinita variedad. La penetración y fertilidad de la mente griega creó una rica variedad de tipos

generales de pensamiento en torno a ese concepto central. Los milesios idearon una filosofía física o natural. Los eleáticos concibieron el ideal de una filosofía lógica. Y los pitagóricos descubrieron el concepto de una filosofía basada en la perfección matemática. Pero para todos ellos, no existía una diferencia sustancial entre materia viva o materia muerta; trataron un peñasco, una piedra pulida por el mar y el cerebro humano como cosas esencialmente idénticas, como diversas manifestaciones de la materia primordial.

Con Heráclito, llegamos a la linde entre ese pensamiento cosmológico y el pensamiento antropológico que iba a sustituirlo. Heráclito se consideraba como uno del grupo de los "viejos fisiólogos." Pero también estaba convencido de que era imposible penetrar en los secretos de la naturaleza, sin haber antes estudiado el misterio que era y que siempre será el hombre. Caracterizó, en consecuencia, lo esencial de su filosofía con la frase: He buscado por mí mismo. 36

Esa nueva tendencia antropológica, atisbada por Heráclito, llegó a fruición con Sócrates. Distingue la concepción socrática de la filosofía entre el hombre, poseedor del don de la razón, y todo el resto de la naturaleza. El unitarismo de los cosmólogos estaba roto, y venía a regir el pensamiento del hombre un dualismo que no hemos conseguido resolver todavía.

Para Sócrates, no fué posible descubrir el ser del hombre de la misma manera que pudiéramos descubrir la naturaleza de los objetos materiales. Es posible describir en términos de propiedades objetivas lo material, pero el hombre puede ser definido y descrito únicamente en términos de su intimidad. Mas esta intimidad se descubre solamente por medio de un intercambio de impresiones con otros seres humanos. No es, pues, un nuevo contenido objetivo, sino una nueva función del

pensamiento lo que distinguía la filosofía de Sócrates. La filosofía, antes considerada como un monólogo intelectual, se había transformado en un diálogo. Está implícita en esa posición la concepción del hombre como un ente que en cada momento de su existencia tiene que examinar y escudriñar las condiciones de su existencia. En ese escrutinio, en esa actitud crítica ante la vida humana, residía su último valor y su última justificación. "Una vida que no se examina," dice Sócrates, "no vale la pena vivir."

El centro del nuevo pensar estaba, pues, en el hombre. En vez de ocuparse de nuestro mundo en su materialidad, se concebía una rígida jerarquía de valores; lo material tomaba una posición secundaria, y la razón humana, que puede percibir lo ideal, estaba en la cima, corona de todo que existía o podía existir. El nuevo pensar retenía, del antiguo, únicamente lo que podríamos llamar su formalismo, su modo de concebir todo a la luz de conceptos discretos y claros. Visualizaba el mundo como una serie de entidades recortadas y distintas, pre-fijadas eternamente en el mundo de las ideas y representadas más o menos fielmente en el mundo material.

Ese deseo de claridad, de rígidas distinciones, se ve claramente en el terror que causaba a los griegos la idea de lo infinito, de lo indefinido, ilimitado, incomprendible por excelencia. Pero por el lado positivo también tenía sus limitaciones. Se basaba esa visión metafísica en la suposición de un mundo estático. El Hombre, pensaban, es cierto ente ideal, con características fijas eternamente. Su tarea como filósofo es buscar en sí mismo y en los hombres en su alrededor esas características humanas y tratar de hacerse conformar a ellas. Todos los hombres, esencialmente, son el mismo Hombre; son copias más o menos fieles de la pauta universal. Su nous, o inteli-

gencia, es también un principio que todos pueden encontrar en el universo, idéntico para todos, y que debe llevar a todos a las mismas conclusiones. Las virtudes, el bien, la verdad, la belleza, todo comparte ese carácter de eterno, de fijo para siempre. El mundo está concebido, en última instancia, como algo anti-dinámico.

El hombre, los valores que regían su vida, y el mundo en que vivía eran, pues, dados. El mundo ideal siempre había existido y siempre existiría. No podía cambiar. No tuvo origen, porque siempre había sido. No había razón, pues, para pensar en las causas iniciales o, como se las llamaba, las causas accidentales, en que se originaban esas ideas sobre el bien o sobre la naturaleza del hombre. El filósofo podía aceptar plenamente su existencia y, partiendo de ese punto fijo, ocuparse en apresar con su inteligencia, con el nous universal, el carácter claramente definido de su propia naturaleza. Su meta y su razón para pensar fueron el hacerse conformar con esa naturaleza, universal y única, que forzosamente tendría que descubrir.

El momento del estoicismo

La culminación del pensamiento socrático la encontramos en el estoicismo, sistema que desarrolla ampliamente las suposiciones individualistas implícitas en los presupuestos de la filosofía socrática. La doctrina estoica, que enseñaba por primera vez, en el pórtico de las pinturas (Stoá poikile) de Atenas, Zona de Citium, llegó a su más perfecta enunciación en la doctrina de Séneca, el filósofo cordobés, y tuvo su renacimiento en los tiempos clásicos, en lo que Ortega ha llamado

una temporada de felicidad como acaso ni antes ni después la ha vuelto a gozar la especie humana... (una) hora de mediodía que el hombre antiguo gozó bajo Trajano, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio.

Siento nuestro autor que no sería

arbitrario llamar a esta cultura el siglo español; son españoles los emperadores que crean la nueva situación y, además, ellos y toda la clase gobernante... habían sido educados por Sócrates. La vieja cultura revive durante cuatro o cinco generaciones al calor de un nuevo estoicismo. 5,100

Es eso el momento en la historia de las ideas a que antes nos referíamos como el tiempo en que toda la civilización fué alentada por el peculiar genio individualista del español. Importantísimo para la comprensión del genio español, ese estoicismo ha sido

desde los tiempos de Sócrates, y sin duda desde antes que él, la filosofía que profesan en España los filósofos sin saberlo, los más numerosos y los más filósofos. 37

Recibió una de sus más claras exposiciones ese estoicismo tardío de "un emperador con barba al uso estoico, Marco Aurelio, el hombre mejor de su tiempo, (en su) libro titulado Para sí mismo," (5,76) que a continuación citaremos.

Sócrates y Marco Aurelio Antonino tenían en común la convicción de que para descubrir la verdadera naturaleza del hombre había, en primer lugar, que quitar de su ser todas sus características externas o incidentales.

Call none of these things a man's that do not fall to him as a man. They cannot be claimed of a man; the man's nature does not guarantee them; they are not consummations of that nature. Consequently neither is the end for which man lives placed in these things, nor yet that which is perfective of the end, namely the Good. Moreover, if any of these things did fall to a man, it would not fall to him to condemn them and set his face against them... but as it is, the more a man can cut himself free... from these and other such things with equanimity, by so much the more is he good. 38

En otras palabras, las circunstancias exteriores en que se encuentran los hombres no tienen importancia. Su esencia, esa esencia formal de los socráticos, esa innata naturaleza del hombre, depende únicamente de los raciocinios del hombre mismo. Riquezas, salud, inteligencia... todas esas cosas le son indiferentes. Lo importante es la actitud interior de su alma, un principio interior que no es posi-

que perturbar.

Al más alto poder del hombre, pues, es conocerse a sí mismo. Cuando llegue a entender la naturaleza de esa intimidad, a la vez personal y universal, estará en perfecta armonía con el universo:

He who lives in harmony with his own self, his demon, lives in harmony with the universe; for both the universal order and the personal order are nothing but different expressions and manifestations of a common underlying principle. Man proves his inherent power of criticism, of judgment and discernment, by conceiving that in this correlation the Self, not the Universe, has the leading part. Once the Self has won its inner form, this form remains unalterable and imperturbable... A sphere once formed continues round and true. 39

La vida en sí misma cambia y fluctúa, pero su verdadero valor se encuentra en un orden eterno que no admite cambios. Por medio del juicio subjetivo puede el filósofo encontrar esa verdad eterna. Su intelecto es lo que le da su supremacía al ser humano. Es la fuente común de la verdad y de lo moral. Porque es la única cosa en que el hombre depende enteramente de sí mismo; es libre, autónomo, suficiente a sí mismo. "Distract not thyself," nos dice Marco Aurelio;

Be not too eager, but be thine own master, and look upon life as a man, as a human being, as a citizen, as a mortal creature... Things do not touch the soul, for they are external and remain immovable, but our disturbance comes only of that judgment that we form in ourselves. All these things, which thou seest, change immediately, and will no longer be; and constantly bear in mind how many of these changes thou hast already witnessed. The Universe - mutation, Life - affirmation. 40

O, en la caracterización de Germán Bleiberg:

La ética estoica se funda... en la idea de la autarquía, de la suficiencia. El hombre, el sabio, ha de bastarse a sí mismo. Las concepciones de la moral de los estoicos con la cinica son muy profundas y completas. El bien supremo es la "felicidad" -- que no tiene que ver con el placer--, y ésta consiste en la virtud... El sabio se hace independiente, soportando todo, como una roca que hace frente a todos los embates del agua. Y, al mismo tiempo, logra su suficiencia disminuyendo sus necesidades: sustano ot abstino, soporta y renuncia. 41

La cristiandad

Pero "esa etapa de felicidad" no podía perdurar. Para Ortega fué un tiempo

... el hombre (en) equilibrio instable... sin poder en sus propios
brazos. 7,136

"La vegetación excesiva" de la cultura que hizo posible el estoicismo,
tenía que llegar inexorablemente

a una cierta estación en que. 1°, las nociones sobre las cosas y
las normas de conducta en que ella (la cultura) consiste se han he-
cho demasiado complicadas y desbordan la capacidad intelectual y
moral del hombre...; 2°, esas nociones y esas normas pierden vivaci-
dad y evidencia sobre los hombres que tienen que usarlas; y 3°, la
cultura no queda repartida con orgánica espontaneidad y precisión en
los grupos sociales que la van ercando y, por tanto, en la propor-
ción en que la entienden y sienten, sino que esa cultura superior es
inyectada como mecánicamente en las masas. Estas, al hacerse cultas,
se entiendo pseudo-cultas, pierden su autenticidad y quedan falsifi-
cadas por la cultura superior. 5,99

En ese tiempo Cicerón, representante de los académicos, llega a con-
fesar:

Los académicos... estamos en la desesperación del conocimiento, des-
esperados de saber... Pontífice, (61) no sabe si hay dioses; consu-
lar, es decir gobernante, no sabe qué Estado debe haber. La crea-
ción política de Roma es demasiado complicada. De puro irle bien a
Roma, naufraga en su propia abundancia. He aquí un hombre perdido
en su misma cultura intelectual y política. 5,97

Los intelectuales perdían su fe en la razón, vivían desesperados.
De pura riqueza de posibilidades intelectuales no sabían a qué atener-
se. La época era propicia para la llegada de la doctrina cristiana.
El hombre, perdido en una selva de conceptos forjados por su razón,
renunciaba a la supremacía de ésta para entronizar la fe. En vez de
ser la razón la corona de las facultades humanas, el poder ilimitado
que era para el estoico, llegó a ser una trampa tendida para su dest-
rucción por el diablo. En vez de preciar su ejercicio como la más al-
ta ocupación del hombre, se le tachaba de orgulloso. En vez de exal-
tar la voz del "demonio interior," se le consideraba un ídolo peligro-
so cuyas palabras traían ruin destrucción. Se creaba el concepto de
la caída del hombre del estado de gracia, y en consecuencia se postu-
laban dos razones. La primera, poseída por Adán antes de su pecado,

fué verdaderamente perfecta o igual en todas respuestas a la de Dios. Pero al probar la manzana vedada, esa razón fué viciada; y sin la ayuda de la revolución, nunca podría llegar a su perfección inicial.

Para reforzar su desprecio de la razón, el cristiano tenía una profunda desconfianza de ese mundo y de todo lo que le pertenecía. La razón, posiblemente, podía resolver ciertas cuestiones prácticas, mundanas. Pero su vida entera tenía como centro y meta final la vida en el trasmundo. La vida eterna era su preocupación, y para conseguirla le bastaba con creer. La razón le salía, pues, sobrando.

El mundo moderno

El mundo clásico y el cristiano, pues, tienen algunas características en común. Conciben un universo de carácter fijo, inmutable, eterno. Creen en la existencia de ciertas características claras y recortadas que definen, para siempre, la naturaleza del hombre, del bien, del mundo material; características que la razón o la revolución pueden descubrir. Creen en una jerarquía omnímoda del universo, con el hombre y su mundo en la cima, y con todo lo demás ordenado por su servicio y para hacer más patente su grandeza.

El mundo moderno empieza cuando se descubren razones para dudar de esos artículos de fe. Y el primer artículo que perdió su evidencia fué el de una jerarquía inmutable, dominada por el hombre. Para el hombre clásico y el cristiano, el mundo que habitamos fué considerado el centro del universo, a cuyo alrededor se movían planetas y estrellas para mostrar al hombre la grandeza de las fuerzas que lo gobernaban. Pero la teoría heliocéntrica vino a cohar por tierra concepto tan noble. La tierra, en vez de ser el centro del cosmos, pasó a ser un planeta entre muchos, que rodeaba un sol ni grande ni brillante, parte de un universo infinitamente vasto. Y en vez de ser la

culminación de todo lo creado, el hombre comprendió que no era más que un animal aventajado, habitante de un punto perdido en espacios infinitamente grandes. En vez de aceptar benignamente su lugar prominente entre todas las cosas, el hombre tenía que luchar para darse a sí mismo aún una importancia mínima.

Y con la caída de esa doctrina de jerarquía y orden, empezó el filósofo a dudar también de los límites que había puesto a su razón. Como hemos visto, los clásicos consideraron lo infinito como un concepto negativo. Lo concebieron como lo ilimitado e indeterminado, que, sin límites ⁿⁱ forma, era inasequible a la razón, meradera en el reino de la forma y posibilitada exclusivamente para entender formas. Pero al encontrarse el hombre viviendo en un universo infinito, fue necesario revisar ese concepto de la infinitud. Fue necesario hacer de ella un concepto positivo, demostrar que en vez de debilitar el poder de la razón, lo establece y confirma. Empezando con Giordano Bruno, el pensador que señaló el nuevo derrotero, el descubrimiento de la abundancia inexhausta e inmensurable de lo material vino a significar la posibilidad de una razón humana, también ilimitada en su poder. En vez de confundir al hombre, lo libró de la prisión de un universo físico finito. En vez de limitar la razón humana, ese nuevo universo la hace también infinita.

Está ya firme esa creencia nueva, que diviniza el intelecto humano, en tiempo de Descartes, hombre prócer de la edad moderna. Ortega nos describe su posición así:

Para este hombre (Descartes) no hay ningún problema que no sea soluble. Este hombre nos asegura que en el Universo no hay arcanos, no hay secretos irremediables ante los cuales la humanidad tenga que detenerse aterranzada e inermes. El mundo que rodea por todas partes al hombre, y en existir dentro del cual consiste su vida, va a hacerse transparente a la mente humana hasta sus últimos entresijos... Puede, pues, el hombre con su razón hundirse tranquilamente en los fondos abisales del Universo, seguro de extraer el problema más re-

modo y al más hermético enigma la esencia de su verdad, como el buzo de Coromandel se sumerge en las profundidades del océano para recoger a poco trayendo entre los dientes la perla inestimable. 6,16

Mas se puede aplicar esa recién redescubierta razón en una de dos maneras. Se puede seguir el método que hizo posible la teoría heliocéntrica, el método científico, que se interesa exclusivamente en el mundo natural, físico. O se puede considerar, como los idealistas, el pensar como "una faceta íntima, que hago dentro de mí, sin salir de mí;" (5,471) y esto nos llevará a un subjetivismo tan completo que dudará de la existencia misma de esa naturaleza de los científicos.

La primera de esas rutas toma como punto de partida un deseo de penetrar esas "causas accidentales" que tanto despreciaron los clásicos. Se basará en la creencia de que todas las manifestaciones de nuestra cultura, de nuestra vida misma, tienen su origen en causas materiales. Negará la existencia de mundos super-sensuales, considerando el mismo pensar como un acto mecánico que acompaña automáticamente la peculiar organización física del ser viviente, hombre o animal. Aceptará plenamente la existencia del mundo físico que nos rodea, y al estudiarlo, ganará gran renombre y echará por tierra las otras bases del mundo clásico y cristiano.

Tendrá gran éxito porque sus métodos le permitirán producir acontecimientos en el mundo material con una exactitud antes no soñada. Y al proseguir sus investigaciones, descubrirá que la concepción de un mundo estático, eterno, habitado y formado por seres y cosas con naturalezas fijas e inmutables, no parece tener ningún fundamento en la actualidad. En vez de descubrir que el hombre es un ente que siempre ha existido, con características bien definidas, postulará la hipótesis del hombre como un momento de la evolución biológica, relacionado directamente con las células microscópicas que habitan infirmos las

profundidades del mar.

Desechado el concepto de que el hombre es una criatura con determinadas características, resultarían inválidas las tradicionales concepciones que fijaron sus actitudes morales, sentimentales o intelectuales, a los cuales pensó que tenía que conformarse. Si no tiene naturaleza, si es un eslabón en la cadena de la existencia, entonces no tiene sentido decir que hay reglas inmutables que deben regir su vida. El hombre progresa, cambia; y las cosas para las que vive deben cambiar, progresar también.

Esa visión biológica de la vida tuvo gran aceptación. Transformó las interpretaciones de la historia, de la economía, de la literatura. Y en el campo de la filosofía nos llevó al materialismo, al pragmatismo y a una concepción relativista en todos los estudios humanos. Dió al hombre una fe inquebrantable en sí mismo que lo llevó a un nuevo humanismo. Y cambió la orientación de la vida del pasado al futuro, abriendo a la vida humana las mismas posibilidades de progreso infinito que había dado a los mundos de la razón.

Esta es, a grandes rasgos, una faz de lo que el profesor Whitehead ha llamado "la bifurcación de la naturaleza." ⁴² Porque todavía ofrecía atractivos la otra manera de considerar la experiencia, piedra de toque del nuevo mundo que había perdido su fe en el mundo celestial del cristianismo. La experiencia es experiencia de algo... y ese algo es lo que estudió la ciencia. Pero es también experiencia de alguien... y ese iba a ser el terreno que exploraran los idealistas. El idealismo, en la definición de Ortega, es "aquel movimiento que empieza con Descartes y que lleva al hombre a encerrarse dentro de sí." (4,427)

La dificultad que el idealismo trató de resolver es ésta. Los ma-

terialistas creían ver en todo acto mental algo material, fisiológico. Los científicos adoptaron una actitud pragmática en cuanto al problema del saber -- aceptaron el mundo material como el único que podríamos conocer, y concentraron todos sus esfuerzos en conocerlo. Pero los idealistas presuponían, en la gran tradición de la filosofía, que existe un mundo distinto del material. Dividieron el universo en dos mitades opuestas: la res cogitans y la res extensa. Y se vieron imposibilitados para reconciliar la una con la otra.

Los problemas que ocupan a los idealistas son: la naturaleza de las impresiones que recibe la mente; la relación del cerebro con la mente; la relación de un ser con otro; la relación de la idea con la realidad material a que corresponde. Y encuentran dos respuestas distintas a esos problemas.

Descartes supone que la glándula pineal está encargada de convertir las sensaciones materiales en sensaciones y conceptos ideales. Pero esta primera solución realmente no resuelve nada; y los pensadores que le siguen necesitaban hacer una suposición más radical. Si lo material no tiene ningún punto de contacto con lo intelectual, y si, en esencia, cada persona es la suma de sus intelecciones, entonces es evidente que lo material no existe sino como intelecación.

Los físicos se resolvieron en favor del materialismo, negando la existencia de fenómenos no-materiales; los idealistas se vieron forzados a negar la existencia de lo material, haciendo del universo una construcción mental. Y esto los lleva a lo que Ortega ha llamado "una desrealización progresiva del mundo." La razón comete el gran pecado de querer mandar sobre el mundo y hacerlo a su imagen y semejanza. Y no contenta con esto, quiere también someter la vida misma a principios puramente intelectuales, a sistemas transparentes, exco-

tos, rigurosos, íntegros si se quiere, pero precisamente por esas calidades geométricas, ajenas a la espontaneidad de todo lo vital.

El científico, pues, se ocupa de lo que actualmente hace el hombre. Se contenta con describir el mundo como lo encuentra, y no se preocupa con lo que debía ser. El idealista, tomando entre sus manos la tarea de crear dentro de sí mismo el universo, se preocupa exclusivamente de lo que debe ser. No puede hacer menos, porque según lo que debe ser creará su propio cosmos. Mas al tratar de atenerse exclusivamente a la verdad, sus inclinaciones, deseos y experiencias lo forzarán a proponer esquemas de lo debido, radicalmente incompatibles entre sí. En el fondo, todos creen que hay un ente discreto, bien definido, lógico -- el hombre. Pero todos visualizan a ese ente de manera distinta. Para Nietzsche la fuerza que lo mueve es la voluntad del poderío. Para Freud, es el instinto sexual. Para Marx, son las fuerzas económicas que ocultamente dirigen su vida entera.

El resultado es el caos. La filosofía, dedicada a la tarea de explicarnos cómo es la vida del hombre y cómo debe ser, de proponer normas que pueden guiarnos en nuestras acciones, se ha convertido, por dos rutas distintas, en el subjetivismo. Como nos dice Ortega, "el idealismo alemán, como el positivismo de Comte, significan el ensayo de poner al hombre antes que la naturaleza." (2,26) Y ese hecho, la concentración de todo el interés intelectual sobre el hombre, hacen de los dos puntos de vista "mas bien que dos filosofías..., dos maneras de ignorancia filosófica." (6,306) Porque, al fin de cuentas, "la torpe realidad que se oculta bajo el lindo nombre de 'idealismo filosófico' es el subjetivismo." (6,321) Y este el joven Ortega, en busca de unas certidumbres que pueda plenamente aceptar, tiene que rechazar.

En la elaboración de su propia solución a los problemas que nos propone la filosofía, Ortega recorre por su propia cuenta ese panorama que hemos esbozado aquí. Estudia a fondo el formalismo del mundo clásico, los arrebatos de la fe que dieron su grandezza al cristianismo, el redescubrimiento de la vida interior que inspiró el mundo en que nació, el mundo moderno. Y sintetizando su curso como una vacilación entre el escepticismo y el dogmatismo, cree descubrir un nuevo principio intelectual que pueda poner coto a tales vacilaciones:

La historia de la ciencia del conocimiento nos muestra que la lógica, oscilando entre el escepticismo y el dogmatismo, ha solido partir siempre de esta errónea creencia: el punto de vista del individuo es falso. De aquí emanaban las dos opiniones contrapuestas: es así que no hay más punto de vista que el individual, luego no existe la verdad -- escepticismo; es así que la verdad existe, luego ha de tomarse un punto de vista sobraindividual -- racionalismo. 2,18

La solución de Ortega depende de la aceptación de algunas de las creencias del hombre moderno. Como él, cree Ortega "que el hombre no es una cosa, que es falso hablar de la naturaleza humana, que el hombre no tiene naturaleza." (6,24) Considera que el hombre se crea a sí mismo en cada momento de su vida, como el autor de una novela inventa su trama, influido únicamente por su circunstancia. Como los hombres de ciencia, acepta plenamente la existencia independiente del mundo material que nos rodea, pero postulando la existencia de una verdad distinta para cada tiempo, cada raza, cada nación; una verdad dinámica que cambia con los cambios del hombre que la puede conocer.

El hombre... no tiene una "naturaleza," sino una... historia. Su ser es innumerable y multiforme: en cada tiempo, en cada lugar, es otro. Ver esto, sumergirse en ese kalideoscopio de lo mudable histórico, describir sus figuras sin cuento, atendiendo precisamente a lo que tiene cada una de peculiar, de índole y arisco, de singular (sic) y exclusivo -- ésa es la faena... Por vez primera, se enfrenta la conciencia científica con lo humano en su realidad y no en sus meras idealizaciones. 6,181

Puntos de vista diferentes, creados por las cambiantes circunstancias que determinan el ser del hombre; esos son, pues, dos de los pun-

tos fundamentales de la doctrina filosófica orteguiana. Pero Ortega no puede soportar el subjetivismo, el relativismo; y esas opiniones parecen a primera vista relativistas, subjetivas. Por consiguiente, trae a cuenta el concepto de lo vital, en un esfuerzo de darlos cimientos firmes. Plantea Ortega el problema así:

El racionalismo se queda con la verdad y abandona la vida. El relativismo profiere la movilidad de la existencia a la quieta e inmutable verdad. Nosotros no podemos alojar nuestro espíritu en ninguna de las dos posiciones... Somos de (nuestra) época en la medida en que nos sentimos capaces de aceptar (eso) dilema y combatir desde uno de los bordes en la trinchera que éste ha tajado... Para nosotros, la vieja discordia está resuelta desde luego; no entendemos cómo puede hablarse de una vida humana a quien se ha amputado el órgano de la verdad, ni de una verdad que para existir necesita previamente desalojar la fluencia vital. 3,163

Y ahora, con esa breve introducción, nos toca iniciar una consideración más detallada de la solución que Ortega nos da al problema del hombre.

Capítulo Segundo

Unos apuntes sobre la filosofía de Ortega y Gasset

Recordaré al lector que habíamos postulado la existencia de una relación estrechísima entre el estilo y la filosofía de Ortega -- una coincidencia entre lo que quiere decir y su manera de decirlo, que da a su obra una cohesión y fuerza notables. En esa breve exposición de su pensamiento, pues, no vamos a entrar en gran detalle, ni a relacionar cuidadosamente las varias etapas del pensamiento orteguiano unas con otras. Nuestro propósito es más simple -- queremos ver claramente las tendencias íntimas, el modo de sentir la vida, la concepción del bien, las normas que propone nuestro autor, para después demostrar cómo esos conceptos básicos de su filosofía están relacionados con su modo de expresarlos.

El problema de la vida

Puesto que la obra de Ortega, en conjunto, se preocupa casi exclu-

sivamente por el problema del hombre, empezaremos nuestros apuntes con una consideración de su concepción de la vida humana. Al hacerlo, descubrimos que la concepción orteguiana de la vida es esencialmente trágica. La existencia es un "abismo de miseria," (5,275) la condición del hombre una "trágica condición." (1,559) Se caracteriza por una "sensación de perdimiento o inseguridad," estado de ánimo que "no es algo que nos acentozca a ratos en la vida, sino que es la vida misma, aunque hacemos todo lo posible para ocultárnoslo." (5,470) Toda vida, nos dice,

os, mientras se está viviendo, mas o menos, siempre angustiosa, porque consiste en problemas indómitos y de urgente solución. 6,477

Y lo angustioso es que el hombre no puede resolver esos problemas que la vida le propone. Trata de hacerlo con normas, con ideales que inventa. Pero descubre bien pronto que "es condición de todo ideal no ser posible realizarlo." (2,434) Forma esquemas morales para regir sus actos, pero descubre al cabo que "ninguna moral que verdaderamente lo sea se puede cumplir." Si ignora la naturaleza utópica de la ética y trata de conformarse a ella, está llevado a una de dos inmoralidades:

O el afán de que sean (esas normas) prácticas... nos hace elevar a la dignidad de normas torpes rocotas extraídas inductivamente de la experiencia, o la vana exigencia de realizar lo irrealizable siembra en nuestra vida constante inquietud, nociva dualidad, descontento, sensación de íntimo fracaso. 2,143

Y es que, en el fondo, la realidad de la vida es inasequible al pensamiento, gran maestro de la orden ideal. Lo mayor que podemos esperar de nuestra razón, es

ver claramente que el enigma de la vida es insoluble, que la sensación de perdimiento (que es la vida) no tiene curación. (Es eso) ya dominar nuestro destino, es sentirse en la verdad. 6,267

El hombre está condenado a esforzarse siempre para hacer conformar su vida con los ideales que su pensamiento le sugiere. Pero esa faena,

irrealizable, trae consigo consecuencias funestas.

El destino -- el privilegio y el honor -- del hombre... es no lograr nunca lo que se propone y ser pura pretensión, viviente utopía. Parte siempre hacia el fracaso, y antes de entrar en la pelea lleva ya herida la sien. 5,454

Y si añadimos a ese íntimo fracaso intelectual el hecho de que al hombre le es "imposible entenderse con sus semejantes, estando condenado a radical soledad," (4,114) tenemos un cuadro verdaderamente desolador de la vida. Porque, no contento con dibujarnos la vida como esencialmente incomprensible, Ortega quiere que suframos sus penas sin compañía y sin comprensión. Aun el hombre mejor, el hombre de vida profunda, es siempre "muy metida en sí, por tanto, muy solitario;" y cree nuestro pensador entrever que "la autenticidad de una vida se mide por su dosis de soledad." (6,343)

Nos extraña, pues, que ese fracaso inevitable que nos incumbe a todos, no desanima a Ortega. Las razones para su optimismo son varias. En primer lugar, cree que el pensamiento tiene realmente muy poco que ver con nuestra vida. La emoción, la espontaneidad, lo vital, la sensibilidad son los verdaderos móviles que dominan la vida humana... como, veremos más adelante. Además, está convencido que el hombre está metido irremediablemente en su tiempo. Sépalo o no, siempre va en pos de la felicidad. Pero

está condenado a no poder ser sustantivamente feliz si no logra serlo en el estilo de su tiempo... En este sentido puede decirse, aunque a veces parezca increíble, que toda época es feliz. 6,478

Otro paliativo es ese: Ortega es un hombre de batallas, y aunque la vida le presenta grandes problemas, le da por esa misma razón grandes oportunidades para luchar. Y encontrando Ortega la felicidad en la contienda, esa actitud guerrera frente a la existencia le ofrece más oportunidad para el ejercicio bélico que lo contenta. Sabemos, nos dice,

que la vida es -- sobre todo, va a ser -- dura. Aceptamos su rigor; no intentamos sofisticar el destino. Porque sea dura no deja de parecerse magnífica la vida. Al contrario, si es dura, es sólida, magra; tendón y nervio; sobre todo, limpia. 4,530

La felicidad y el placer son cosas bien distintas para Ortega:

Sin duda que en toda felicidad hay placer; pero el placer es lo menos en la felicidad. El placer es un acontecimiento pasivo, y conviene volver a Aristóteles, para quien era evidente consistir siempre la felicidad en una actuación, en una energía y un esfuerzo. 6,428

En suma, "existir es resistir, hincar los talones en tierra para oponerse a la corriente." (4,123) Lo había visto antes Cervantes, con quien está de acuerdo nuestro meditador:

La auténtica plenitud vital no consiste en la satisfacción, en el logro, en la arribada. Ya decía Cervantes que el camino es siempre mejor que la posada. 4,159

El problema del hombre

Y ahora que tenemos una somera idea de la faz que le presenta a Ortega la vida, nos conviene ver cómo son los hombres que la vivimos. Y descubrimos que la idea del hombre, que posee nuestro autor, es bien extraña. En esencia, lo que Ortega profesa es un determinismo riguroso. Descarta completamente, al parecer, la influencia de la circunstancia sobre el hombre, para insistir en que al nacer tiene ya un destino fijo, en cuyo cumplimiento está su única posibilidad de ser feliz. En dicho alguna vez Ortega: Yo soy yo y mi circunstancia. Pero aquí estamos tratando del "yo" simple, y la circunstancia tiene muy poco que ver con el proyecto de vida que la sangre le impone. "Somos," escribe Ortega,

el que somos indeciblemente y sólo podemos ser ese único personaje que somos. Si el mundo en torno -- incluyendo nuestro cuerpo y nuestra alma -- no nos permite realizarnos en la existencia, tanto peor para nosotros. Pero es vano pretender modificar lo que somos... El "yo" del lector es, por lo pronto, un proyecto de vida. Ese proyecto se lo encuentra ya formado al encontrarse viviendo. 4,77

Este tema le atrae mucho a Ortega, y años más tarde amplifica algo más ese dictamen.

Todos nos damos alguna cuenta de que en zonas de nuestro ser más profundas que aquellas donde la voluntad actúa está ya decidido a qué tipo de vida quedamos adscritos. Vano es el ir y venir de experiencias y razonamientos: nuestro corazón, con terquedad de astro, se siente adscrito a una órbita predeterminada y girará por su propia gravitación hacia el arte o la ambición política o el placer sexual o el dinero. 5,693-4

"Antes de que sobrevengan las contingencias externas," nos dice, nuestro personaje está ya en lo esencial formado, y aunque los casos de la existencia influyan algo sobre él, es mucho mayor el influjo que él ejerce sobre éstos. Solemos ser increíblemente impermeables a lo que cae sobre nosotros cuando no es afín con ese "personaje" nato que en última instancia somos. 5,608

La cosa, hasta aquí, no ofrece mayor dificultad. Al nacer, estamos sometidos a nuestro destino -- "el destino -- lo que vitalmente se tiene que ser o no se tiene que ser." (4,212) Pero luego surgen algunas dificultades. En primer lugar, parece que no todos los hombres tienen ese destino. "El hombre-masa," por ejemplo,

es sólo un caparazón de hombre constituido por meros idola fori; carece de un "dentro," de una intimidad suya, inexorable e inalienable, de un yo que no se pueda revocar. 4,121

Y nosotros, los americanos, tampoco, tenemos ese destino ineludible. Habitamos un continente nuevo, que

vive la prehistoria de sí mismo. Y en la prehistoria no hay protagonistas, no hay destino particular, domina la pura circunstancia. 4,378

Pero dejando aparte la cuestión de que si nosotros estamos sometidos o no a esa predestinación, encontramos otro problema aún más intrincado. Parece que, aunque predestinados, podemos optar por ignorar nuestro destino. "Nuestra voluntad es libre para realizar o no ese proyecto vital que últimamente somos, pero no puedo corregirlo, cambiarlo, prescindir de él o sustituirlo." (4,400)

Si lo aceptamos, somos auténticos; si no lo aceptamos, somos la negación, la falsificación de nosotros mismos. 4,312-3

Ya que "encajar en sí mismo, es la definición de la felicidad," (5,88) parece que al fin de cuentas la única penalidad por desafiar lo inexo-

rabable es el ser infeliz.

Buono: pero ahora, habiendo decidido que queremos ser felices, encontramos otra dificultad. Parece que es muy difícil reconocer nuestro propio destino. "De ordinario," nos dice Ortega, "no tenemos de él sino un vago conocimiento." (4,400) Y propone dos maneras antagónicas de descubrirlo. La primera manera es hacer lo que debemos, tenemos que hacer, si nos agrada o no -- es el someterse a normas extra-personales.

El destino no consiste en aquello que tenemos ganas de hacer; más bien se reconoce y muestra su claro, riguroso perfil en la conciencia de tener que hacer lo que no tenemos ganas. 4,213

La otra manera es más agradable; es obedecer la voz íntima de los sentimientos, los deseos, hacer lo que nos viene, precisamente, en gana:

El hombre no reconoce su yo, su vocación singularísima, sino por el gusto o el disgusto que en cada situación siente. 4,407

Veremos algo más de esa lucha continua entre las demandas de la emoción y del concepto, entre la necesidad de normas y la fatalidad del relativismo, más adelante. Pero, para ahondar más en la concepción orteguiana del hombre, nos conviene advertir ahora que para él lo espontáneo gana sin dificultad la contienda. El mundo regido por normas es el mundo del intelecto, de la voluntad. Y Ortega mantiene que

la voluntad sólo puede suspender algunos momentos el vigor de lo espontáneo. A lo largo de toda una vida, la intervención del albedrío contra el carácter es prácticamente nula... La verdad es que, salvo esa somera intervención de nuestra voluntad, vivimos de una vida irracional que desemboca en la conciencia, oriunda de la cuenca latente, del fondo invisible que en rigor somos. 5,601-2

El carácter del hombre, según Ortega

Veremos ahora cómo Ortega da categoría intelectual a ese "fondo invisible que en rigor somos." Divide, como César a Galia, nuestro ser en tres partes: cuerpo, alma y espíritu. Pero descubre luego que

tanto el cuerpo como el espíritu son esencialmente idénticos en todos los hombres; el cuerpo actúa automáticamente, según los estímulos biológicos a que está sometido, mientras que el espíritu, el intelecto, sigue normas universales, reveladas por la necesidad de la lógica. Y cuando Ortega se pregunta "cuál de los tres "yo" somos, en definitiva," está constreñido a responder así:

El predominio del espíritu y el del cuerpo tienden a desindividualizarnos y, al propio tiempo, a suspender nuestra vida de alma... Sólo el hombre en quien el alma se ha formado plenamente posee un centro aparte y suyo, desde el cual vive sin coincidir con el cosmos... Nos sentimos individuales merced a esta misteriosa excentricidad de nuestra alma. Porque frente a la naturaleza y espíritu, alma es esa vida excentrica... Con el nacimiento del alma, alumbramos el mágico hontanar de los grandes dolores y los grandes angustias. El mundo se hace incomparablemente sabroso sentido bajo esta nueva e individualísima perspectiva del yo excentrico. Porque el mundo del cuerpo y el del espíritu son relativamente abstractos y genéricos. Pero los amores y odios dotan al cosmos de una topografía afectiva y le proporcionan modelado... 2,468-9

El hombre esencial, entonces, es el hombre del alma. Pero cuando tratamos de apresar el concepto de alma, descubrimos que es bastante vago. Nos dice el maestro que

es falso, es inaceptable pretender seccionar el todo humano en alma y cuerpo. No porque no sean distintos, sino porque no hay modo de determinar dónde nuestro cuerpo termina y comienza nuestra alma. 2,455

Precisando todo lo que puede, Ortega nos dará, por lo menos, dos almas. Una está íntimamente ligada con el cuerpo, y la llama "el alma corporal," o "la vitalidad."

A ella pertenecen... los instantes de defensa y ofensa, de poderío y de juego, las sensaciones orgánicas, el placer y dolor, la atracción de un sexo sobre otro, la sensibilidad para los ritmos de música y danza, etc... Sirve esta alma corporal de asiento o cimiento al resto de nuestra persona. Es ella el plinto de la estatua espiritual, la raíz del árbol consciente. Lo más sublime de nuestra persona se halla unido estrechamente a ese subsuelo animal, sin que tenga sentido fijar una línea o frontera que separe lo uno de lo otro. 2,454

Es de la más grande importancia esa vitalidad, para Ortega, porque nutre todo el resto de nuestra persona. No es posible, en ningún sen-

tido, una personalidad vigorosa, de cualquier orden que sea -- moral, científico, artístico, erótico --, sin un abundante tesoro de esa energía vital acumulada en el subsuelo de nuestra intimidad y que he llamado "alma corporal." 2,460

El alma corporal no es, no obstante, el alma sensu strictu.

Entre la vitalidad, que es, en cierto modo, subconsciente, oscura y latente, que se extiende al fondo de nuestra persona como un paisaje al fondo del cuadro, y el espíritu, que vive sus actos instantáneos de pensar y querer, hay un ámbito intermedio más claro que la vitalidad, menos iluminado que el espíritu y que tiene un extraño carácter atmosférico. Es la región de los sentimientos y emociones, de los deseos, de los impulsos y apetitos: lo que vamos a llamar, en sentido estricto, alma. 2,462

El punto de vista

El hombre tiene al nacer, entonces, su ser determinado. Pero esa determinación se aplica casi exclusivamente al mundo de los sentimientos, las emociones, los deseos, impulsos y apetitos. Por eso es en cuanto a esos aspectos de su vida como existe en su individualidad; y para nuestro autor, la individualidad es todo.

Pero eso nos lleva a preguntar si el hombre debe regir sus acciones atendiendo únicamente a los dictados de su propia sensibilidad. Y la respuesta de Ortega a esa pregunta la encontramos en su doctrina del punto de vista.

Sostiene que cada hombre tiene ciertas emociones y está situado en un cierto lugar que le ofrece la oportunidad de conocer alguna parte de la Verdad que únicamente él puede apresar. Por eso es el punto de vista individual lo único que merece respeto.

El punto de vista individual me parece el único punto de vista desde el cual puede mirarse el mundo en su verdad. Otra cosa es un artificio... Cada hombre tiene una misión de verdad. Dónde está mi pupila no está otra: lo que de la realidad ve mi pupila no lo ve otra. Somos insustituibles, somos necesarios. "Sólo entre todos los hombres llega a ser vivido lo Humano" -- dice Goethe. Dentro de la humanidad cada raza, dentro de cada raza cada individuo, es un órgano de percepción distinto de todos los demás y como un tentáculo que llega a trozos de universo para los otros inasequibles. 2,18-19

El deber del hombre es, entonces, ser honesto consigo mismo y vivir

según las normas que sus propios sentimientos le proponen.

No existe... esa supuesta realidad inmutable y única;.. hay tantas realidades como puntos de vista, 1,475

nos dice el espectador del Escorial. Y, en consecuencia,

el individuo, para conquistar el máximo posible de verdad, no deberá como durante centurias se le ha predicado, suplantarlo su espontáneo punto de vista por otro ejemplar y normativo, que solía llamarse "visión de las cosas sub specie aeternitatis." El punto de vista de la eternidad es ciego, no ve nada, no existe. En vez de esto, procurará ser fiel al imperativo unipersonal que representa su individualidad. 3,237

Eso nos deja en un relativismo absoluto en cuanto a nuestro tiempo.

Pero la cosa es más grave aún. Porque Ortega cree que cada raza, cada edad, cada generación tiene su propio punto de vista.

Cada época... cada generación... parte de supuestos más o menos distintos; quiere decirse que el sistema de las verdades y el de los valores estéticos, morales, políticos, religiosos, tiene inexorablemente una dimensión histórica, son relativos a una cierta cronología vital humana, valen para ciertos hombres nada más. La verdad es histórica... No obstante, (el hombre) puede y tiene que pretender (que) la verdad (es) sobrehistórica, sin relatividades, absoluta... (Y) es (esa) la gran cuestión... Para mí el resolver(lo) dentro de lo posible... constituye "el tema de nuestro tiempo." 4,99-100

Razón contra espontaneidad

No obstante los dictámenes expuestos hasta ahora, sería un error pensar que Ortega desdeña completamente las normas de la cultura. "La grave crisis del presente," nos dice,

se caracteriza no tanto porque no se obedezca a principios superiores sino por la ausencia de éstos. 4,468

En otro lugar amplifica lo dicho arriba así. "La vida," nos dice,

toda vida, por lo menos toda vida humana, es imposible sin ideal, o, dicho de otra manera, el ideal es un órgano constituyente de la vida; 4,187

mantiene que

el hombre es, tenga de ello ganas o no, un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior. 4,281

La vida humana, por su naturaleza propia, tiene que estar puesta a algo, a una empresa gloriosa o humilde, a un destino ilustre o trivial... Vivir es ir disparado hacia algo, es caminar hacia una meta. 4,243

Pero no puede desear la voz de su propia individualidad, y el tema del choque entre esas normas necesarias y su propia espontaneidad es la nota distintiva de toda su obra. Sabe nuestro autor que hay peligros en una vida exclusivamente espontánea. Creo que

en el momento en que seamos sinceros se orgullirá en nosotros el gorila y reclamará sus derechos perentorios; sólo a fuerza de ficciones y de fantasmagorías lo mantendremos encadenado. 1,462

Lo sincero, lo espontáneo en el hombre es, sin disputa, el gorila. Lo demás, lo que trasciende de gorila y lo supera, es lo reflexivo, lo convencional, lo artificioso. 1,461

Está seguro de que

unos cuantos hombres sinceros en el recinto del Congreso acabarían dándose de puñaladas. El orangután es el hombre sincero. 1,148

"Fácilmente," nos advierte,

el empeño de ser sinceros nos lleva al furor de opinar... Llegase a perder por completo la actitud de contemplar y a convertirse el individuo en una especie de juez loco y ciego. 2,98

Pero no ve, realmente, qué valores pueden tener una validez universal y demandar la lealtad del hombre. Cuando están forjados exclusivamente por el intelecto, resultan

siempre abstracciones, rígidas fórmulas provisionales que no pueden aspirar a incluir las ilimitadas posibilidades del ser. 2,187

Esas abstracciones

a fuer de imaginarias son incommovibles, invariables y de una perfección formal o abstracta que ninguna realidad efectiva puede poseer: (constituyen) un cosmos utópico, simplificado, de aristas claras y terminantes. No tiene duda que vivir en un universo de estas condiciones es sobrehumano cómodo. Lo terrible de la realidad efectiva es que contiene siempre rasgos equívocos. 2,182

Y en consecuencia, las normas por definición no pueden gobernar nuestros actos. "Lo vital es lo concreto, lo incomparable, lo único. La vida es lo individual." (1,482)

Ni la palabra Dios ni la palabra justicia pueden mejorarnos en nada. Preciso es que descendamos de las palabras a las cosas, las cuales son siempre multiformes, complejas y crizadas de conflictos. 2,204

Es por ese hecho, de que "todas las cosas reales son contradictorias

si se los analiza un poco," (2,497) por lo que Ortega se junta con las fuerzas de las nuevas generaciones "en la repugnancia al imperialismo ideológico," nombre que da "a la propensión de plantarse ante los hechos, exigiéndoles la previa sumisión a un principio." (2, 582) En su experiencia, cuando discutimos sobre lo que debe ser, vemos que "por un lado (va) la evidencia de la impresión inmediata; por otro, los conceptos, teorías e interpretaciones." (2,380)

La resolución orteguiana del conflicto

En resolución, el problema está propuesto así por nuestro autor:

Nos gobiernan dos imperativos contrapuestos. El hombre, ser viviente, debe ser bueno -- ordena uno de ellos, el imperativo cultural. Lo bueno tiene que ser humano, vivido; por tanto, compatible con la vida y necesario a ella -- dice el otro imperativo, el vital. Dando a ambos una expresión más genérica, llegaremos a este doble mandamiento: la vida debe ser culta, pero la cultura tiene que ser vital. Se trata, pues, de dos instancias que mutuamente se repelen y corrigen. Cualquier desequilibrio en favor de una o de otra trae consigo irremediablemente una degeneración. La vida inculta es barbarie; la cultura desvitalizada es bizantismo. 5,169

La cultura, pues, es imprescindible. En primer lugar, porque es el conjunto de creencias que tenemos, que orientan nuestras vidas enteras. La cultura, comenta,

rigurosamente hablando, es el sistema de convicciones últimas sobre la vida; es lo que se cree con postrema y radical fe sobre el mundo. 2,722

No es posible escapar de su influencia. Es el aire intelectual que respiramos; determina nuestras metas, fija los deseos que tendremos, y de ella forjamos nuestros sueños. En lo más íntimo de nuestro ser, inadvertido, determina lo que vamos a hacer. "Cada cual," escribe,

cree vivir por su cuenta, en virtud de razones que supone personalísimas. Pero el hecho es que bajo esa superficie de nuestra conciencia actúan las grandes fuerzas anónimas, los poderosos alisios de la historia, soplos gigantes que nos movilizan a su capricho... De todo aquello que es un impulso colectivo y empuja la vida histórica entera en una u otra dirección no nos damos cuenta nunca. 3,478

Y esos grandes fuerzas anónimas, esos soplos gigantes, son la cultura.

La cultura, en conjunto con nuestra dharna, decide, pues, lo que vamos a ser. Y por eso tiene una importancia casi mística para nuestro autor. "todo hombre inculto es la caricatura de sí mismo," nos dice. (2,729)

Hay que acabar para siempre con cualquiera vagarosa imagen de la ilustración y la cultura, donde éstas aparezcan como aditamento ornamental que algunos hombres ociosos ponen sobre su vida. No cabe tergiversación mayor. La cultura es un menester imprescindible de toda vida, es una dimensión constitutiva de la existencia humana. 4,344

Profesa nuestro pensador un humanismo que diviniza esa capacidad de crear culturas que posee nuestra especie: "Lo divino," mantiene,

es como el lugar imaginario sobre que el hombre proyecta cuanto halla en sí de gran valor, cuanto le aparta de la bestia, utilizando su naturaleza y dignificando sus instintos... Dios, en una palabra, es la cultura... Dios es lo mejor del hombre, lo que lo enorgullece, lo que intensifica su energía espiritual, la herencia científica y moral acumulada lentamente en la historia. 1,134-5

Pero estar rodeado de la cultura no es suficiente. Nos recuerda Ortega las palabras de Goethe, "lo que se hereda de los mayores hay que conquistarlo para poseerlo." (1,135) Y es eso lo que no solemos hacer. Aceptamos los lugares comunes de nuestro tiempo, pero sin pensarlos para nosotros. Poseemos un gran acervo de ideas que nos colonizan, que han venido de fuera:

ideas recibidas, preferencias que el contorno nos ha impuesto, sentimientos de contagio, personalidades mías que en todo momento puede revocar, substituir, modificar. 4,425

Y vivir así, aceptando ciegamente los lugares comunes sin entenderlos, es el pecado capital en el decálogo de nuestro filósofo. La historia lo ha enseñado que cada cultura, por rica que fuera, que ha vivido así sin raíces y sin comprensión, ha fracasado. Por eso nos dice:

El ser viviente que no es filósofo es un bruto. En el orbe intramundano todo lo que no es filosofía es sonambulismo y los animales se caracterizan por su existencia sonambúlica. 5,541

El hombre tiene que confrontarse con su cultura. Tiene que comprenderla, sentir sus problemas y las respuestas que a ellas da, en sus entrañas. Tiene que ser filósofo, y combatir al

hombre medio (que) piensa, cree y estima precisamente aquello que no se ve obligado a pensar, creer y estimar por sí mismo en esfuerzo original, (el hombre que) tiene el alma hueca, y (cuya) única actividad es el eco. 2,85

Solamente así, puede haber una congruencia entre nuestra cultura y nuestros sentimientos y emociones. Sólo así puede nuestra cultura vivir.

Pero ese acto de entendimiento sólo se puede conseguir por medio del estudio, Cree Ortega que

la verdad descubierta es ubicua y uerónica... Más allá de las culturas está un cosmos eterno e invariable del cual va el hombre alcanzando vislumbres en un esfuerzo milenario e integral... Períodos y razas -- o, en una palabra, las culturas -- son los órganos gigantes que logran percibir algún breve trozo de ese transmundo absoluto. Mal puede existir una cultura que sea la verdadera cuando todas ellas poseen sólo un significado instrumental y son sensores amplísimos exigidos por la visión de lo absoluto. 3,513

Tiene, entonces, que conocer primero la historia -- conjunto grandioso de los puntos de vista de los tiempos. Después, tiene que preocuparse por los diversos puntos de vista de su propio tiempo. "En vez de disputar," nos amonesta,

integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual, y como las riberas independientes se suman en la gruesa vena del río, compengamos el torrente de lo real. 2,20

La vista de cada investigador es limitada; cada cual posee un ángulo visual diferente, que excluye otros modos de ver, y, por tanto, le ciega para ciertas facetas de los hechos. Sólo la integración de muchos puntos de vista enfocados sobre un mismo tema arrancan a éste su plena fecundidad. 2,529

Después de considerar todos los posibles puntos de vista que han sido vigentes, o en el pasado o en el día de hoy, el hombre mejor ha evitado los más grandes desaciertos que la doctrina del punto de vista encierra. Ha hecho todo lo posible por obtener todos los datos posibles sobre los problemas que le interesan, antes de ponerse a opi-

nar por su propia cuenta.

Al hombre intelectualmente responsable no le basta que su impresión sea impresión: esto es, reacción directa, auténtica, sincera, ante un objeto, sino que le exige la condición de ser completa respecto a ese objeto. 5,184

El valor de la cultura

se mide por la mayor o menor precisión de las normas (que encierra) ... (o mejor dicho) no... en que se acierte o no -- la verdad no está en nuestra mano--, sino en (el) escrupulo que lleva a... cumplir los requisitos elementales para acertar. 4,188-9

Y el primero de estos requisitos es tener todos los datos bien a la mano antes de echarse a teorizar. Ortega sigue manteniendo que

toda vista es verdadera, puesto que nos da algo de la cosa. Pero como la hemos tomado desde un punto de vista cualquiera, sin dejar de ser verdadera resulta arbitraria. Lo arbitrario no es tanto la vista como el punto de vista. 5,419

Gree que, una vez hecho ese examen de la historia de la cultura, cada hombre se acercará a un punto de vista idéntico en lo esencial. El mundo material servirá como "el gendarme y el pedagogo del espíritu;" la mente en su trato con los objetos materiales tendrá que "aprender... una disciplina de contención." (5,373) "Es," nos aconseja

preciso... que rehusemos... aquel pensamiento subversivo y nihilista... Lo que tú ves, eso es lo real." No; nada de eso. Para percibir una realidad es necesario previamente convertirse en órgano adecuado para que ella penetre en nosotros. La fisionomía auténtica de las cosas, sólo se sorprende desde un cierto punto de vista, y quien no sea capaz de llegar a él, no pretenda suplantarles la realidad con su turbia visión. Las realidades más sustantivas son atisbadas solamente por unos cuantos hombres. Si esto es irrita, ahorrad en la plaza pública a esos seres privilegiados; pero no digáis que la verdadera realidad es la vuestra y que todos somos iguales. Ahorradlos honestamente, previa declaración de que los ostranguláis por ser mejores que vosotros. 6,162

Al captar los conceptos intelectuales, entonces, encontrará el hombre una historia de progreso, una progresión ordenada de ideas, que le pondrán en sustancial acuerdo con las otras mentes que están dispuestas a hacer el trabajo necesario para comprender. Encontrará

(que) la ley de perspectiva vital no es meramente subjetiva, sino que está fundada en la esencia misma de los objetos que habitan el

círculo de nuestra existencia. Es la perspectiva un orden, una estructura, una jerarquía que imponemos al mundo en torno, ordenando su contenido en una serie de planos. El error está en suponer que puede nuestro albedrío descender cuáles cosas han de ocupar el primer plano, cuáles el segundo, y así sucesivamente. Nada de eso; las cosas por sí, y previamente a la localización que las damos, pertenecen a uno u otro rango... Dejan ciertamente a nuestro capricho un pequeño margen, dentro del cual podemos movilizarlas, dislocarlas sin daño apreciable; pero si traspasamos los límites conocidos... la vida... se desorganiza y degenera. 2,357-8

Descubrirá "hechos verdaderamente representativos y esenciales," que permiten "una visión íntegra... donde aparezcan los hechos en su verdadera perspectiva." (3,38) Y, con esa base común, habrá lugar para lo espontáneo, para la actuación de "el tono vital primigenio de nuestra personalidad" (2,294) que es la tarea de la educación fomentar.

Porque parece que ese ser nato del hombre reside en su "alma," que es el aparato de emociones y sentimientos a que tenemos que ser fieles. Actúa en nuestro conocer por medio de un punto de vista sentimental. "No hay cosa viviente," nos dice Ortega,

o que en algún sentido pertenezca a la vida que no ofrezca un haz desdoblado. Pero esa misma cosa tiene siempre otro grave, respetable, magnífico o temible. Depende de nuestro humor la elección del punto de vista: ambos aspectos son igualmente verdaderos. 3,440

Partiendo de la base de nuestros conocimientos comunes, el juez último que decide la faz de la realidad que nosotros podemos aceptar es la espontaneidad, ahora reprimida por nuestra cultura personal.

De la supremacía de lo espontáneo no podemos dudar. Siempre, nos dice el maestro,

una misma realidad se quiebra en muchas realidades divergentes cuando es mirada desde puntos de vista distintos... Nuestra preferencia por una u otra sólo puede fundarse en el capricho... Lo único que podemos hacer es clasificar estos puntos de vista y elegir entre ellos el que prácticamente parezca más normal o más espontáneo. Así llegaremos a una noción nada absoluta, pero, al menos, práctica y normativa de la realidad. 3,361

Los conceptos, para Ortega,

son siempre una mediación entre las cosas y nosotros. Es preciso que lleguemos a una conciencia más profunda, a una conciencia inmediata. (Y) es ésta la conciencia sentimental. 1,542

Para que algo sea un ideal, pues,

no basta que parezca digno de serlo por razones de ética, de gusto o conveniencia, sino que ha de tener, en efecto, ese don de encantar y atraer nuestros nervios, de encajar perfectamente en nuestra sensibilidad. De otra suerte será sólo un espectro de ideal. 4,197

El alma, para nuestro autor lo más personal de nuestro ser, nuestro verdadero yo, viene a ser el árbitro final de nuestra actitud frente a la vida. Taxativamente, Ortega subraya ese dictamen a cada paso.

No hay más que un punto de vista justificado y natural. instalarse en esa vida, contemplarla desde dentro y ver si ella se siente a sí misma decaída, es decir, menguada, debilitada e insípida. 4,161

El verdadero deber no es la tosca fórmula hieratizada que aparece impuesta de una vez para siempre, sino una sublime inspiración que el momento fugaz sugiere. 4,494

La verdad o falsedad de una idea es una cuestión de "política interior" dentro del mundo imaginario de nuestras ideas. Una idea es verdadera cuando corresponde a la idea que tomamos de la realidad. 5,38

No basta... que una idea... parezca por razones geométricas verdadera para que debamos sustentarla. Es preciso que, además, suscite en nosotros una fe plena y sin reserva alguna. Cuando esto no ocurre, nuestro deber es distanciarnos de aquélla y modificarla cuanto sea necesario para que ajuste rigurosamente con nuestra orgánica exigencia. Una moral geométricamente perfecta, pero que nos deja fríos, que no nos incita a la acción, es subjetivamente inmoral. El ideal ético no puede contentarse con ser el correctísimo; es preciso que acierte a excitar nuestra impetuosidad. 3,171

Mas para completar esa espontaneidad, podríamos decir para reformarla, sostiene Ortega que el hombre que ha ejercitado su mente, que ha recorrido la historia de la cultura, desarrollará forzosamente una sensibilidad más aguda, más fina, mejor que la que poseen los hombres medios. Llegará a ser un artista de la vida,

un hombre de sensibilidad exquisita, un artista que lo sea en verdad. Si por azar germinan en él... sentimientos primarios, de mediocre carácter, se apresurará a ahogarlos, avergonzado, y no dejará desarrollarse sino los estromocimientos que en el lado artista de su espíritu brotan. Eliminando sus reacciones de hombre cualquiera, rotundamente, por selección, exclusivamente, sus sentimientos de artista. 1,239

Participará de una actitud noble y exigente, en que "el ideal de la existencia es no abandonarse, eludir la orgía," mientras que el hom-

bre de sentimientos menos finos, el hombre popular, pensará que "vivir es entregarse a la emoción invasora y buscar en la pasión, el rito o el alcohol, el frenesí y la inconsciencia." (3,596-7)

La crisis de la cultura y el aristocratismo de Ortega

Es un principio de fe para Ortega y Gasset que "los principios normativos de todo orden... han dejado de ser vigentes." (4,489) Y en consecuencia, el hombre que tiene aptitudes para hacerse culto tiene impuesta la labor

de labrar(se) una nueva espontaneidad, un yo contemporáneo, una conciencia actual. En otras palabras, tenemos que educarnos. 1,84

Mas nuestro autor sostiene que hay algunos hombres especialmente calificados, por sus dones natos y por su aparato sentimental, para esa tarea de crear nuevas espontaneidades. Se los descubre en tiempos como el presente, cuando

toda norma se ha desvirtuado, no existe disciplina ninguna sobroindividual, no hay tierra firme sobre qué apoyarse cómodamente. (Cuando, en fin), todo se hace problemático." 4,489

En tales tiempos, los temperamentos plebeyos,

los espíritus vulgares se sienten liberados de la norma que sintieron siempre como un gravamen penoso y dan suelta a su barbarie nativa o infecunda. Entonces los espíritus selectos se recogen sobre sí mismos y recurren a la única disciplina restante, la que espontáneamente emana de su propia individualidad. No pudiendo ajustarse a una norma superior que no existe, procuran adecuarse a las exigencias imperativas que en su interior funcionan... (y) trabajan en la difícil invención de los nuevos principios 4,489-90

Por esa razón acentúa tanto Ortega la necesidad de lo espontáneo -- entendido está que únicamente entre los espíritus selectos que están ocupados en sacar de sus entrañas las normas nuevas, que regirán los destinos de las generaciones futuras. Estamos presenciando un nuevo renacimiento, y "todo renacimiento parece exigir un instante de inmersión en el salvaje inicial que el hombre lleva dentro." (2,86) La razón es fácil.

La época bárbara es sazón de fe en sí mismos. Esta es la gran virtud de tal edad, que conviene injertar en la nuestra, chita de cautela y precaución. 2,429

El hombre egregio, que

posee a sí mismo y somete a un cauce de normas la fluencia excesiva de su energía, (que reconoce instantáneamente) el sistema de la Ironía (sic), de la continencia," (1,462)

es la gran necesidad de nuestro tiempo. Por su familiaridad con

las virtudes, las reglas metódicas para el pensar, los tipos ejemplares del gusto, la sensibilidad para las cosas remotas, (ha) ido cubriendo, ocultando la bestialidad de nuestra materia original, 1,460

Ha refinado la sensibilidad exquisita con que nació, y está capacitado para ejercer su oficio de guiar a las masas, de darles el ejemplo de una vida ordenada en medio del caos.

Y no cabe duda, Ortega cree implícitamente que hay tales hombres próximos, y que tienen el destino de mandar. "Todas las crisis," dice que ahora inquietan el mundo son necesarias para que la sociedad vuelva a organizarse en nueva aristocracia. 2,242

El mundo tendrá, forzosamente, que volver a

organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares. Todo el malostar de Europa vendrá a descabecar y curarse en esa nueva y salvadora escisión. 3,356

Se halla tan arraigado ese concepto aristocrático de la sociedad en el pensamiento orteguiano, que llega a expresar sus convicciones con palabras tan definitivas como éstas:

He dicho, y sigo creyendo, cada día con más enérgica convicción, que la sociedad humana es aristocrática siempre, quiera o no, por su esencia misma, hasta el punto de que es sociedad en la medida en que sea aristocrática. 4,150

Serán esos hombres de la minoría regente, "selectos... ante todo y sobre todo porque se exigen mucho a sí mismos," (3,257) los que "despiritualicen y den un sentido de la vida a los muchos." (1,108) Sin ellos "el nivel medio (de la historia) no se elevaría nunca... Sin

ellos no habría nada que merecería la pena." (5,621) La forma mejor de la sociedad ha sido siempre, y siempre será, una "forma de convivencia en que el inferior participa de las excelencias anejas al superior." (2,437) Y es ese tipo de sociedad, ahora arrollado por la rebelión de las masas, el que quiere Ortega resucitar.

La cultura vital y el triunfo de la espontaneidad

La filosofía de Ortega es, entonces, un esfuerzo hacia la reconciliación de dos tendencias antagónicas. El hombre es, y debe ser, una criatura regida por sus sentimientos, sus emociones, o, más simplemente, por los imperativos vitales que tienen su fuente en el "alma corporal." En vez de buscar normas de antemano, debe vivir, confiado en que cuando las necesite, brotará "clara la voz del dentro como programa de conducta." (4,426) Pero también necesita una idea clara de la virtud, de la moralidad; y "lo moral es, por definición, lo que no es instintivo." (1,119)

Ortega reconoce que es "cierto que hasta ahora no se ha resuelto (esa) antítesis;" pero añade que "cada hombre debe pensar que es él el llamado a resolverla." (2,46) Considera nuestra cultura inexistente, y cualquiera cultura un "compuesto de... exquisitas superfluidades," (1,463) en que fingimos creer. Empieza a "sospechar que la historia, la vida, ni puede ni 'debe' ser regida por principios, como los libros de matemáticas." (5,162)

Y eso le lleva a buscar la realidad, lo normativo, en estratos más profundos de nuestro ser. Encuentra esa "realidad histórica" que verdaderamente organiza nuestras vidas en

un puro afán de vivir, una potencia parocida a las cósmicas; no la misma, por tanto, no natural pero sí hermana de la que inquieta al mar, fecundiza a la fiera, pone flor en el árbol, hace tomblar la ostrella. 4,160

Nuestro mayor sabiduría, nos dice,

es secundar esta misteriosa universal voluntad de la vida. Aprendamos a preferir lo corruptible a lo inmutable, la trémula mudanza de la existencia a la esquemática y lívida eternidad. Seamos de nuestro día, mozos al tiempo doblado, luego espectros o sombras en fuga. Lo decisivo es que llenemos hasta los bordes la hora caminante, que seamos en el ánfora frágil buen vino que rebosa... Los placeres van a la carrera;.. razón de más para galopar tras ellos. 2,232

En su deseo de crear una razón vital, casi llega Ortega a olvidarse del sustantivo que la vitalidad debe modificar. La razón se convierte en "corrección del instinto, perfeccionamiento de la espontaneidad." (3,485) Y esa espontaneidad viene a dominar tan completamente como en días pasados dominó la razón que Ortega combate. No es la razón, sino

el poder, a la vez creador e irracional, de la vida que yo fervorosamente he recomendado durante toda la mía. 3,469

Y esa vida, libre, ilimitada, atenta sólo a sus deseos y sentimientos instintivos, es lo que al fin de cuentas sirve como la fuerza motriz de todo el pensamiento de nuestro pensador madrileño. Su ideal la podemos entrever en la figura de Pío Baroja, que describe así:

Libre, ilimitadamente libre, cruza este hombre por nuestro paisaje español, empujando un corazón dolorido y, a la vez, roidor. Incapaz de pacto, vive señero, ausente de todos los partidos políticos o doctrinales... (Es un) espíritu agudo y noble, como un acero antiguo. Siempre dirá lo que siento y sentirá lo que vivo -- porque no vivo al servicio y domesticidad de nada que no sea su vida misma, ni siquiera el arte o la ciencia o la justicia. Llámese esto, si se quiere nihilismo--; pero entonces es nihilismo la actitud sublime; sentir lo que se siente y no lo que nos mandan sentir. 2,101

Capítulo Tercero

El estilo de Ortega y Gasset como reflexión de su filosofía

Con una idea somera de la filosofía orteguiana, estamos ya preparados para intentar relacionarla con su estilo literario. Y descubriremos que es Ortega mismo el primero en progonar esa relación y en subrayar su importancia. "Hay, en efecto," nos dice,

paralelismo riguroso entre nuestro estilo y nuestra existencia; pero son idiomas distintos y es preciso descubrir la clave de sus exquisitas correspondencias. 3,572

La clave de esa correspondencia, para nuestro autor, se encuentra al ver cómo

el escritor, de entre todas (las) cosas innumerables, elige una y la hace objeto general, toma céntrico de su obra. En esta elección primera comienza a constituirse el estilo: es ella la decisiva... Por eso, la crítica literaria... tiene, a mi juicio, que empezar por aislar ese objeto genérico, que viene a ser el elemento donde toda la producción alienta. 2,70

En otras palabras, "todo estilo parte de un supuesto, estilo es supuesto;" (4,391) y resulta que un libro es simplemente

lo que un hombre hace cuando tiene un estilo y ve un problema. Sin lo uno y sin lo otro no hay libro. Exento de estilo, un libro es un borrador. Exento de problema, papel impreso. 1,241

Nosotros ya sabemos cuál es esa clave, ese objeto genérico, que preocupa al meditador del Escorial. Es el problema de la vida, resuelto por medio de un canto perpetuo a la espontaneidad, un afán incansable de proclamar las virtudes de una actitud viril y espontánea frente a nuestra existencia.

Se inicia una nueva forma de la cultura -- la vida selecta y armoniosa--; despierta un arte nuevo; la vida como arte, el refinado sentir, el saber amar, y desdolar, y conversar, y sonreír... Frente a ese arte sumo, todos los demás... pasan a ocupar un segundo término, como mero ornato, fondo y aditamento a la vida. 2,51'

Ortega profesa una filosofía vital, y, como esperaríamos, lo expresa en forma no menos vital. Cuando Ortega quiere censurar un estilo, se fija en cualidades como las siguientes:

un espíritu pobre (cercará) un idioma enteco, reptante, sin moralidad ni energía. 1,548

una lengua pueril... es una lengua sin luz ni temperatura, sin evidencia y sin calor de alma, una lengua triste, que avanza a tientas. 4,129

La óptica monumental tiene, por lo pronto, estos cuatro inconvenientes: es una visión solemne, desde fuera, a distancia y sin dinamismo genético. 4,399

El estilo que Ortega anhela poseer, y que efectivamente posee, se distinguirá, pues, por su energía, luminosidad, temperatura, calor de

alma; será dinámico, íntimo, alejado de gestos patéticos. Nos presentará "formas... cargadas de electricidad, dotadas de acción y de emoción, de vital dinamismo." (1,540) En su andar levantará

el vuelo del faísán verbal, de la expresión imprevista y maravillosa, vívida, dinámica, que se sostiene en el aire por la magia de la gracia o la precisión. 5,494

Evitará las

palabras, que de nuro haber sido usadas, como viejas monedas, no logran ya decirnos con vigor lo que pretenden. 5,300

Cuando encuentra un libro en que "la prosa se hincha, como un velamen, al barlovento del entusiasmo;" un libro que es "acción manuscrita;" (3,508) una historia escrita "con iracundia y con entusiasmo," (4,419) estará de plácemes. Comentando la obra de cierto escritor francés, nos dice que posee

tres dimensiones geniales, tres cualidades soberanas: temperatura, densidad y música. Para quien estos valores sean los más altos que la prosa puede contener, será tal vez Viaje de Esparta, el libro mejor escrito que existe. 4,460

En efecto, todas esas caracterizaciones del buen estilo y todas esas críticas que hace de estilos débiles, dicen la misma cosa. Afirman que un buen estilo se funda en lo que el autor tiene que decir; que lo tiene que decir en una manera apropiada; y, puesto que su mensaje para nosotros es el vitalismo, su estilo tendrá que ser dinámico, caluroso, emocional. Tendrá que expresar su vitalidad, su "fuego... y hervor de entusiasmo." (6,240) "Lo menos que puede exigirse," sentencia alguna vez,

a un decir es que diga, que diga con vigor, que proyecte nuestra mente, con un mínimo de esfuerzo, lo más cerca posible de la intuición de la cosa misma a que se refiere. 6,359

Y liga Ortega su necesidad personal del dinamismo con las corrientes culturales de toda nuestra civilización. "Es," comenta,

el destino intelectual de Occidente... interpretar todo lo inerte y material como puro dinamismo, sustituir lo que no parece ser sino

"cosa" vacante, quieta y fija por fuerzas, movimientos y funciones. 4,294

El arte, según esa concepción de nuestra cultura, será

un idioma o un sistema de signos expresivos de quien la función no consistiera en narrarnos las cosas, sino en presentárnaslas como ejecutándose. 6,256

Y "el término indefectible del proceso filosófico" será que

el contenido de todo concepto (sea) siempre vital, (sea) siempre acción posible o padecimiento posible de un hombre. 4,236

La visión orteguiana del mundo estará, entonces, compuesta de fuerzas, movimientos, funciones, ejecuciones; concentrará su atención en lo dinámico, en lo concreto, en lo vital siempre. Será, pues, una visión sustantiva, verbal del cosmos, que desdoblará matices y todo lo adjetivo. El fin de nuestra sabiduría es lo concreto;

Lo general no es más que un instrumento, un órgano para ver claramente lo concreto; en lo concreto está su fin... (La) cultura no es otra cosa sino esa promeditada, astuta vuelta que se toma con el pensamiento -- que es generalizador -- para ochar bien la cadena al cuello de lo concreto. 1,185

Y si es así en cuestiones filosóficas, es doblemente cierto en el reino del arte. Llamáremos, nos dice,

al (saber) científico método de abstracción y generalización, llamáremos al del arte método de individualización y concretación. 1,483

Ojos, oídos, tacto son la hacienda del espíritu; el poeta muy especialmente tiene que comenzar por una amplia cultura de los sentidos... (y) tendrá siempre sobre el filósofo esta dimensión de la sensualidad. 1,572

Recordemos la parte que tiene en su filosofía ese recelo de lo abstracto, como antivital, y no nos sorprenderá encontrar un deseo firme de evitar todo lo abstracto en su exposición de esa filosofía. Esta es una de sus preocupaciones continuas. "En la medida," nos dice,

en que (los conceptos) son abstractos son formales;.. no piensan algo real, sino que reclaman una concretación. 6,44

Mientras el pensamiento es sólo abstracto, no ha hecho sino empezar. 5,418

Cuando considera el estilo de Dilthey, le repugna su "elocución otórea y difícilmente captable." (6,172) Encuentra en su obra párrafos "tan misero(s), abstracto(s) y formalista(s), tan sin gracia y tan como si no dijera(n) nada," (6,188) que al traducirlos al español se ve forzado a "exponer(los) de mi manera..., dándole(s) una expresión algo más rotunda y vigorosa." (6,182)

Su costumbre personal es evitar a toda costa cualquier abstracción. Repetidas veces nos expone ideas como éstas:

Por lo mejor que todos los enunciados generales y abstractos será que pongamos un ejemplo de un hecho... 5,201

Su modo habitual de escribir es siempre concretar, vitalizar, dar ejemplos;

No gastado este poco de tiempo en desarrollar, aunque brevísimamente, los anteriores ejemplos, movido por el afán de que no quedase abstracto y confuso en la mente de ustedes... 5,355

Para no seguir meviéndome entre fórmulas generales y abstractas, intentaré describir sencillamente un ejemplo concreto... 5,76

El deseo de Ortega, cuando nos presenta los ejemplos concretos que considera tan necesarios, es hacerlos lo más concretos, vitales y actuales que sea posible. Para conseguir ese fin, hace mano preferentemente de los sustantivos, las relaciones verbales, los símiles y metáforas, las anécdotas y los ejemplos. Desdén el adjetivo, que trata de fijar para siempre las características de lo descrito, para presentar la cosa misma como haciéndose. Y cuando usa adjetivos, como veremos más adelante, los emplea en grupos, contrastándolos uno con otro, cambiando ligeramente sus significados habituales, haciéndolos de una vez más precisos y más fluidos que de costumbre.

Su opinión acerca del uso de los adjetivos, es, como se supondría, nada halagüeña. Acentúa la imprecisión del adjetivo así:

Se ha dicho muy poco sobre la muerte cuando se ha dicho que es horrible, porque este adjetivo, como en general los adjetivos, no resuel-

ve nada. 6,466

Equipara lo adjetivo con lo fantasmagórico: "hecho un fantasma, hecho un adjetivo," (6,549) alguna vez nos dice de la belleza interpretada por Ruskin. Lo realmente importante es el sustantivo. "Hay," comenta,

que ensayar una vuelta del adjetivo al sustantivo en... la literatura. El matiz no está, realmente, en las cosas; es lo que nosotros ponemos en ellas, nuestros mudables estados de espíritu, los fugitivos tornos de nuestro capricho. 1,552

Equipara la preocupación excesiva por los matices con:

aquel ocioso cultivo de los tulipanes que absorbía la existencia de los holandeses adinerados. El matiz es el matiz de las cosas: quien se preocupa de aquél, del adjetivo, es que ha perdido la sensibilidad para éstas, para los sustantivos. Para el arte clásico, en quien todo es vida, los matices no existen. 1,551

Ortega siempre se ocupa de las cosas; no está con los formalistas, quienes "mientras pulían los adjetivos, los sustantivos, sin los cuales no vive una frase, se iban haciendo viejos sin ser renovados." 1,20

Enemigo acérrimo del uso indiscriminado del adjetivo, no puede lograr suficientemente un estilo que se preocupa por expresar acciones, que se concentra en los aspectos cambiantes de esa perpetua mudanza que es la vida. Cuando quiere encarecer el libro del Conde de Yebes, Veinte años de caza mayor, dice simplemente: Tiene un delicioso sabor verbal. (6,475) Y, en otra parte, caracteriza así la tarea del hombre mejor:

El intelectual tiene su misión enunciativa, verbal; cuando ha escrito o pronunciado palabras que expresan algo con precisión, con gracia y con lógica, ha hecho cuanto tenía que hacer. 2,407

Algo de lo que impresiona a nuestro pensador en cuanto a estilo, podemos verlo en un trozo que escogió una vez para representar lo esencial de lo poco escrito por "un jesuita... que de haber escrito habría sido el mejor escritor de todo su siglo:"

Las levas van al paso de España, tardas y para después... Madrid está

lleno de botas y capas coloradas; los callos bermejean como oras de pimientos; si galas y plumas matan, no nos quedará quohacer en Francia y Cataluña. 6,504

Como vemos, todo es vida y movimiento en ese pequeño trozo. Cuando quiere describir el aire de color que ostentan los callos de Madrid, llenos de soldados con sus atavíos militares colorados, da un sentido verbal y activo al emplear la palabra "bermejean," y lo remata con un símil, "como oras de pimientos," que quita de "bermejean" lo poco que tiene de indefinido, para relacionarlo estrechamente con una cosa concreta. En vez de introducir algunos hombres en el escenario para lucir esos vestidos, el jesuita los suprime, y manda las botas y capas a pasearse sin beneficio de dueño. Cuando quiere preguntar si la elegancia es una cualidad necesariamente aneja al valor y destreza marcial, atribuye a las galas y plumas el papel activo de matar, suprimiendo todo lo innecesario y exagerando para dar a sus palabras cierto dramatismo. Así, concentrando su atención en los aspectos activos y vivientes de lo que describe, gana los elogios de nuestro autor.

Con esa breve introducción, en que hemos destacado algunos aspectos de la teoría estilística de Ortega, estamos listos para empezar por nuestra propia cuenta la consideración de los métodos estilísticos específicos que utiliza nuestro filósofo para dar a su obra la concreción, fluidez y vitalidad que su teoría literaria y su filosofía exige.

La preocupación etimológica, en el estilo de Ortega

Uno de los procedimientos estilísticos que emplea Ortega para dar plasticidad a lo general, crear una atmósfera verbal alrededor de los sustantivos que emplea, y adelantar el desarrollo de los argumentos que urde, haciéndolos más claros o dándolos un giro fuera de lo común, es el de recurrir a los orígenes de las palabras que usa, para encontrar en ellos la vitalidad que tan comúnmente no tienen en su aceptación usual. Mantiene que cuando usamos el lenguaje

como instrumento para combinaciones ideológicas... complicadas no tomamos en serio la ideología primaria que él expresa, que él es. Cuando, por un azar, nos despreciamos de lo que queremos decir nosotros mediante los giros pre-establecidos del idioma y atendemos a lo que ellos dicen por su propia cuenta, nos sorprende su agudeza, su perspicaz descubrimiento de la realidad. 5,593

"Las etimologías," nos dice,

no son mero asunto de interés lingüístico, sino que nos permiten descubrir situaciones "vivas" efectivamente por el hombre y que en ellas quedaron conservadas con pleno frescor de actualidad, como la carne de los mamútos, conservada durante milenios en el hielo de Siberia. 6,428

Quiero aprovecharse de "los veneros magníficos de psicología sumamente certera y no explotada aún," los "atisbos milenarios" condensados "en los giros del lenguaje usual." (5,584) Quiero explotar "la situación vital originaria a que (cada) vocablo responde." (5,210) Y el dramatismo que descubre al intentar esa comprensión cabal de algún vocablo, lo describe así:

La palabra "misión", por sí sola, me asusta un poco si me veo obligado a emplearla con todo el vigor de su significado. Por supuesto, que lo mismo acontece con innumerables palabras de las que hacemos un uso cotidiano. Si de pronto hicieran funcionar con plenitud lo que verdaderamente significan... nos sentiríamos atemorizados... ante el esencial dramatismo que encierran. Por fortuna, nuestro ordinario lenguaje las usa sumaria y mecánicamente, sin entenderlas apenas, con un sentido debilitado, adormecido, borroso... En suma..., al hablar hacemos saltar los vocablos como los domadores de circo a los tigres y a los leones, después de haber robajado su ferozidad con la morfina o el cloroformo. 5,210

Pero Ortega no quiere usar palabras adormecidas. Su dramatismo, su sentido vital, su habilidad de espantar, su agudeza es precisamente lo que le interesa. Y el resultado es, que aunque espanto a sus lectores, que ha adoptado como uno de sus más arraigados procedimientos literarios la actualización de las palabras que utiliza.

Veremos primero algunos ejemplos de cómo esa consideración del origen de las palabras puede darles un sentido verbal, de acción, de sentidos, y henchirlas de significación. O, según las palabras de Ortega, cómo se satisface la rigurosa necesidad de que una palabra

expresiva de un sustantivo, entre en erupción, se ponga en actividad, adquiera un valor verbal. 6,260

El primero que llamó "sociedad" a una reunión de hombres dió un nuevo sentido al vocablo "socio," que significaba antes simplemente el que o lo que sigue a otro, el secuaz, de seguir. 2,588

Recuérdese que la más exacta traducción del vocablo ascetismo es "ejercicio de entrenamiento," y los monjes no han hecho sino tomarlo del vocabulario deportivo usado por los atletas griegos. "Askosis" era el régimen de vida del atleta, llena de ejercicios y privaciones. De donde resulta que el casino de los jóvenes, primera casa y primer "club" placentero, es también el primer cuartel y el primer convento. 2,617

Siempre que apretamos una palabra del Diccionario para precisar su sentido, descubrimos que es equívoca. Así, carrera significa principalmente correr desde un sitio hasta otro siguiendo una trayectoria. Luego se contrae un poco el sentido para referirse más especialmente a las carreras del estadio donde se concursa en vista de ganar premios. Más tarde viene ya la trasposición o metáfora y carrera se hace símbolo de la vida... La vida es representada como una carrera por un estadio -- como un esfuerzo desde un primer momento hasta un último momento, a lo largo de una trayectoria determinada -- es decir, de una cadena de haceres. Sin remedio, la vida no es un estar ahí ya, un yacer, sino un recorrer cierto camino; por tanto, algo que hay que hacer -- es la línea total del hacer de un hombre. 5,167

El delirio del "estado de gracia," dondequiera que se presente, es tribo, pues, en que uno está fuera del mundo y fuera de sí. Esto es, literalmente, lo que significa "ex-stasis;" estar fuera de sí y del mundo. 5,591

Siguen pareciéndonos bonosas esas ocupaciones impuestas por la necesidad. Gravitan sobre nuestra existencia, magullándola, triturándola. Por eso las llamamos "trabajos," palabra que significó primero un atroz tormento (trepalitum). 6,422-3

La palabra "deporte" ha entrado en la lengua común procedente de la lengua gremial de los marineros mediterráneos, que a su vida trabajosa en la mar oponían su vida deliciosa en el puerto. "Deporte" es "estar de portu." 6,428

La etimología de mandar significa cargar, ponerlo a uno algo en las manos. El que manda es, sin remisión, cargante. Los inferiores de todo el mundo están ya hartos de que los carguen y encarguen... 4,239

El sentido propio del vocablo "curiosidad" brota de su raíz que da una palabra latina... cura, los cuidados, las curas, lo que yo llamo la preocupación. De cur-a, viene cur-iosidad. De aquí que en nuestro lenguaje vulgar un hombre curioso es un hombre cuidadoso, es decir, un hombre que hace con atención y extremo rigor y pulcritud lo que tiene que hacer... Todavía en el antiguo español, cuidar es preocuparse... Este sentido originario... pervive en nuestras voces vigentes curador, procurador, procurar, curar y en la misma palabra cura que vino al sacerdote porque éste tiene cura de almas. Curiosidad

dad es, pues, cuidadosidad, preocupación. Como viceversa incuria es descuido, despreocupación, y seguridad -- securitas -- es ausencia de cuidados y preocupaciones. 4,550

Sociedad, pues, viene a tomar un matiz de "seguir," atribuyéndole algo de jerarquía vital muy en consonancia con la doctrina aristocrática de nuestro escritor. Carrera viene a ser un correr, una trayectoria, un esfuerzo, un quehacer, en contraposición a su sentido usual de algo fijo, inmóvil, yacente. El trabajo magulla, tritura nuestra existencia, y es visto como un atroz tormento, no como el oficio sedentario, mecánico y nada vital que ocupa a fulano o a zutano. No nos escapa, tampoco, cómo algunos de esos ensayos de etimología dan una actualidad, una plasticidad, a los conceptos que expresan. Cuando consideramos la palabra "ascetismo," visualizamos monjes medievales, atletas griegos sudando bajo el sol cálido del Mediterráneo, y pensamos al fin en el origen común del club, del casino, del cuartel y del convento. Y cuando analizamos la palabra "curiosidad," terminamos con un enjambre de tantas profesiones y acciones, que nos parece más cuerdo no empezar a enumerarlos.

Hay, no obstante, otra función de igual importancia que poseen esos estudios etimológicos. Los emplea Ortega para dar mayor relieve a los argumentos que está presentando, o para comprobar la validez de algún punto de vista paradójico que está defendiendo. "El á-tomo vital," nos dice:

es precisamente el individuo. Ambos términos encierran una sabia amonestación para que no dividamos lo indivisible. El hecho de que el cuerpo físico tolere su división en unidades independientes -- los átomos -- demuestra simplemente que el cuerpo físico no es un individuo. 3,297

Así, al encontrar en la palabra "individuo" evidencia de una entereza indivisible, da fuerza al ataque que está librando contra los idealistas y su afán de intentar separar el intelecto de su subsuelo vital. Nos dice que "el poeta aumenta el mundo, añadiendo a lo real, que ya

está ahí por sí mismo, un irreal continente." Y para hacer más evidente el punto, añade: "Autor viene de 'auctor,' el que aumenta. Los latinos llamaban así al general que ganaba para la patria un nuevo territorio." (3,371) Cuando lamenta el hecho, evidente a él, de que "es prácticamente imposible hallar nuevas tomas" para la novela, remata ese juicio con "por algo se llama al género 'novela,' es decir, 'novedad'." (3,389) Creo que la historia es siempre relativa, y que cada tiempo tiene cierta altura en relación con cualquier otro. Y digo que no está hablando del

tiempo abstracto de la cronología, que es todo él llana, sino (d)el tiempo vital, lo que cada generación llama "nuestro tiempo," (que) tiene siempre cierta altitud, se eleva hoy sobre ayer, o se mantiene a la par, o cae por debajo. La imagen de caer, envainada en el vocablo decadencia, procede de esta intuición. 4,156

Al considerar el hecho, tan evidente, de que el hombre se divierte cuando puede, saca Ortega de las entrañas de ese vocablo un problema curioso y paradójico que a nosotros, menos ágiles intelectualmente, no se nos hubiera ocurrido nunca:

El más sobrio examen debiera hacernos caer en la cuenta de lo desazonador y sorprendente que es el hecho de existir en el universo una criatura -- el hombre -- a quien es menester divertirse, porque divertirse es apartarse provisoriamente de lo que solíamos ser, cambiar durante algún tiempo nuestra personalidad efectiva por otra en apariencia arbitraria, intentar evadirnos un momento de nuestro mundo a otros que no son el nuestro. 6,420

Cuando quiere hacer constar el progreso continuo del hombre, saca de la palabra razón un viento que hace la fuerza motriz de ese avance:

Empujado por la razón, que es un formidable viento -- "espíritu" quiero decir viento--, el hombre está condenado a progresar y esto significa que está condenado a irse cada vez más lejos de la Naturaleza, a construir en su hueco una sobrenaturaleza. 6,452

Y así podríamos seguir con otros ejemplos. Creo, no obstante, que está ahora bien evidente el mecanismo de esa primera característica del estilo orteguiano, y que hemos hecho resaltar el aire de acción y de vitalidad que presta a sus escritos.

No obstante, me gustaría considerar brevemente un aspecto más de ese procedimiento, despreciado por el mismo Ortega. Hablando de su gran enemigo, Miguel de Unamuno, nos dice que le disgusta

la frecuencia con que Unamuno da espantadas ante los vocablos y ve en ellos más de lo que en su uso corriente -- en que desaparecen transparentes -- suelen significar. A su valor usual profiere su sentido etimológico, y esto le induce a darlos mil vueltas y a sacar del vientre semántico de cada vocablo serpentina de retruécanos y otros juegos de palabras. 5,266

Es cierto que Ortega saca provecho de sus excursiones etimológicas, pero a veces raya en lo que podríamos considerar como juegos de palabras, para conseguir efectos especiales. Por ejemplo, le vemos sacando partido de la apelación honorario en uno de sus brindis:

Nada me ha producido nunca tamaño terror como presidir algo. Por eso no he presidido nunca nada. Esta es la primera vez que me he dejado arrastrar a ese terrible monester de presidir; pero claro es que ha sido por la gracia del salvador adjetivo adjunto a ésta mi presidencia. Yo soy vuestro presidente "honorario," y convendréis conmigo en que ser algo honorariamente es el más lucido modo de no serlo... Presidir es estar sentado delante de otros; pero en este caso, como se trata de pura metáfora y noble fantasía, es estar sentado sin estar sentado, en una silla que no es tal silla. Luego, pues, entregármelo a ello tranquilamente y sin tártagos. Me va muy bien esto porque me da un aire de inexistencia que cada vez aprecio más. 6,231-2

Y algunas veces, como en el siguiente ejemplo, se acerca a los linderos del doble-entendre. "La vida humana," nos dice,

es en su propia sustancia y en todas sus irradiaciones creadora de modas, o, dicho en otro giro, es esencialmente "modificación." 3,459

La importancia de lo visual, en la prosa de Ortega

De la importancia que tiene lo visual en la obra de nuestro autor no cabe duda. Nos cuenta que, en un viaje con Baroja,

iba yo movido no más que por esa porecepturitis de que habla Leibniz, ese entusiasmo visual, ese delirio inecalculable de revolver la retina sobre paisajes no vistos aún. 2,78

Recuerda siempre con cariño "el viaje deportivo de Solón: (su) viajar para ver -- theoríes hōínochen --;" (3,527) y al encontrar que los árabes llaman sus libros de viaje "libros de andar y ver," le gusta tanto

la idea que lo adopta para sus propias Notas de andar y ver.

La razón para ensalzar tanto ese modo conceptual que ha llamado "un magnífico apetito de ver" (3,592) es, a sus ojos, muy fácil de descubrir. Su raíz está en el amor a la verdad que domina su vida, y que ha descrito como

una curiosidad severa que hace del hombre entero pupila hambrienta de ver cosas, que saca al individuo de sus propios goznes y prejuicios y lo pone a arder en un entusiasmo visual. La tenacidad con que se ofrecen las metáforas de la visión para designar los actos intelectuales... no es un azar. 1,469

Esa visión severa de la importancia del ver fué ya señalada por Platón:

Cuando Platón busca un gremio seguro donde inscribir a los filósofos, se decide por la clase de los filothetamones o amigos de mirar. Pensaba acaso que la virtud más constante en el hombre es cierto entusiasmo visual. 2,704

Pero el ver que recomienda Ortega no es el simple acto visual; es cierto que nos había dicho en su juventud que "conviene pensar con los ojos," que ellos debían

disciplinar nuestro intelecto, para que transcriba en conceptos lo que se ve, evitando suplantarle por lo que se desea. 3,568

Pero modifica ese dictamen, para estar más en consonancia con su propia práctica, en los años de su madurez. Entonces mantiene que

la retina debe ser descalificada en cuanto órgano de percepción para la realidad.. y ceder el puesto a la emoción y al pensamiento. 6,134

El ver de Ortega es, entonces, un instrumento que lo es necesario para apresar bien la realidad circundante. Cuando encuentra algo "difícil de formular," su costumbre es "cochar mano de una imagen visual." (5,198) Pero lo que ve la retina de Ortega casi nunca es una imagen estática. Por sólida y concreta que sea la cosa que encuentra ante sus ojos, procura invariablemente darle un aire de acción pronto a estallar. Además, su visión siempre está teñida con juicios personales. Expresa sus sentimientos, su emoción frente al hecho que

ilumina, revelándonos sus deseos, disgustos y entusiasmos.

A continuación, veremos algunos de los símiles y metáforas que ha empleado nuestro pensador, en los cuales predomina lo específicamente visual. No obstante, su aire vital no escapará al lector, y estará así preparado para nuestra consideración general de las imágenes en Ortega, dando predomina la vitalidad sobre lo estático que está implícito en el acto de ver. Enumeremos, pues, algunos ejemplos.

"En la cabeza de la mujer," nos dice,

que por dentro debe ser de nícar, o algo así, irisado, luminoso, exquisito, pero duro, por fortuna no ha podido anidar el ave oscura del criticismo ni alinearse el termita del autoanálisis. 1,35

Visualiza Ortega la historia como "un coro gigantesco de multitudes extáticas aplaudiendo la postura que un día tomó un pueblo." 1,73

Ve el rayo "con su alfanje de fuego colgado al flanco de la nube." 3,153

Las máximas novelas son islas de coral formadas por miríadas de minúsculos animales, cuya aparente debilidad detiene los embates marinos. 3,414

Dice que los arqueólogos cavan "para recoger cosechas sembradas hace miles de años. Troya ha sido el espléndido tubérculo, la gigantesca trufa histórica, que nos ha abierto el apetito." 3,286

El sol es "la gran linterna;" (4,17) o lo parece

un señor burgués y petulante, acaso jefe superior de administración, que hace todos los días lo mismo;.. la Luna, hacendosa y ordenada, podría a su juicio, pasar por una señorita de comptoir un tanto ridícula. Ama los astros errabundos y, a lo sumo, tolera los cometas. 2,99

Los vocablos del latín vulgar "parecen viejas monedas de cobre, mugrientas y sin retundidad, como hartas de rodar por las tabernas mediterráneas." 4,129

La retórica es el cementerio de las realidades humanas; cuando más, su hospital de inválidos. 4,222

La Universidad... es un bosque tropical de ensueños. 4,332

Jorge Simmel parece una "especie de ardilla filosófica." 4,398

El objeto coreano es un héroe luminoso, un protagonista que se destaca sobre una "masa," una ploba visual, un coro cósmico en torno. 4,445

El pensamiento es un pájaro extraño que se alimenta de sus propios errores. 4,507

Los lugares comunes son los tranvías del transporte intelectual. 4,237

La duda es la hermana bizca que tiene la ciencia. 5,501

El maravilloso escolasticismo fué la piedra de afilar sobre la cual durante cinco siglos se estuvo afinando el corte del intelecto occidental. 5,501

De las meras ideas se entra y se sale, tienen puertas y ventanas. 5,50

El universo es... un constante carnaval. Máscaras nos rodean... El ser, la cosa misma, es por esencia lo oculto, lo encubierto, es el señor del antifaz. 5,525

El místico, esponja de Dios, se oprime un poco contra las cosas: entonces Dios, líquido, rezuma y las barniza. 5,591

El amor es un cendal de finísima trama que sólo se ve bien desde muy cerca. 5,601

La ciencia... hace la rueda con su cola de pavo real. 6,20

Don Juan, él de Zorrilla, le parece "un mascarón de proa, un figurón de feria." 6,125

El azar es la periferia, el pollejo de lo histórico. 6,171

La imagen del pasado filosófico... es un paisaje alpino en jornada de neblina. 6,380

Es el pasado voluptuosa sirena. Tiene sex-appeal. 6,478

La continuidad de la verdad es "como el hilo rojo que va por dentro de todo cordaje usado en la escuadra inglesa." 1,216

Azerín quiero aprisionar... los pensamientos y las emociones como si fueran mariposas que no es bueno olvidar el polvillo irisado en sus alas levemente prendido. 1,239

Los años vibrarán como lanzas templadas y victoriosas. 2,89

La sombría ciudad... nos parece una carroña gigantesca habitada por aves de rapina, que se atormentan sin piedad unas a otras. 2,95

Habla de "una reliquia delicada, volátil, evanescente, como la huella que en el limo primigenio dejó la pata de un ibis liviano." 2,165

Ve en las ideas, los gestos y los usos del hombre proformado "la forma de su horizonte, como en la curvatura de la espiga adivinamos el sesgo de los vientos reinantes." 3,293

Los lienzos del Greco "se levantaban como una costa de acantilados verticales, donde no era posible desembarcar." 3,425

Los peligros mayores son "como nubes negras (que) se amontonan todavía en el horizonte." 4,309

Dico de los biógrafos de Goethe que están "resueltos como avestruces a tragarse, cual si fuesen rosas, todas las piedras que hay en el paisaje goethiano." 4,410

El hombre (lleva) una inexorable trayectoria de experiencias... a su espalda, como el vagabundo el hatillo de su haber. 6,41

Las cosas... flaquean parlantes como lenguas de fuego en un inacabable Pontecostós. 6,127

En los ejemplos que hemos citado, habla Ortega de la historia, de la retórica, del objeto coreano, del pensamiento, de la duda, del escolasticismo, del universo, de las ideas, la ciencia y el amor. Sus temas más concretos son ciudades, universidades, lienzos, la mente femenina. Pero lo que efectivamente describe son aves oscuras, islas de coral, gigantesas trufas, héroes lumínicos, pájaros extraños, hermanas bizcas, sirenas con sex-appeal, el cordaje de la escuadra inglesa o las costas austeras de acantilados.

Es evidente, entonces, el don que posee Ortega para hacer concretas las concepciones más abstractas, y la manera como emplea imágenes visuales, para conseguir ese fin. Pero podemos también notar cómo vitaliza lo visual, dándole un aspecto de acción, de fuerza, de fluidez.

En primer lugar, casi siempre está en un estado de acción la imagen que nos presenta. Los lienzos del Greco son "como una costa de acantilados verticales," pero es una costa levantándose, haciendo imposible un desembarque. Si nos pinta una nube negra, no estará tranquila en el cielo; estará amontonándose en el horizonte con las nubes hermanas. Si el escolasticismo es una piedra de afilar, no está contento Ortega hasta que nos hace verla en acción, afinando el corte del intelecto occidental.

Hemos dicho que esos ejemplos son los más estáticos que hemos po-

dado encontrar en la obra orteguiana. Por su relativa plasticidad y quietud, son excepcionales; y ahora vamos a considerar algunas imágenes que comparten plenamente la vitalidad que distingue las obras que estamos estudiando.

La visión orteguiana de un mundo vitalizado

La más evidente de las técnicas que emplea Ortega para presentarnos con un universo plenamente vitalizado es la de postular un mundo antropomórfico, en el que se supone las cosas inanimadas poseídas de voliciones, deseos y emociones humanas. A veces esa potencialización, Ortega la llamaría "personificación," es explícita. Nos habla, por ejemplo, del "Dober, pardo, vulgar personaje sin historia." (1,60) Pero las más de las veces da por entendido ese carácter antropomórfico. Describe "unas nubes tan rojas que tomamos si el sol se habría herido contra los picos agudos y como eternos de la sierra," (1,54) o imaginamos un sol humano, casi griego, sangrando en los cielos. Cuando llega la noche, viene "caminando por el cielo con tarde paso de vaca," (1,57) o imaginamos una de esas deidades orientales, de aspecto bovino, caminando hacia la nada. El pensamiento tiene una "muscultura dialéctica," y lo visualizamos como un cuerpo humano, con esqueleto y todo. Los pájaros, con sus alotazos, "arrancan al aire suspiros;" (1,53) el pasado nos grita cuando no lo hacemos caso; (3,210) las mismas colinas que rodean nuestras ciudades nos parecen "una amenaza petrificada." (6,130) Pero acaso podremos ver más claramente el efecto que tiene ese amor de la personificación, en las descripciones orteguianas del paisaje español. Mija sus propósitos como paisajista así:

En mis estudios de paisaje he intentado algo nuevo sin lograrlo tal vez. No me he contentado con describirlo, sino que me he propuesto hacer un análisis de su estructura -- por decirlo así --, su anatomía y su fisiología. Porque los paisajes son organismos. No sólo

hay en ellas cosas, sino que estas cosas son sus órganos y ejercen funciones intransferibles. 2,655

Y ahora, voamos sus impresiones al entrar en Sevilla:

Es para el viajero sensible llegar a Sevilla penetrar en un sensorio enjambre de abejas espirituales, hechas de aire y de temblor, que le asaltan presurosas e innumerables y aspiran a dejar en el alma transunto, a la vez, su aguijón y su miel. Decía Gracián del tiempo que sabe muchas cosas por lo viejo y por lo experimentado... (Y) Sevilla, en efecto, tiene mucho que decir, y además, no hay ciudad con lengua más suelta para decirlo. Porque en otros lugares suelen hablar sólo los hombres; allí habla todo, la calleja sombría y la plazuela soleada, el jirón de cielo y la tierra que lo rasga, el ladrillo del muro y la flor del balcón. De todas partes le llegan a una voces, gestos, guiños. En tanto que escuchamos al viejo río, casi decrépito, que desenvuelve la solenne locución de su curso grave y lento, los claveles de Triana nos disparan sus agudas sentencias. Aquella luz radiante de Sevilla tiene una peculiar inquietud, que no deja una línea, una superficie tranquilas. Todo vibra, flota, se estremece, alatea. Por eso nada allí parece grávido bulo, sino que todo se vuelve un poco nube, condal, vaporesidad, polvo multicolor y reverberante. Las cosas tienen el minimum de realidad necesario para expresarse y flaquean parlantes como lenguas de fuego en un inacabable contocostés. Hasta el olivo, árbol tan serio y preocupado de su prosaica utilidad, no logra allí impedir que su tronco, al alzarse de la tierra y antes de llegar a la fronda, dé en el aire un gracioso quiebro. En suma... al bajar del Guadarrama, Sevilla parece una inmensa arquitectura de reflejos y una integral gesticulación. 6,127

En todos esos ejemplos lo que siente Ortega es

ese placer casi erótico de alargar la mano y palpar estremecida las formas delicadas de una idea en que la realidad ha dejado impresas su seno y su mejilla. 6,256

Mas donde más claramente se ve ese propósito fijo de dar a lo abstracto, lo general o lo infame fluidez y movimiento, es en el uso que hace nuestro autor del verbo. Cuando describe un estado, siempre lo describe en acción, en el proceso de desarrollarse.

El arte se escapa alegromente a través de esa red lógica como el agua de una canastilla. 1,15

La historia va mostrando... turbas delirantes y miserables que buscan con los ojos la serpiente de bronce. 1,17

Los amores y los odios carnales andan sueltas, toman bellas posturas y fácilmente logran su empuje. 1,19

El arte que comenzó danzando, se ha terminado besos y rogación. 1,20

En cuanto nos quedamos solos se erguirá a nuestro lado el "misterio,"

como un compañero sombrío, mudo, que ignoramos de dónde vieno y hace
camino con nosotros. 1,89

La poesía (es) una fuerza humana... propulsora del ánimo, forjadora
de bronceínes ideales, educadora del intelecto, encantadora del sen-
timiento, embelladora del porvenir, que empuja hacia adelante, que
pinta el mundo, la vida de nuevo color, da a lo futuro nueva traza y
nos escancia jugos añejos, fragantes, hervidos, de las candeliteras
del pasado. 1,80

Comienzan a clovarse barriadas de calles rectas, donde multitud de
fábricas dan al aire petulantemente el humo de sus chimeneas. 1,425

(Dobones) sacudir de nuestra conciencia el polvo de las ideas viejas,
carbonizadas ya... 2,22

La política... vivió bajo la bandera progresista. 2,24

Pensamiento y corazón se mueven entre las cosas, angustiados; en su
acción se reflejan las llamas que alzan sus espectrales miembros so-
bre la línea del horizonte -- llamas lívidas de tristeza y odio. 2,29

El alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo... De cuando en quan-
do da un cullido lastimero o enseña los dientes a las cosas que pa-
san... Las cosas nos parecen que hacen camino rondidas bajo el fardo
de su destino y que ninguna tiene vigir bastante para danzar. 2,32

Las cosas, perdiendo esa rudeza con que al hallarse presente arañan
nuestros ojos, nuestros oídos y nuestras manos asciendan... 2,43

Sea hospitalaria nuestra inteligencia y enseñómosla a gozarse cuando
a nuestra puerta llama un extraño, un desconocido, una idea o em-
ción. 2,77

Las fuerzas biológicas... vertiginosas, enfurecidas, van y vienen
azotando al mundo. 2,115

Ya no hay castillos beligerantes que muercan lo azul con las dentadu-
ras molladas de su almenada... Los castillos de Castilla dan la im-
presión de guerreros hambrientos. 2,328

Siempre la iglesia en medio, con su brava torre alerta, que parece
cansada, pero deseansa como buen guerrero, de pie, oh mentante hin-
cado en tierra y sobre su cruz el codo. 2,255

El chorro luminoso de la existencia pasa raudo; interceptemos su mar-
cha... 2,20

Un mismo edificio... presenta a Don Quijote rostro de castillo y hace
a Sancho una muela de venta. 2,304

Los verbos que emplea en esas citas son casi todos activos...

escaparse, mostrar, andar, tomar, comenzar, orguir, hacer camino, pin-
tar, dar, progresar, avanzar, rodear, volver, tornar, comenzar, sacu-
dir, vivir, mover, reflejar, alzar, retirar, enseñar, perder, arañar,
merder.

Todos expresan movimiento, vitalidad; y las palabras que modifican su sentido:

propulsora, forjadora, encantadora, empolladora, petulantemente, angustiados, sombrío, mudo, doliente y miserables, lívidas, vigor, vertiginosas, enfurecidas,

dan un aire todavía más viviente a las ideas que expresan:

El hecho es de simple explicación. Para Ortega

cada cosa... es algo que se puede desear, intentar, hacer, deshacer, encontrar, gozar o repeler; nombres todos que significan actividades vitales. 4,164

Se afana en mostrarnos ese lado vital de lo que describe, presentándolo a nosotros, que

somos un poder ver, un poder gustar y oír, un poder recordar, un poder entristecernos y alegrarnos, llorar o reír, un poder amar y odia-
imaginar, saber, dudar, creer, desear y temer. 2,80

Toma de cada cosa, en otras palabras, esas "actividades vitales" que en esencia son, las empareja con los estados emocionales que son nue-
tra esencia, y el resultado es el "fenómeno humano en su constitutiva movimiento." (Volázquez, 208)

Nunca escapa Ortega de su sino -- ver todo como un fluir, como un hacerse. Cuando critica un lienzo, su punto de partida es que la vida entera de un hombre y de su época

vive en cada pincelada y tiene que ser resucitado, visto en actividad, ejecutándose, funcionando. En suma, ver bien un cuadro es verlo haciéndose, es un perpetuo estarso haciendo. Volázquez, 31

"Yo he sido siempre muy mal geómetra," nos dice,

porque, secretamente apasionado, cuando el teorema me propone considerar la relación entre la tangente y la curva, me distraigo del teorema y me sorprondo imaginando cuál será el íntimo estromocimiento de la curva al sentir que esa tangente, que viene de vagas ultranzas, de lejanos lejos, tal vez de infinitudes, llega a ella y la toca un solo instante y en un solo punto, para seguir sin demora su vuelo de ave migratoria hacia otras ultranzas, hacia problemáticos lejos, hacia nuevas infinitudes. 6,236

Esa propensión a entender nuestra vida, las culturas que crea, y el mundo en que la vivimos, como un drama siempre en progreso y no

como un esquema normal y fijo, también se refleja en los giros y en las metáforas predilectas de nuestro autor. Vamos a considerar ahora dos de esas imágenes que ocurren en toda la extensión de su obra. La primera es su uso de la idea del fluir, de la fluencia, de la fluctuación, como expresión de la íntima realidad de todo lo humano. En consonancia con su concepción biológica de la historia del hombre, considera, desde luego, la realidad misma como una evolución fluida:

La realidad, que un momento pareció consistir en una infinidad de hechos cristalizados, quietos en su congelación, se liquida, mana y toma un andar fluvial. La verdadera realidad histórica no es el dato, el hecho, la cosa, sino la evolución que con esos materiales fundidos, fluidificados, se construye. 4,443

En cuanto al ser del hombre, creo que

somos los mortales, por naturaleza, seres dinámicos y sólo nos interesa el movimiento. 2,710

Su pensamiento es "lo más fluido que hay en el hombre," (3,156) y mana de "cierto montañar profundo y único." (2,291) Su vida interior es "una fluencia fugitiva;" (2,269) "no se nos presenta nunca... como una cosa definitiva, sino que es una fluencia íntima." (3,149) La región del alma, que sabemos es para Ortega el asiento de nuestra individualidad, se caracteriza por ser un lugar donde "todo es fluido, manar prolongado, corriente atmosférica." (2,462) Y al ordenar su vida, cada hombre va inclinado sobre sus propias emociones, puesto el oído atento a (esa) fluencia sentimental que mana de su viscera cordial. 2,521

Cuando queremos pensar sobre "el dinámico torrente que es la vida," (3,325) descubrimos que es necesario "saltar fuera de ella... y desde el exterior verla fluir, como desde la orilla se presencia el turbulento galope del torrente." (3,187-8) Sólo así podemos comprender "la gran vena intelectual que fluye ante nosotros con un carácter paradójico." (3,539)

Nuestra "raza y lengua son realidades mudadizas, fluidas;" (2,216)

la música que nos deleita "viene a ser... mero pretexto... que pone en emanación los flúidos vanos de nuestras emociones." (2,245) Los temas de las novelas que leemos son "como boyas, que flotan a la deriva en el flúido abisal de los recuerdos." (2,705) Estamos todos nadando en "el torrente del tiempo;" (3,423) "nuestro hoy es la reiteración de nuestro ayer, y el presente el cauce nuevo donde se perpetúa la fluencia del pretérito." (2,189)

No podemos ser sinceros e ignorar esa perpetua fluencia que es la vida. La naturaleza del mismo Dios es ser "símbolo del torrente vital." (3,203) Hasta las "observaciones de los sentidos (son) siempre fluctuantes -- fluctuans fides sensuum." (3,215) Si "en (nuestras) manos la vida se congela, se petrifica;.. si todo (nos) parece... fijo por toda la eternidad," entonces somos "filisteos" o "burgueses." (2,50) Ortega, no es necesario decirlo, está lejos de ser un filisteo o un buen burgués; reconoce plenamente ese carácter insustancial de nuestra existencia. Y, cuando quiere condensar en unas pocas palabras la misión que su vida le ha propuesto, la resume así: Lo que quiere ver (El Espectador) es la vida según fluye ante él. (2,18)

El segundo símbolo que queremos considerar, el del naufrago, es el resultado lógico de esa visión del universo como un río o un mar, combinada con la concepción que tiene Ortega del hombre como una criatura perdida en ese universo con la tarea de lograr su propia salvación. "La vida," nos dice,

no es el sujeto solo, sino su enfrente con lo demás, con el terrible y absoluto "otro" que es el mundo donde al vivir nos encontramos naufragos. No creo que haya imágen más adecuada de la vida que ésta del naufragio. Porque no se trata de que a nuestra vida le acontezca un día y otro naufragar, sino que ella misma es desde luego y siempre hallarse inmerso en un elemento negativo, que por sí mismo no nos llova, sino al contrario, nos anula. De aquí que vivir obligue constante y esencialmente a ejecutar actos para sostenerse en ese elemento o, lo que es igual, para convertirlo en medio positivo. Y de éstos, el fundamental y primario es formarse una idea de sí misma,

ponerse en claro sobre qué sea ese elemento en que a ratos flotamos, a ratos nos hundimos, y qué sea nuestra pobre persona naufraga en él. 5,420-1

El concepto de la vida como un naufragio contiene en sí mismo lo esencial de la filosofía orteguiana. Postula la existencia del "otro," de un mundo real exterior hostil al hombre y por su naturaleza informe, caótico y siempre cambiante. Implica que el deber y el destino del hombre, quiera o no, es luchar contra ese mundo exterior o ahogarse. Y da importancia primordial al individuo, cuyos esfuerzos determinan su suerte; el naufraga, sólo en la inmensidad del mar, no puede esperar ayuda de nadie; tiene él mismo que salvarse.

No es extraño, pues, que sea la metáfora que ocurre con mayor frecuencia en las obras de nuestro autor. A cualquier parte que torna su mirada infatigable, ve su aplicación. Si quiere expresar su desesperación personal, le viene a la mente:

Yo he buscado en torno, con mirada suplicante de naufraga, los hombres a quienes importase la verdad... 2,16

"En el momento en que damos fin a la lectura de una gran novela," nos dice, "si alguien nos mira, entonces descubrirá en nosotros la dilatación de párpados (sic), que caracteriza a los naufragos." (3,410) Si quiere expresar un estado generalmente desastrado, de cualquier índole, es la metáfora que probablemente usará. "Dostoyewsky," escribe, "se ha salvado del general naufragio padecido por la novela del siglo pasado." (3,399) O en otra conexión:

En pocos años hemos visto crecer la marca del deporte en las planas de los periódicos, haciendo naufragar casi todas las embarcaciones de la seriedad. 3,384

Cuando habla de la vida, naturalmente, con más frecuencia le ocurre la metáfora. Caracteriza a los griegos y romanos como

pobres hombres como nosotros, (que) bracearon desesperadamente como nosotros en el eterno naufragio del vivir. 5,450

La vida es en sí misma y siempre un naufragio. Naufragar no es ahogarse. El pobre humano, sintiendo que se sumerge en el abismo, agita los brazos para mantenerse a flote. Esa agitación de los brazos con que reacciona ante su propia perdición, es la cultura -- un movimiento natatorio... La conciencia del naufragio, al ser la verdad de la vida, es ya la salvación. Por eso yo no creo más que en los pensamientos de los náufragos. 4,397-8

La vida es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella. Pero su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento... Cultura es lo que salva del naufragio vital, lo que permite al hombre vivir sin que su vida sea tragedia sin sentido o radical envilecimiento. 4,321

Vivir, existir, no es estar solo, sino al revés, no poder estar solo consigo, sino hallarse cercado, inseguro y prisionero de otra cosa misteriosa, heterogénea, la circunstancia, el Universo. Y para buscar en él alguna seguridad, como el náufrago mueve sus brazos y nada, vuestra merced se ha puesto a pensar. 5,472

En esos tres ejemplos, vemos que para Ortega el acto natatorio que por instinto hace el hombre es una metáfora para la cultura y el pensamiento, que de esa manera vienen a ser equivalentes entre sí. Y así, la existencia para los grandes filósofos

tuvo que ser, a la fuerza, hacer filosofía, como el náufrago, a la fuerza, tiene que agitar los brazos, nadar. 1,176

Es ésta una actitud común a todos los filósofos, grandes o pequeños:

Naufragar en Dios o naufragar en lo económico son cosas diferentes, aunque a la postre ambas son idénticamente naufragios, son depender de alguien o de algo que es distinto de nosotros, es tener que ser fuera de sí. Precisamente porque nuestra vida es eso, de modo irrecusable -- necesidad de sostenernos en un medio que nos es ajeno, desconocido--, no tenemos más remedio que interpretar nuestra situación, y cuál es su relación con nosotros. Ahora bien, esto es filosofía. 5,470

El cristianismo, a la vez una cultura y una visión filosófica del universo,

surgió, genialmente, de una época en que los hombres -- el mundo antiguo -- sintieron su propio y total fracaso. Lo humano es reconocido como un valor negativo: no es nada o es viviente nada. Con sus propios medios va el hombre solo a la derrota y a la desesperación. Sólo puede salvarlo un auxilio trascendente. Es maravilloso y conmovedor y ejemplar ver cómo entonces el hombre, náufrago en su íntimo y propio océano de nulidad, se agarra fieramente a la tabla flotante que es Dios. 5,497

Y, si para el filósofo es un naufragio íntimo lo que lo empuja a for-

mular sus teorías, la pérdida de fe en sus creencias al punto como que dejarlo más perdido que nunca. Para Ortega es ese el caso de nuestra civilización ahora. La última filosofía reinante fué el idealismo. Pero ha fracasado; ahora no podemos creer en ella con todo nuestro ser, y resulta que

el hombre queda completamente desmoralizado... Incapaz (su) espíritu de mantenerse por sí mismo en pie, busca una tabla donde salvarse del naufragio y escruta en torno, con humilde mirada de can, alguien que le ampare. 3,418

Las naciones han

experimentado de súbito la impresión de que perdían pie, que carecían de punto de apoyo, y han sentido terror pánico y les parece que se hunden, que naufragan en el vacío. 6,23

Ortega atribuye ese perdimiento de fe en nuestra cultura a su propia riqueza. Sabemos demasiado, vemos demasiados puntos de vista; no podemos escoger entre uno y otro. Porque

el hombre no puede ser demasiado rico: si un exceso de facultades, de posibilidades, se ofrece a su elección, naufraga en ellas y a fuerza de posibles pierde el sentido de lo necesario. 5,224

"El sabor," nos dice,

se ha convertido en algo, por lo pronto, indomable, oceánico. Una vez más, el hombre naufraga en su propia riqueza. 6,364

No hay remedio, pues. El curso de la historia humana es siempre el mismo.

Hay tres momentos diferentes, que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia humana. 5,504

En el primero "el hombre se siente perdido, naufrago en las cosas;" en el segundo siente que las domina; pero siempre, para completar el ciclo, viene a ahogarse en la riqueza que ese certidumbre le inspiró. En una de esas últimas etapas estamos ahora:

La resaca del recuerdo, como siempre acontece, nos arranca de la playa muerta, inofensiva, sin peligros, que es el pasado, y nos arroja de nuevo a la mar del porvenir. En contacto con ella volvemos a sentirnos vivir, porque volvemos a sentirnos en peligro, y, queramos o no, tenemos que braccar para mantenernos a flote. La vida es

permanente en la vida de naufragio y al mar de la muerte. 4,433

En la última palabra de Ortega y Gasset, pensador.

Cada cual existe naufragado en su circunstancia. En ella tiene, quiera o no, que braccar para sostenerse a flote. 6,348

Las imágenes en Ortega como instrumentos de visión vital

Hemos dicho que los símiles y las metáforas dan gran parte de su vitalidad, concreción y movimiento a la obra orteguiana. A nuestro autor no le ha escapado el extraño atractivo que ejercen sobre sus lectores. Lamenta que

distraídos por mis imágenes, (la mayoría de mis lectores) han resbalado sobre mis pensamientos. 4,440

Nosotros ya hemos visto algunas de las más estáticas de esas imágenes, y hemos considerado en algún detalle su uso de dos metáforas particulares. Ahora queremos ver la metáfora orteguiana en toda su plenitud. Pero antes, vamos a ver lo que piensa Ortega de sus propiedades, de sus posibilidades estilísticas, y de su propia naturaleza.

En primer lugar, la metáfora es indispensable para el arte.

Yo diría que objeto estético y objeto metafórico son una misma cosa, o bien, que la metáfora es el objeto estético elemental, la célula bella. 6,257

En esa función artística, crea la metáfora.

entre las cosas reales arrecifes imaginarios, florecimiento de islas ingravidas. 3,373

No obstante, la función de la metáfora como creadora de belleza y como estímulo para la imaginación es secundaria a su función estrictamente intelectual y cognoscitiva.

La metáfora es un instrumento mental imprescindible... un procedimiento intelectual por cuyo medio conseguimos aprehender lo que se halla más lejos de nuestra potencia conceptual. Con lo más próximo y lo que mejor dominamos, posemos alcanzar contacto mental con lo remoto y más arisco. Es la metáfora un suplemento a nuestro brazo intelectual, y representa, en lógica, la caña de pescar o el fusil. 2,391

Considerada en ese aspecto:

la comparación es el instrumento indispensable de la comparación. No sirve de nada más capturar toda fina verdad, como una fina cuanto más dispares se alejen los brazos de la pinza, los términos del parangón. 6,113

La metáfora viene a ser, considerada así,

probablemente la potencia más fértil que el hombre posee. Su eficacia llega a tocar los confines de la taumaturgia y parece un trebojo de creación que Dios se dejó olvidado dentro de una de sus criaturas al tiempo de formarla, como el cirujano distraído se deja un instrumento en el vientre del operado. 3,342

El mismo

universo ilimitado está construido con metáforas... Desde la comparación menuda y patente, que dió origen a casi todas las palabras, hasta el enorme mito cósmico que... da sustento a toda una civilización, casi no hallamos en la historia del hombre otra cosa que metáforas. Suprimase de nuestra vida todo lo que no es metafórico y nos quedaremos disminuidos en nueve décimas partes. 1,454

Establecida, pues, la metáfora en su propio lugar dentro del pensamiento de Ortega, vemos cómo la utiliza para dar al cuadro de la existencia que nos pinta todo su valor mudable, fugido y siempre en acción. Uno de los procedimientos que emplea nuestro autor es el de escoger para sus comparaciones las cosas más activas que puede encontrar, y presentarlas en sus actitudes más dinámicas. Por eso utiliza con tanta frecuencia las aves, los perros, todos los animales movidos, criaturas de movimientos rápidos que están siempre en actividad, para sus imágenes. Habla de

el yo -- este gozquecillo místico, tan inquieto, tan exigente, que nos muerde las entrañas y va aullándonos por dentro a toda hora, como famélico, sin dejarnos paz ni virtud quietas. 1,446

Las palabras, para él, son

unas águilas avocetazas que andan revolando de labios en oídos y llovan sobre sus alas misteriosos y potentes conjuros. 1,49

Sus pensamientos van en bandadas, y "su vuelo diverso ha amenizado mi vida." (3,513) Cuando no quiere seguir un pensamiento, nos dice que es hora de "levantar la pluma dejando alzar su vuelo de grullas a una bandada de interrogaciones." (3,381) "Los grandes gipactos,"

oscribo,

que son sus futuras ideas, hincan sus garras en los sesos del pensador y lo arroban hacia lo alto, como a una inocente oveja... Porque las grandes ideas no son nuestras, sino nosotros su presa. Ya no lo dejan a uno el resto de su vida; feroces y tenaces, picotean sin cesar la viscera de Prometeo. 5,510

Describiendo la crisis presente de la filosofía, nos dice:

Hay siempre en la historia ciertos buitres alertas que acuden presurosos cuando una forma de Pensamiento, la razón... sufre una grave crisis... pero esos mismos buitres apenas han mordido con sus picos la carroña, no tienen más remedio que empezar de nuevo y perturbar su alborozada digestión poniéndose a repensar sus viejas ideas vulturinas, sus "filosofías" de necrófagos. 5,327

Para él, es la fantasía

constante incendio, fénix de fuego, que se enciende y reenciende perpetuamente en sus propias cenizas. 6,235

Pero no se limita Ortega a imágenes de hostiario. La naturaleza está demasiado llena de actividad para permitir tal limitación. Ve en los místicos "apaches de la divina sustancia, gente que atrae en la soledad de un éxtasis al buen Dios transcendente." (1,154)

Preferiría como lectores a cazadores de gamuzas que saben dar el brinco justo sobre la aguja de granito. 5,270

En la introducción de una de sus conferencias amplía esa metáfora del estudio como caza de ideas, diciendo:

Prometo que la ruta no será demasiado áspera, y, como en tierras de fauna abundante, se ofrecerá ocasión para que disparemos, a derecha e izquierda, sobre piezas de insólito y atractivo perfil. 6,155

Somos todos, desde luego, "sobre el área de la vida cazadores de ideal." (6,137)

Nos habla de "la misteriosa rosaca de los tiempos;" (3,399) del español como "un magnífico desflorador de islas;" (3,529) dice que ha "yuglado innumerables lugares comunes." (4,255) La vida lo es "disparada a quemarropa;" (4,343) visualiza "la historia del siglo V al XV como una trayectoria balística." (5,141) Nos advierte que "desde hoy... habrá de ejercer la policía sobre el libro y hacerse domador

del libro enfurece. "El hombre que vive en la vida cotidiana es lo vital que son las actividades y las condiciones de nuestra vida cotidiana.

El recuerdo es la carrerilla que el hombre toma para dar un brinco sobre el futuro. 5,464

Una conferencia... consiste en un combate cuerpo a cuerpo con los minutos. 5,494

La madurez es el tirón de riendas a los desfogues insinceros e irresponsables de la juventud. 5,520

El amor no es un disparo, sino una emanación continuada, una irradiación psíquica que del amante va a lo amado. No es un golpe único, sino una corriente. 5,557

Es el amor un ímpetu que emerge de lo más subterráneo de nuestra persona, y al llegar al haz visible de la vida arrastra en aluvión algas y conchas del abismo interior. 5,601

La vida es... un dinámico diálogo con el contorno. 6,154

Mi "yo" es un transeúnte embozado, que pasa ante mi conocimiento, dejándole ver sólo su espalda envuelta en el paño de una capa. 6,253

Ve en Lope de Vega un "remero infatigable en la galera del amor;"

(6,512) cada palabra para él es "una minúscula arma disparada sobre ésta nuestra atención." (6,360)

A veces, para darnos un sentido aún más vital de lo que describe, pone más énfasis sobre la acción y menos en los términos de sus comparaciones. Así, vemos

el paisaje (mental) desarticularse, vacilar, estremecerse en torno al sujeto; los pasos de éste serán también vacilantes, puesto que oscilan y se borran los puntos cardinales y las rutas mismas se esquivan ondulantes, como huyendo de la planta. 3,193

Recomienda a sus lectores

el método de la continuidad, el único que puede evitar en la marcha de las cosas humanas ese aspecto patológico que hace de la historia una lucha ilustre y perenne entre los paralíticos y los epilépticos. 4,138

Odia las

beatitudes que nos inducen a debilitar, esfumar, endulzar los problemas, a ponerles bolas en los cuernos. 4,351

anuncia en una de sus conferencias que

en la Filosofía de la Historia Universal brotan súbitamente altos
surtidores de espléndida poesía, géiseres cálidos, irisados, que se
alzan sobre el horizonte lunar de su gélida dialéctica. 5,425

En sus símiles, también, predomina el movimiento, la vida; siem-
pre nos representan una acción, algo en el proceso de ocurrir. Cita-
remos algunos ejemplos:

El pasado épico huye de todo presente..., se aloja de nosotros galo-
pando como los caballos de Diómedes. 1,370

El tema ha caminado como un hilillo de agua buscando su salida, va-
cilante, tentando los estorbos, buscándolos la vuelta, filtrándose
dentro de otros cueros. 1,388

Como la planta impulsada por una misteriosa apotencia crece, se in-
clina o se contorsiona para buscar su luz, así el... escritor se ori-
enta hacia su objeto. 2,70

La filosofía de la historia... pasa sobre mi corazón... como un clo-
fante sobre las temblorosas margaritas del prado. 2,161

Como los antiguos caballeros, la vida... usa espuela. 3,325

Como el payaso que corre sobre el balón avanzando en dirección opues-
ta al rodar del globo elástico bajo sus pies, todo lo viviente... se
afana en sentido inverso a la terráquea rotación. 4,17

No... debo menguar nuestra extrañeza ante este hecho de que el hom-
bre tenga periódicamente que sacudirse su propia cultura y quedarse
desnudo de ella, como la zorra que se sumerge en el agua para con-
centrar todas sus vulgas en el hocico y con una rápida zambullida
librarse de ellas. 5,59

El intelectualismo griego penetra en el voluntarismo romano disoci-
ándolo, volándolo como la dinamita puesta dentro de un peñón. 5,99

Las masas se abalanzan sobre los volúmenes con una urgencia casi res-
piratoria, como si fuesen balones de oxígeno. 5,220

Lo que no se puede es contrastar una idea, como si fuera una mono-
da, golpeándola directamente contra la realidad, como si fuera una
piedra de toque. 5,389

Brota (las universidades) con espontaneidad de hongos. 5,465

Se oye... un son que no se parece a nada, pero que se parece a
algo sería a un como bordoneo de abejas solitarias o inquietas, vaga-
bundas y punzantes. Es el rumor que hacen las Universidades, un ru-
mor que, como el del motor de explosión en nuestro tiempo, era un
ruido nuevo en el mundo. 5,466

La pupila del historiador tiene que tratar sin descansar, como el perro que nos acompaña. 5,496

Los dascos se presentan en el escenario de nuestra mente clara como actores que vienen ya vestidos y recitando su papel de entre los misteriosos, tenebrosos bastidores. 5,602

Las almas, como astros mudos, ruedan las unas sobre las otras, pero siempre las unas fuera de las otras condenadas a perpetua soledad radical. 6,152

Creo que ahora hemos demostrado, sin lugar a duda, la estrecha relación que existe entre la filosofía -- dinámica, relativa, puesta irrevocablemente a lo formal y estática, siempre rugando en pro de la vida y de todo lo vital -- que profesa José Ortega y Gasset, y la manera -- también vital, siempre llena de vida y de acción, puesta a lo abstracto y siempre anhelante de concretación -- con que expresa sus ideas. Para Ortega, hasta "la quietud está llena de movimiento, como la vaina está llena de espada." (6,456) No cabe nada más vital.

Pero queda todavía otro aspecto de su filosofía, para nuestra consideración: su sentido aristocrático, su idea del hombre como un ser condenado a una radical soledad, dependiente para su misma vida de sus propios esfuerzos, viendo el universo con una mirada única e insustituible. Y la tarea de ver los elementos del estilo orteguiano que brotan del personalismo, del individualismo de su filosofía y de su ser como buen español, lo emprenderemos en el capítulo siguiente.

Capítulo Cuarto

El carácter personal de la prosa orteguiana

Acaso no la nota más personal de la prosa de nuestro autor, pero ciertamente una de las mejores indicaciones de su actitud frente a la autoridad, la tradición y lo aceptado, la encontramos en su afán de inventar palabras nuevas a cada paso. Fiel a su filosofía, Ortega escribe con un dascón monumental para su lengua natal en sus aspectos formales. Julián Marías mantiene que "su técnica (de Ortega) rehuye

en general los neologismos;" pero yo difiero de esa autorizada opinión.⁴⁵ Conozco poco de la literatura española, pero puedo decir que en la literatura inglesa, un innovador tan atrevido sería considerado como un "monstruo de la naturaleza." Para nuestro autor los sentimientos personales son todo, las reglas que nos vienen de afuera, menos que nada. Nos dice terminantemente:

El que no se atreva a innovar, que no se atreva a escribir. 2,188
Y desde las primeras páginas de su obra se pone, como buen escritor que es, a forjar su propio vocabulario.

Tomaremos como base para la inclusión o no inclusión de cada palabra en esa corta consideración de las innovaciones lingüísticas de Ortega, el hecho de si está o no incluida en el Diccionario de la Real Academia. Tenemos para eso muy buena autoridad -- no menos que la de José Ortega y Gasset. Discutiendo la palabra "Erlebnis," nos dice que

fué introducida, según creo, por Dilthey. Después de darle muchas vueltas durante años esperando tropezar algún vocablo ya existente en nuestra lengua y suficientemente apto para transcribir aquélla, he tenido que desistir y buscar una nueva... Yo no encuentro otra palabra que vivencia... Como toda palabra nueva, reconozco que ésta es mal sonante. Sin embargo, existe ya en composiciones como convivencia, pervivencia... Cierto que el diccionario académico no trae aquellas formas compuestas, lo que me hace temer si serán un poco exóticas... 1,287

Trataremos, pues, de las palabras "un poco exóticas" que utiliza nuestro autor.

Pero esa cita nos conduce, además, a la parte más autorizada de su actividad inventiva. Existía realmente una gran escasez de palabras filosóficas exactas, en español. Ortega, durante el curso de su vida, se ha puesto a llenar el vacío, y ha creado un vocabulario técnico de gran utilidad. En su mayoría, esas palabras son simples extensiones o precisiones de palabras ya existentes. Podemos citar, dentro de las innovaciones lingüísticas de ese tipo que ha difundido:

previven (1,199), perviven (1,201), infrahumano (1,324), trasundo (1,335), convavir (1,352), ~~pro~~regrediente (2,24), desrealiza (2,90), intracuerno (2,456), metahistoria (2,676), ultravisión (2,687), desviendo (2,494), (el par) suprarrealismo... infrarrealismo (3,574), historiología (esta palabra... se usa aquí, según creo, por vez primera) (4,521), ultravida (5,125), intramundo (5,126), pro-cosa (5,35), infraintelectual (5,388), sobrovida (5,429), trasvida (5,464) des-siendo (6,41), transponsada (6,47), transubjetiva (6,210), autogno-sis (No he visto forzado a armar este término para transcribir con cierta adecuación el de Selbstbesinnung) (6,201)

Pero a veces no hay tanta necesidad de las palabras que inventa. Podemos ver esa tendencia a jugar con las palabras, en forma muy diluida, en ese ejemplo:

La protacosca, la Urding, es el intelecto. El identifica, casi-fica -- ver-dinglicht -- todo lo demás. 6,31

Pero la cosa pasa rápidamente de esos juegos casi decorosos. En un término medio tenemos:

dolidamente (1,124), poroscrutando (1,151), dulcefluo (1,158), ostencialidad (1,190), bienhallado (1,240), circuida (1,240), luciforina (1,358), tabuizar (2,628), sexucción (2,648), bizantinizar (2,724), estatificador (2,219), transjurídica (3,93), Poder-habientes (3,489), desintelectualizar (3,500), mundamensor (4,67), ueronismo (4,416), versipotente (4,434), superlativiza (5,70), evitación (5,295), mistagogo (5,456), sobroinstintiva (5,572), ultramontal (6,45), facticidad (6,190), transubjetiva (6,210), in-tradición (6,404), perhinchar (6,421), homínida (6,434), imperspicacia (6,505), rompiertos (Volázquez, 255), transponsada (6,42).

Eso es ya una buena cantidad de palabras inventadas. Pero Ortega puede hacerlo mucho mejor: puede inventar palabras por el mero placer de inventarlas, sin ninguna necesidad real. Así inventa palabras para redondear una frase, o para divertirse y hacernos sonreír.

Veo el caballo, pero no veo la caballidad del caballo. 1,511

El tigre no puede dejar de ser tigre, no puede destigrarse. 5,305

Crea muchos neologismos para complotar un par o para subrayar una idea

tomible y tonitruante (1,179); carácter multiplicativo del gótico... carácter adictivo del edificio griego (1,205); menos didáctico y de remediavagos (1,518); anárquico o enemigo de las leyes... anético o enemigo de las costumbres (2,121); sincronismo o coincidencia de fecha... sinfronismo o coincidencia de sentido, de módulo (2,167); objetivamos, mundificamos los esquemas (3,376); tradicionalismo y pasadismo orientales (3,580); fué la exageración -- con permiso de los

lingüistas diré; la superlación (5,482); tiene sentido... es logoi-
do (4,480); disfraz, carneval y clonoría (5,248); abstracta y perce-
psiritual (5,395); identidad o misimidad (5,413); enamoramiento... eno-
diamiento (5,583); desarrollo o enodatio (6,43); panonomía y auto-
nomía (6,202).

Habla de:

hipertortulia (2,251); apillotar (1,162); gadoonada (1,138); de un
no sé qué de tosea ingenuidad y fresca osadía que podríamos expresar
llamándolas robinsonadas (1,229); un semblante carpotevotónico (2,20)
el cobolito (2,405); frascocelista (2,482); Franco clownoría (5,581);
un imperio cromatístico (5,461); dandysmo (3,509); outropolia (5,528)
ontofobia (4,84); camuflar (4,241); robinsonoscamento (4,342); mon-
tofacturas (4,499); nefolóbata (5,499); lagrimar (6,42).

Habla de un señor que todavía no era capaz de ser ministro: "un
señor que no era aún ministrable." (Volázquez, 210) Se refiere a
"esas aglutinaciones humanas que yo llamo Kabila," (1,442) o al hecho
de que "los partidos gubernamentales son instituciones kabilcñas."
(1,142) Y si no supiéramos que los antepasados de la raza ibérica,
allá en África, se llamaron "kabilas," esos vocablos no tendrían sen-
tido para nosotros. Nos dice que

Esquilo compone movido por una intención confusa entre poética y tec-
nológica... Yo lo llamaría teopota. 1,387

Habla del "konobata, caminante sobre el vacío;" (4,507) y de hombres
que "lograban vivir sobre un mundo sin sentido; funambulaban." (4,507)
Nos dice que

en filosofía sabemos las mismas cosas hoy que ayer, pero las sabemos
con un saber de más quilates; la acumulación es intususccepción. 6,408

Pero si la actitud de Ortega frente a la lengua indica claramente
la tendencia independiente y personalista de su carácter, hay otros
fenómenos en su obra que revelan más claramente la intrusión de su
propia personalidad en sus disquisiciones. Algunas de ellas las con-
sideraremos en el próximo capítulo, cuando tratemos de los medios que
emplea Ortega para relacionarse con su círculo de lectores, para ga-
nar su atención, convencerlos de que su punto de vista es el verdadero
y de que sus ideas les darán un programa de acción para su propia re-

generación y para la regeneración de España. Por ahora, consideremos únicamente los casos que ponen más de relieve la importancia que asumo en sus escritos la expresión de su propia opinión, de sus propias emociones frente a sus temas.

En uno de los primeros ensayos de El Espectador nos dice claramente cuál va a ser su programa. "Voy," nos dice, "a describir la vertiente que hacia mí envía la realidad." (2,20) Vertiente que siempre llega a nuestro autor con perfil recortado, bien definido, y que siempre está expresada con fuerza y profunda emoción.

Su manera de escribir es la que usaría en una charla amistosa con un viejo amigo. Algunos de sus ensayos toman inclusivamente la forma de un diálogo, e inventa a Rubén de Cendoya, "místico español," a "mi amigo Juan Español," a "mi amigo A," con quienes conversa. Emplea frecuentemente paréntesis, apartes o disculpas que dan a su obra un aire de intimidad:

No olvidará el lector que voy describiendo el espíritu de Renan según el recuerdo de lecturas ya un poco lejanas. 1,467

Era una pequeña mentira, que me será perdonada... 1,499

Si no temiera tanto parecer oscuro... me expresaría de este modo... 1,66

Como se trata de una obra de lingüística, y yo, por mis pecados, no soy lingüista... 1,39

Mas yo no soy crítico de arte... 1,545

He leído algunos libros de literatura española contemporánea y sigo leyéndolos, aun cuando sólo sea por patriotismo las más veces. 1,45

Esta valoración mía... no debo interesar a nadie. 3,364

Sus temas a veces le recuerdan sus propias experiencias:

la otra noche, viendo El Mercader, se puso de nie en mi memoria el pequeño relojero judío y me clavó sus ojos de avechilla maligna y sentí un pinchazo en el corazón. 1,524

Aunque cuando esto ocurra, a veces se disculpará: perdónese la esca-

pada a recuerdos personales," (1,26) nos dice alguna vez,

Nos revela frecuentemente sus propios estados mentales;

Este concepto leibniziano y kantiano del ser de las cosas me irrita ahora un poco. 1,482

Esto es lo que otras veces he expresado con un grito que me surgía de las entrañas doloridas de español... 1,516

Ni soy de Almería ni sustento teorías respecto a los alimentos, ni pondría mi mano por salvar el honor estético de Valencia, ni me hallo dispuesto a darme de ostocadas por ningún monumento gótico... 1,529

La presencia de lo caprichoso me exaspera. Y no se vaya a creer que por razones de boatería. No es porque el caprichoso ofenda a la sociedad y yo me constituya en paladín de esta señora... 6,349

Cuando haya concluido la lectura de ese libro probable y dando placer sobre él unas palmaditas, exclamaré... 1,27

Esta grande alma de una noche limpia es un descubrimiento, un hallazgo desconcertante para quien vive diez meses prisionero en Madrid. 1,33

Yo debo gratitud a este libro; leyéndolo he sentido lo que mucho tiempo hace no había podido gustar: la emoción católica. 1,430

Podíamos seguir ampliando esa lista de estados psíquicos y emocionales que nos da Ortega en su obra, pero acaso sería más interesante tomar un solo aspecto de su personalidad, plenamente revelado, y considerarlo más minuciosamente. Escogamos, pues, lo que podríamos llamar "vanidad" en un hombre con menos razón de estar satisfecho consigo mismo que nuestro madrileño. Nos dice, algo despectivamente, que el aristócrata de sangre "suele ser... un hombre vanidoso en su última raíz;" (5,614) y parece que nuestro autor, aristócrata intelectual, está tachado del mismo vicio. La posición que tiene entre los intelectuales de España no le es ignota, ni tampoco la influencia que ejerce o podía ejercer. "No se me oculta," escribo,

que podría tener a casi toda la juventud española en veinticuatro horas, como un solo hombre, detrás de mí; bastaría que pronunciase una sola palabra. 5,116

Para ejercer influencia y ser entendido son dos cosas distintas.

Ortega siempre ha rehusado simplificar por el beneficio de mentes menos privilegiadas que la suya; considera que su obra,

aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretrojada con toda una trayectoria vital, y duda de que encuentre

el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla. Obras más abstractas, desligadas por su propósito y estilo de la vida personal en que surgieron, pueden ser más fácilmente asimiladas, porque requirieron menos faena interpretativa. 6,547

En sus últimas obras, resulta que Ortega se siente desconocido de que nadie le entienda ni lo haga caso. Tiene a creer que

al hablar y al escribir, todos acabamos por averiguar que sólo nos entendemos nosotros mismos. 6,60

Parace que se encierra en sí mismo, seguro al fin de que sus magníficas interpretaciones, sus atrevidas pensamientos, están destinados al olvido.

Sólo nuestra vida tiene por sí misma "sentido" y por tanto es inteligible. Esta es... la causa de que tengamos constantemente la impresión de que "los demás no nos entienden." 6,385

Ortega no ha

contado nunca con que, en serio, se me hiciera caso y no estaba ni estoy dispuesto a aceptar la flicción de que soy atendido. 5,510

Hace muchos años que... anuncié, cuando nadie lo presumía, que la crisis se avocinaba, lo cual me costó quedarme solo en España. Yo creo que hoy, al cabo de trece o catorce años, parecería claro... el sentido de esa fórmula que entonces nadie entendió. 5,475

No quiero recordar ahora lo que entonces dije. Si entonces se me hizo caso, ni ahora tampoco se me haría. 5,57

Ese hecho hiera la sensibilidad de Ortega. Pero siento que debe preocuparnos a nosotros también; creo Ortega haber descubierto un punto de vista adecuado a las exigencias de nuestro tiempo. Siento que casi todos los que han pensado antes de él, han pensado mal. Y si ignoramos a Ortega, lo probable es que sigamos perdidos, y que con nosotros se perderá la cultura occidental.

El desprecio en que tiene nuestro autor las opiniones ajenas es de sobra evidente. Citaremos algunos de sus juicios despectivos.

Las razones emitidas casi siempre... me parecen erróneas. 3,399

Durante más de un siglo se ha cometido este error de perspectiva... 3,455

Hay mucho que hablar de los griegos todavía. Por lo pronto, hay que deshablar casi todo lo que hasta aquí se había dicho. 3,555

Me ocurre preguntarme si se ha escrito alguna vez algo que tenga sentido sobre el alma andaluza, que es una de las más extrañas de Europa. Y es, en verdad, sorprendente, que, habiéndose ennegrecido tanto papel sobre Andalucía, no se haya dicho nunca una palabra aguda, un vocablo en forma de llave que nos abra el misterioso aparato de relojería espiritual alojado en esta raza. 3,560

El Parménides (de Platón) no ha sido aún entendido por nadie. 3,509

Hay... que... habituarse a considerar como estorbos primarios para la nacionalidad precisamente las tres cosas en que se creía consistir (raza, lengua y territorio nativos) 4,263

La vida no es fundamentalmente como tantos siglos han creído. 5,342

La misión del escritor, para nuestro autor, es

prever con holgada anticipación lo que va a ser problema, años más tarde, para sus lectores y proporcionarles a tiempo... ideas claras sobre la cuestión. 5,519

Y es eso lo que Ortega cree haber hecho. Se considera uno de esos hombres que

por los temas en que habitualmente se ocupan, o por poseer almas sensibles como finos registradores sísmicos, reciben antes que los demás la visita del porvenir. 4,291

Ha evitado Ortega

a limine no todos ciertamente, pero muchos de los errores y torpezas en que otros han caído. 5,510

La preocupación fundamental de nuestro tiempo es el problema de la vida; y

en el advenimiento de la Idea de la vida estoy yo, intervengo yo y me consta que la intuición de ella no vino a mí de ninguna fuente ni pudo venirme. Y sé, además que a cada uno de los otros cuatro o cinco hombres que hasta la fecha han llegado primariamente a ella tampoco les ha servido lo que pensaron los demás. 6,167-8

"Hemos sido," nos dice,

unos cuantos los que... construíamos originalmente una figura, a
cuya luz

es posible la filosofía que ahora está haciéndose. (6,197) Y es esa
habilidad de prever el futuro, de dirigir con fino tino a las montes
que saben reconocer la verdad y seguir las rutas que Ortega señala,
la que siempre ha guiado su pluma. "Algo," escribo,

que ha de advertir todo el que se dé alguna cuenta de la trayectoria
de mi obra (es que) me importa ante todo el futuro. 4,586

Escribiendo para el futuro, plenamente satisfecho con lo que lo revo-
la su visión segura, Ortega casi siempre dista de lo consagrado en
cuanto a sus opiniones. Sus comentarios son

totalmente distinto(s) de los que hay -- los cuales, conviene decir-
lo, son bien pocos y de sobra ingenuos, aunque alguno... sea respo-
table por la acumulación erudita de datos que un comentario de qui-
lla más profunda puede aprovechar. 5,543

Lo que nos dice sobre el tema de las generaciones no solamente.

es muy distinto de lo que suele decirse, sino que mi concepción de
la historia en general... se parece muy poco a la tradicional. 5,140

Cuando se refiere a sus propias ideas, las encara así:

Esta concepción trascendería todas las opiniones hasta ahora susten-
tadas... 5,203

Con lo cual llegamos a un concepto... completamente distinto de... y
además opuesto al que, por insuficiente análisis y descuidada medita-
ción, suele adoptarse. 5,328

Una obra que proyecta presentará una interpretación correcta, "que na-
die supo descubrir." (5,580)

Y es que Ortega no puede evitar el influjo de su propia personali-
dad en lo que escribe. Si está confiado en lo acertado de sus prog-
nósticos, sus escritos tienen a fuerza que reflejar esta confianza.
Si descubre algo que merece su desdén, se pone a criticarlo con toda
su alma. Sus propios estados anímicos siempre colorean lo que escri-
be. Su prosa es un ejemplo claro de su filosofía, que da suma impor-
tancia a la individualidad. Y acabamos de ver esa expresión de su

propia visión del mundo y sus opiniones personales respecto a lo que han pensado los demás.

Capítulo Quinto

El estilo de Ortega y la misión de la generación del 98

Tiempo es ya de terminar esta discusión del estilo de Ortega. Hemos visto cómo se relaciona con su filosofía de la razón vital, o del racio-vitalismo. Nos resta ahora ver los elementos que le dan gracia, amenidad, lirismo. Porque la misión de Ortega siempre ha sido la de la generación del 98, la de educar a España, la de ponerla a la altura de los tiempos, la de introducir en su país elementos fecundos que hagan posible un nuevo brote de cultura. Y para hacer esto, Ortega tenía que ganar lectores. De su obra nos ha dicho:

Este ensayo de aprendizaje intelectual había que hacerlo allí donde estaba el español: en la charla amistosa, en el periódico, en la conferencia. Era preciso atraerlo hacia la exactitud de la idea con la gracia del giro. En España para persuadir es menester antes seducir. 4,367

Tenía que "ocultar la musculatura dialéctica de sus pensamientos filosóficos, tejiendo sobre ella una película con color de carne." (3,270) Y son esos medios de seducción los que ahora consideraremos.

En general, su estilo no se preocupa mucho por las bellezas formales, como la de la aliteración, para conseguir una expresión rítmica. En su prosa juvenil, que él ha caracterizado como "petulante y amanerada," (5,57) tenemos algunos ejemplos:

La patética protestante, la pedantería, la pobreza intuitiva, la insensibilidad plástica y literaria, la insensibilidad política del alemán medio mantiene firme... 1,209

el problema primero, plenario y perentorio. 1,507

el puro instinto de conservación contra la cultura misma, contra el nuevo orden férreo y fatal... 1,545

Pero es indudable que la prosa orteguiana es rítmica en extremo; y encontramos que consigue ese efecto de regularidad por medio de lo que

podíamos llamar una visión "dialéctica" del mundo. Toda la presentación a nuestro autor en series de tres. A veces presentan un aspecto estrictamente dialéctico, con la progresión invariable de afirmación, negación y resolución. A veces se sirve de ellas para aclarar lo más visible un concepto, juntando adjetivos o sustantivos de matices distintos, para después contrastarlos y conseguir así un conjunto de una precisión exacta. A veces quiere únicamente dar un ritmo definido, algo como un compás tripartito, a su prosa.

Cuando quiere precisar los males de España, dice que "cabría ordenar(los)... en tres zonas o estratos." (3,124) El ser del hombre está compuesto de tres elementos: Pensamiento, Voluntad, Sentimiento. (3,171) Hay

tres experiencias puras que cabe hacer y que son siempre las más fáciles:.. la monarquía tradicional;.. la democracia radical;.. el autoritarismo no menos radical. Agotado el ciclo de las experiencias puras no quedaba otro remedio que ensayar las mezclas. 5,253

Hay "tres momentos diferentes, que cíclicamente se repiten a lo largo de la historia humana." 5,304

Al estar... el hombre en el mundo... (puede) adoptar una de... tres carices. 5,337

Podemos distinguir tres enormes estadios en la evolución de la técnica: 1° La técnica del azar. 2° La técnica del artesano. 3° La técnica del técnico. 5,360

Encuentra "tres facciones o rasgos... comunes a amor y odio." 5,557

Se refiere al "triple tesoro que permite constituir una aristocracia: nobleza, riqueza, destreza." 6,99

Su teoría de las generaciones lo demuestra que hay "alojados en un mismo tiempo externo y cronológico... tres tiempos vitales distintos. 4,92

Progresar el hombre "hacia lo mejor, hacia lo peor o hacia nada." 5,22

Cuando usa Ortega adjetivos, casi siempre los emplea en series de tres:

inequívoca, fija o inmutable; distante, excéntrico, extremo; amplia, honda y rica; concretísimo, individualísimo o integral; primario,

ejemplar y pedagógico; directa, antónima, síndroma; intermedia, irresponsable, atencional; latente, secreta, como incertidumbre; abstracto, irresponsable, inexistente; negativo, forzado y penoso; transhumanos, inquietas y broncas; melancólicos, maniáticos y frenéticos; incontable, indecible, incéfalo; magnífico, glorioso y triunfante; bueno, dulce y limpio; fluido, ígneo, magnético; sustantiva, esencial y poronno; monótono, insistente, pesadísimo; discontinua, periférica y oficial; asuntos peligrosos, ágiles, bicernos; violenta, arbitraria y fallida; fija, proscriba, ontológicamente inmóvil; imaginaria, espectral, fantasmagórica; sagrada, inviolable, tabú; móvil, andariega, inquieta; frívolo, concupiscente o impío; inconsciente, ciego y arbitrario; inexpressivo, geométrico, hierático; desmesurado, caricaturesco y extravagante; viva, eléctrica, conmovadora; fugitiva, indómita, multiforme.

No obstante, hemos dicho que Ortega no es un escritor amante del adjetivo; y por eso es más común encontrar en su prosa verbos o sustantivos en series de tres, hecho que hace los siguientes ejemplos más típicos:

Una estructura, un orden y conexión; en lejanías, en profundidades, en ausencia; se convierte en nube informe, en plasma sin figura, en pulpa sin dintorno; los modelos, las normas, las pautas; se dotione, cristaliza y congela; de norma, de incitación y de freno; astucia, gracia y cautela; una profundidad, un bulto, una evidencia incalculables; un poco de delicia, de evasión y de triunfo; gravita hacia la realidad, la busca escrupulosamente, se supedita humilde a ella; incualificados, incalificables y descalificados; el retroceso, la barbarie, la decadencia; la costumbre, el uso, el tópico; mengua, escasez, impotencia angustiosa; pobreza, dificultad y peligro; sazón... de juzgar, de sentenciar, de decidir; se desagrega, se dispersa, se atomiza; obrio de claridades, beodo de evidencias, borracho de seronidad; su ordenado puesto, su misión, su papel; toque general a prescindir de, a retirarse, a negar toda riqueza, complejidad y abundancia; echar los pies por alto, ponerse fuera de sí y entregarse al libertinaje; es nada, es la nada siendo, es la pretensión de algo positivo que se queda en pura pretensión fallida; constitutivamente problema, cuestión, dificultad; siempre un sucesor, un heredero, un hijo del pasado humano; tiene, posee y maneja por su cuenta; cuyo ser, cuya consistencia o contenido; mera periferia, músculo o tejido adiposo; enriquecer, mejorar, cambiar nuestra vida; la imposibilidad de todo hacer, la falta de sentido de todo vivir, lo invivible que es la vida; inventa, ensaya y agota; anula, suspenda o inhiba; un desapacible cariz de hospital, de cuartel, de cárcel; deje un millón, una amputación, un vacío; el átomo que vibra, la piedra que cae, la célula que prolifera; tan rica en resortes animadores, en presencias de lo bien logrado, en triunfos y perfecciones; real y no imaginario y no supuesto o meramente deseado; son figuras, pura chafarrinón, mascarones de proa; es estúpidamente arriesgado, es injustificadamente fatigoso y es... deplorablemente antiestético; revela, declara, grita; destruido, aventado, pulverizado; lo obnubila, lo ciega, lo obliga a actuar mecánicamente; suspender su ocupación directa con las cosas, desasirse de su derredor, desentenderse de él; el hombre hume-

niza al mundo, la ignota, la insegura de su propia vida, la ideal; tenga de vivir en los próximos meses, forjando su disciplina, inventarse sus modos de existir; araja, se descoyunto y toma otros rumbos; actos orgánicos --- comer, huir, nidificar; siempre falsedad, juego sucio y retórica; el asco, el cambio de camisa, el baño; de aclarar, de definir y conocer; un movimiento y esfuerzo y faena; ganar, lucrarse, satisfacer sus necesidades; un unendliches Gespräch, una charla infinita, una conversación interminable... sin última consecuencia, sin acabar nunca, sin terminar en una resolución; congelarlo, paralizarlo, petrificarlo; se estrecha, empobrece y paraliza.

Pero acaso podamos apreciar mejor el sabor que nos da esa visión tricotómica de Ortega si citamos algunos ejemplos más amplios.

En puros reflejos, en manchitas independientes, átomos de cromatismo, el paisaje libre dispersa la persona, avienta la grey de las ideas descompone el intelecto en sus simples elementales. 3,558

Quedaban sólo a la vista, manos, nariz y ojos. El resto era falsificación, literatura textil, peluquería. 3,472

Lo entusiasma la audacia, la infatigabilidad, la eficiencia de todos sus actos y gestos, la entereza inmutable con que aguanta el insulto y resiste el ataque, la presencia de espíritu con que gobierna su persona en medio de la tempestad política. 3,622

Basta ver la energía, la resolución, la soltura con que cualquier individuo se mueve hoy por la existencia, agarra el placer que pasa, impone su decisión. 4,153

Vivimos en sazón de nivelaciones; se nivelan las fortunas, se nivela la cultura entre las distintas clases sociales, se nivelan los sexos. 4,154

No hay modo de desalojar al tanto de su tantería, llevarlo de pasos un rato más allá de su ceguera y obligarlo a que contraste su torpe visión habitual con otros modos de ver más sutiles. 4,187

Sin que nadie se lo haya propuesto ni lo haya enunciado como programa, sin acto alguno ni siquiera intención de propaganda, sin aparato ni instrumento de ninguna clase... 4,485

Los muchos sabores y ninguno suficiente, los muchos apetitos y placeres posibles, pero ninguno plenario, el demasiado amentenamiento de quonaceros forzosos, pero ninguno con sentido absoluto, satisfactorio... 5,108

Se pueden pensar demasiados pensamientos, desear demasiadas cosas, seguir demasiados tipos de vida diferentes. 5,110

El hombre... la exagera, exacerba y exaspera, la saca de quicio, es decir, de su lugar, renuncia a aceptar auténticamente la vida según es y, por una ficción íntima que le inspira su desesperación, la reduce a un extremo, se instala en él y hace extremismo. 5,112

Nótese que la vida de los pueblos no es muy diferente de la nuestra, que cultivar un campo o una hacienda muy distintos de los nuestros, y que hacer un automóvil no es correr. 5,322

Así acontece con la piedra, con la planta, probablemente con el animal. Si así fuese, el hombre carecería de necesidades, no ocharía de menos nada, no sería monesteroso. 5,336

No eran guerras de pueblos, guerras férvidas, peleas de sentimientos, sino guerras de militares contra militares, guerras frías, guerras de cabeza y puño. 5,371

Disvertirse es apartarse provisoriamente de lo que solíamos ser, cambiar durante algún tiempo nuestra personalidad efectiva por otra en apariencia arbitraria, intentar evadirnos un momento de nuestro mundo. 6,420

Todos esos desmanes pertenecían a la figura social del soldado, iban anejos a su oficio y eran congruentes con lo que de él se podía... Lo de menos para él era la batalla, el golpe de pie, el balazo. Más graves eran las hambres que pasaba, los fríos, las epidemias. Se lo pagaba mal, tarde o nunca. 6,497

Acaso hemos citado ejemplos en demasía para demostrar ese ritmo triple que emplea Ortega. Pero se trata precisamente de entender la forma subterránea en que vierte todo su pensamiento; y sin buena copia de ilustraciones no podríamos dar una idea efectiva de la continuidad rítmica que da ese procedimiento retórico a su prosa. Mas ahora que tenemos bien clara en nuestras mentes la base misma de esa armonidad que tanto seduce a sus lectores, podemos considerar algunos otros medios que emplea Ortega para hacer atrayentes sus palabras.

Uno de los más importantes es su manera íntima, familiar. Al leer sus páginas, parece que somos miembros de un club exclusivo. Todo el mundo en nuestro alrededor está excluido, desdénosamente. quedan excluidos el

bárbaro suburbano, las cabezas pesadas, los mandarines literarios, los hombres de segunda clase, los pseudointelectuales, los temporamentos toscos y triviales, los montecatos, los hipócritas, las almas inferiores, las almas inertes, los ciudadanos mediocres, los tipos inferiores del hombre, los temperamentos plebeyos, las cabezas de cartón, las mentes menos inquietas y creadoras,

todas esas palabras usadas por Ortega para mentar el tipo de hombre

que está entre... el libro...
entre

los espíritus selectos, las personalidades escogidas, los buenos entendedores, las mentes más agudas, los temperamentos delicados y sutiles, los lectores responsables, los espíritus de rara selección, los espíritus alertas, los buenos artifices vitales,

Palabras que han sido utilizadas por Ortega para denominar a los hombres capaces de entender su punto de vista, los hombres que probablemente estarán numerados entre sus lectores.

Y una vez contados entre los amigos de Ortega, el maestro charla amistosamente con nosotros. Porque "el pensamiento no es, como la literatura, monólogo, sino esencialmente diálogo;" (3,255) y Ortega, pensador y literato, no puede menos que dialogar con nosotros. Pone al lector a trabajar con él:

Imagínese el lector trasladado solo o con pocos de sus afines a un territorio muy remoto, de enorme extensión y deshabitado. 4,373

Sin más que una sencilla colaboración del lector, espero dar plena claridad a lo que ahora intento decir. Le invito a que procure representarse, no cisnes ni princesas lejanas ni pajes gentiles, sino un revisor de tren... Bien, pues ahora necesito del lector un nuevo esfuerzo: que, si ha viajado un poco, se represente cada uno de esos entos en distintos países. 5,192

Charla con nosotros, a veces se burla un poco; su expresión usual aparecerá vertida en fórmulas como éstas:

Adviértase... recuerda usted... le contaré a usted otro día... hemos visto... con usted, señora...

Te diré, señor lector... 1,49

Yo no sé lo que tú pensarás, lector... 1,51

Créame, amigo mío, tú y yo, somos una casualidad... 1,54

Y lo fatal es, lector... 1,192

Lector, yo he sido durante seis años emperador dentro de una gota de luz, en un imperio más azul y esplendoroso que la tierra de los mandarines. 1,532

Acaso les sorprendiera un poco advertir que yo sé una porción de secretos de ustedes, de secretos que no han dicho a nadie. 5,118

Aquí, por ejemplo, el lector puede estar seguro, si lo desea, de que Dios podría muy bien hacer la vida de un hombre...

Una vez que el lector y yo hemos emergido de este paréntesis... 3,435

Se pone a nuestro nivel Ortega:

Ustedes -- por lo menos, muchos de entre ustedes -- saben muy poco o no saben nada del asunto. Yo, por mi parte, no estoy seguro de que no me acontezca lo mismo... (Juntamos, pues,) nuestras ignorancias... (y formemos) una sociedad anónima, con un buen capital de ignorancia, (para) lanzarnos a la empresa, sin pedantería o con la menor dosis de ella posible, pero con vivo afán de ver claro, con alegría intelectual -- una virtud que empezaba a perderse en Europa --, con esa alegría que suscita en nosotros la esperanza de que súbitamente vamos a llenarnos de evidencias. Partamos, pues, una vez más, en busca de ideas claras. Es decir, de verdades. 5,298

Si tiene ocasión de referirse a alguno de los grandes hombres de nuestra cultura, lo trae, familiarmente, al seno de nuestra intimidad. Se refiere, por ejemplo, a

nuestro buen viejo Aristóteles... 3,364

al viejo zarro que era Unamuno... 5,379

al pobre hombre Platón que hace veinticuatro siglos se esforzó a su modo por sostenerse sobre el haz de la vida... 5,451

a Augusto Comte, el domento genial;.. "Este pobre hombre, calvo y a quien le llena un ojo, con su aire de modesto empleado, (quien) se obstina, desde su habitación en el piso tercero izquierda, en fundar nada menos que una nueva religión." 5,308 y 5,489

Y aunque generalmente es amistoso con nosotros, cuando lo cree necesario no tiene inconveniente en regañarnos, hasta en insultarnos.

Escribiendo para los argentinos, dice alguna vez:

Su comportamiento (del argentino) nos parece en parte demasiado peculiar para ser sincero, en parte demasiado repulido para ser también sincero. En suma, notamos falta de autenticidad. La palabra, el gesto se producen como naciendo directamente de un fondo Vital íntimo, sino como fabricado... 2,650

Escribiendo para sus lectores españoles, no es menos duro:

Es forzoso reconocer que el español, tan lleno de otras virtudes más importantes, no posee casi nunca el don de interesar. Es de ordinario un hombre excelente, pero aburrido... 5,477

El lector español, de temple bronce y espantadizo, suele más que leer controlar y su indecisión le impide, a veces, enterarse de lo negro

que se lo pone delante. Velázquez, 32

Y no se olvida de dar a sus escritos cierto aire cosmopolito o ilustrado. Está salpicada su obra de palabras extranjeras -- italianas, francesas, alemanas, inglesas, hasta de palabras chinas o sánscritas. Citaremos algunos ejemplos de términos ingleses que emplea, para dar una idea de la frecuencia con que usa esa técnica.

Se refiere al

Pajarraco que hizo su nido en los iceborgs (2,454); esto bulldog de Bismark (1,442); la enorme riqueza del "made in Germany" (1,127); como el boomerang a la mano que lo lanzó (2,493); la voz del gong llamando a la plogaria (3,16); la prosa de magazine (3,494); En cambio, the man who made his pile... goza de respeto (3,504); fabulosa prosperity (4,138); dejando knock-out (sic) a un estratega ilustrado (3,541); reservados a los happy few (4,197); el comfort y el orden público (4,176); mientras haya dollars (4,197); un esfuerzo increíble de self-control (4,286); las conversaciones de beer-table (sic) (4,299); mora potencia para ser as you like (5,200); que tenga su chance (6,439); ciertas ideas que yo llamaría ideas fishing, ideas que se enuncian y proclaman precisamente porque se sabe que no tendrán lugar (5,307).

Emplica las palabras:

Policemen, stock, Indian Reservation, jazzband (sic), standard, hinterland, performance, beefsteak, clown, business activity, Salvation Army, hall, cock-tail, bluff, tick, nurse, cant, films, prosperity, egyptian, trial and error, pedigree, snobs, dancing, slogan, biceps, City, self-sufficiency, shock, pioneers, handicap, spleen.

Y si añadimos a esa buena porción de palabras extranjeras otro tanto de palabras y frases latinas y griegas, creo que será fácil ver la sensación de euforia que sentiría el lector de mediana cultura al descubrir que Ortega le atribuye ilustración tan vasta. Entre las palabras de clara derivación clásica, o clásicas en sí mismas, que he recogido de entre sus primeros ensayos, encontramos

clamar concomitans; Deux ex machina; terrofacto; globus intellectuales; de re política; feble; intringulis; pandemonium, conobios; doxtrales; simpliciter; mapamundi; sucedáneo; porielita; intususcepción; grosso modo; logomaquias; palingonósicos; opiconos; othónica; anadrómone; steatopygia, o sea la propensión notada en las mujeres de algunos pueblos salvajes a tener demasiado nutrida la rabadilla 1,495.

El lector no puede dejar de considerarse como miembro del círculo

de íntimos amigos de Ortega; se siente uno de los elegidos al moverse ampliamente y sin dificultad entre los mejores pensadores de todos los tiempos. Se siente hombre de gran mundo, que conversa en términos de igualdad con otro hombre ilustrado.

Pero, si por medio de cierto snobismo Ortega atrae a sus lectores, le queda todavía una tarea más. Tiene que hacerles entender aquello que tan amenamente ha referido a su atención. Todo lo demás es periférico; eso es lo medular. Porque los miembros de su generación quieren, sobre todo, enseñar.

Y uno de los requisitos esenciales para el que pretenda enseñar es la claridad. Para Ortega, el deseo de claridad es una de las metas más importantes de su vida. Nos ha dicho: necesito vivir de claridades. (3,45) Y considera que la claridad es lo que "demanda ante todo los tiempos que vienen." (6,314) Por esa razón puedo decir:

El mayor afán es que el lector, aun el menos cultivado, no se pierda por estos volúmenes en que lo he metido. 5,405

En su eterna búsqueda de claridades ha utilizado varias técnicas estilísticas que hemos encontrado ya. Evita siempre las abstracciones. Siempre presenta sus ideas en forma concreta, vitalizada, exacta. A menudo está obligado "a repetir las cosas varias veces y a destacar las estaciones de (su) trayectoria," (5,405) para asegurar su cabal comprensión. No escatima el uso de anécdotas, de ejemplos, de ilustraciones, para hacer más palpable la idea que quiere expresar.

Pero no se limita a presentar en forma inequívoca su pensamiento. Tiene muchas maneras de decir que nos fuerzan a fijar nuestra atención en sus palabras, y que nos hacen pensar por nosotros mismos lo que él nos dice. Es esa manera de concentrar la atención del lector en lo que ahora nos ocupa.

El más importante de esos medios es, desde luego, la metáfora. So-

gún Max Eastman, cuando encontramos una metáfora, están suspensas nuestra atención y nuestro pensamiento ante una equiparación que tomamos que resolver antes de poder seguir adelante. Nuestra atención está fija por causa de fuerza mayor, y la idea que representa la metáfora recibe necesariamente nuestra más cuidadosa atención. La metáfora, nos dice,

is the essence of an attentive consciousness. It is mind suspended on the brink of action. 44

El estilo de Ortega, sumamente metafórico, es en consecuencia capaz de hacernos suspender nuestra carrera al leer, forzándonos a considerar cuidadosamente lo que nuestro autor nos dice. Mas Ortega consigue efectos parecidos por medio de otra técnica más -- su afán de reduplicación, de reiteración. Es frecuente encontrar en las páginas que ha escrito reduplicaciones de palabras.

Porque lo más importante es siempre difícil, difícil... 5,270

El artículo es breve, breve como un trallazo, 5,272

Tresecientos años, señor Dingler, tresecientos años hace... 5,275

Esa vida inventada, inventada como se inventa una novela... 5,354

Conviene, conviene, de cuando en cuando recordar el pasado -- recordar que se han dicho estas cosas... 5,106

Pero el resto... vuelve, vuelve siempre y se nos impone... 5,117

Se habla, se habla de todas esas cuestiones... 5,296

Esto, éste es el indubitado hecho humano... 5,568

Tal vez, tal vez, la concordia hubiese durado... 6,103

Porque bien, bien, no podemos entender nada histórico... 6,236

Citarémos un sólo ejemplo de ese modo rítmico de ~~entresacar~~, para poder captar mejor la impresión que nos da y ver cómo estamos forzados a enterarnos de lo que Ortega quiere decirnos;

Lo primero que hay que decir es, como corresponde, la más humilde verdad. Esta: la pintura es una cosa que ciertos hombres se ocupan

en hacer mientras otros se ocupan en mirarla, copiarla, criticarla, ensalzarla, teorizar sobre ella, venderla, comprarla y prestigiarse socialmente, por lo menos convencerse con su posesión. Según esto la pintura consiste en un vasto repertorio de acciones humanas. Fuera de éstas, aparte de éstas, la pintura, lo que llamamos arte pictórico, no es nada, pues es sólo el material que da ocasión a aquellas acciones -- es el muro embadurnado de colores affresco, es la tabla esmaltada de colores al temple, es el lienzo empastado de colores al óleo. Mas dando, propiamente hablando, la pintura existe, es en las acciones que en esos materiales terminan, o bien en aquellas -- contemplación, goce, análisis, lucro -- que allí empiezan. No huelga nada, repito, esta humilde recordación de que es la pintura mera ajotrec humano y no surge espontáneamente en los muros, como la gotera o el liquen, ni florece de pronto en los lienzos como un sarpullido. La pintura no es, pues, un modo de ser de las paredes ni un modo de ser de las telas, sino un modo de ser hombre que los hombres, a veces, ejercitan. Velázquez, 17-18

Otra técnica que emplea Ortega, acaso inspirado por su familiaridad con el alemán, es el amplio uso de mayúsculas para hacer resaltar palabras importantes al desarrollo de su pensamiento. Escribe con mayúscula muchas palabras, entre ellas:

Poética, Virtud, Razón, Deber, Solidaridad, Estética, Política, Orgullo, Ética, Exposición, Idea, sobre el fondo Humanidad, Cuerpo de archivistas, cada pueblo, La Historia, la Imitación de las Cosas, la Gran Cosa por excelencia, La Tierra coexiste con el Sol, este pobre concepto de Vida, la Luz, La Metafísica.

A veces escribe palabras o frases enteras en mayúsculas, como "HACER" o "BEATERIA DE LA CULTURA."

Otra faceta de su estilo que tiene como fin principal captar nuestra atención es la exageración, la potencialización. Para Ortega, "comenzar a entender es... sorprenderse, extrañarse." (4,144) Ve la necesidad de exageración en todo,

Pensar es, quiérase o no, exagerar. Quien profiera no exagerar tiene que callarse; más aún: tiene que paralizar su intelecto y ver la manera de idiotizarse. 4,236

Toma sus temas

unilateralmente, por una sola de sus aristas, exagerándola(s). (Porque) pensar, hablar, es siempre exagerar. Al hablar, al pensar, nos proponemos aclarar las cosas, y esto obliga a exacerbarlas, dislocar las, esquematizarlas. Todo concepto es ya exageración. 4,419

En uno de sus primeros ensayos, después de una exageración especial-

mente notable, nos explica su posición más claramente. "Déjese," dice

a esto cuanto tiene de innegable exageración. Se trata precisamente de exagerar, puesto que se trata de comprender... Todo concepto es por su naturaleza una exageración... Pronto a las cosas fabricamos modelos excesivos que nos sirven para entendernos a nosotros mismos en nuestro trato con ellas... La exageración es el momento de creación que tiene el pensamiento. En él inventamos un mundo exacerbadísimo, esquemático, compuesto de gritos -- todo nombre es grito, mito, leyenda--, pero lleno de dramática claridad. La verdad resulta cuando al trasluz de ese mundo ficticio miramos la realidad. Nos basta entonces con restar nuestra propia exageración. 1,650

Es evidente su gusto por la exageración en los adjetivos que emplea:

importancia gigante, rareza vertiginosa, máxima anomalía, monstruosidad sin ejemplo, fervor superlativo, frenético entusiasmo, insuperable comodidad, importancia incalculable, omnímodo resentimiento, nuevos problemas gigantescos de dimensiones vastísimas, una gigantesca síntesis de nimiedades, una manía milenaria, monstruosamente destacado, una fabulosa soledad, superlativamente anormal.

Pero aparece aún más claramente en giros más amplios:

Yo soy un hombre español, es decir, un hombre sin imaginación. 1,186

Sin una biblioteca medianamente provista, España vive deshonrada. 1,8

Un problema cósmico es el vino. 2,51

Con estos jóvenes cabe hacer una de dos cosas: o fusilarlos o esforzarse en comprenderlos. 3,359

Para el buen español medio, es el escritor, como tal, un hombre de fama, pero, entiéndase bien, de mala fama... (Lleva una) existencia marginal, pareja a la que llevaban los leprosos en la Edad Media. 3,498

Sería preciso disparar el cañonazo dentro del oído de cada español para lograr que la sociedad española se enterase de que ahí fuera había tiros. 3,502

Probablemente es la novela el único género literario que hoy existe. 3,545

Léase... nuestro ~~carácter~~ del siglo XVIII, e inténtese... reconstruir el tipo de alma que lo ha forjado. El que haga esta experiencia acabará echándose las manos a la cabeza, sobrecogido de espanto. 3,584

Por vez primera, en una larga serie de generaciones, tal vez de siglos, Europa no tiene desces, 3,437

El amor está en baja. Empieza a no llevarse. 3,439

No sería excesivo afirmar que en este instante (con la filosofía de Kant) culmina la historia europea. 4,26

El sistema de Kant... por sí sólo bastaría para justificar y consagrar ante el Universo la existencia del continente europeo. 4,38

El pueblo inglés es, en efecto, el hecho más extraño que hay en el planeta. 4,282

Don Gaspar de Mostanza, recientemente fallecido, es uno de los pocos españoles interesantes que han nacido en los últimos cien años. 5,477

Ser intelectual es una condición que debe quedar oculta, como ser ladrón, como ser espía, como ser prostituta. 5,513

Yo no sé si hay otro en el más allá de las postrimerías, pero es indudable que hay un infierno cismundano -- la sociedad. 6,72

Empieza Ortega todavía otra manera de exagerar -- la de escribir paradójicamente. "El intelectual," nos dice,

por proscripción inexorable y contra su gusto o voluntad... ha sido comisionado para hacer constar en este mundo la paradoja... Doxa significa la opinión pública, y no parece justificado que exista una clase de hombres cuyo oficio específico consiste en opinar si su opinión ha de coincidir con la pública... parece más verosímil que el intelectual exista para llevar la contraria a la opinión pública, a la doxa, descubriendo, sosteniendo frente al lugar común la opinión verdadera, la paradoxa. 5,441

Es profeta Ortega, y como buen profeta "no se contenta con menos que con poner las cosas del revés." (5,499) Si le viene en gana, sostendrá la tesis, según la cual, no es el hombre quien precede del mono, sino el mono quien se deriva del hombre. 3,551

A cada paso en sus escritos encontramos opiniones paradójicas:

En la novela nos interesa la descripción, precisamente porque, en rigor, no nos interesa lo descrito. 1,378

El hombre, para acertar, necesita poner todo, hasta su ilustre capacidad de equivocarse. 4,66

Discute "una observación demasiado obvia para que sea verdadera." 4,308

Descubro que "la juventud, que es tan parlanchina, es, en lo esencial, muda: no tiene voz." 5,183

Nos dice que "el decir se compone, sobre todo, de silencios." 5,233

Cree que "para el hombre sólo es necesaria la objetivamente super-

fluo." 5,328

Necesitamos acercarnos de nuevo al griego y al romano, no en cuanto modelos, sino, al contrario, en cuanto ejemplares erróneos. 5,450

Hace constar que "en la visión elabora normalmente, necesariamente, una cierta dosis de ceguera." 6,151

Muchas veces resulta que sus paradojas, breves, ingeniosas y originales, son al fin de cuentas aforismos. Citamos unos cuantos ejemplares:

"Querer" ser clásico es algo así como partir para la guerra de los treinta años. 3,423

Una política es clara cuando su definición no lo es. 3,618

Dogma es lo que queda de una idea cuando la ha aplastado un martillo pilón. 5,515-6

Sin medida no hay nada meritorio, y el hombre es capaz de envilecerse hasta con la sublimidad. 6,469

Toda la gracia de la pintura se concentra en esta dual condición: su ansia de expresar y su resolución de callar. Velázquez, 20

El estilo de José Ortega y Gasset es, pues, vívido, lleno de vida y emoción, concreto. Expresa estados de acción captados por una visión sentimental y personal. Se basa siempre en lo más personal e individual del ser de nuestro autor. En consonancia con su deseo de expresar siempre lo vital, desprecia los adjetivos y prefiere el sustantivo y el verbo. Desconfiado de lo general, escribe amplexadamente, utilizando un ritmo basado en su visión tridentaria del universo, que le permite precisar cada palabra, cada concepto, al contrastarlo con sus acompañantes. Es un estilo cosmopolita, liberalmente salpicado de palabras extranjeras y de modismos latinos y griegos. Rico en metáforas, símiles, anécdotas, ejemplos, ilustraciones, paradojas y exageraciones, es un instrumento muy apto para fijar la atención del lector, forzándolo a pensar por su propia cuenta y así apreciar el punto de vista que expresa Ortega. Y es un estilo íntimo, algo como

una charla amistosa, en la que el lector se siente estrechamente relacionado con el autor y con los temas que desarrolla.

Capítulo Sexto

Últimas palabras sobre el estilo de nuestro autor

Tenemos ahora una idea bastante clara de los principales elementos que constituyen el estilo de José Ortega y Gasset. Nos falta solamente considerarlo en relación con las grandes corrientes literarias: decidir si es un estilo clásico o romántico, intelectual o emocional. Y al tratar de resolver esa cuestión, descubrimos que el estilo de Ortega y el ser del hombre mismo encierran una paradoja sorprendente. Ortega es un hombre por propensión clásico. Es de "propensión sedentaria," (6,374) "inerte," (6,419), "algo meditabundo," (Volázquez, 11). Es un intelectual, un hombre "de toga y no de espada." (6,328). Nos dice que

me ha movido exclusivamente la delicia de intentar comprender -- ni la ira ni el entusiasmo. 3,386

He cuidado durante toda mi vida de montar en mi aparato psicofísico un sistema muy fuerte de inhibiciones y frenos... 4,306

Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas. 6,351

Pero advierto que su ser no está completo. La claridad, el reposo, la tendencia de apartarse de los demás y vivir introspectivamente (nos ha dicho que "yo no podré escribir nunca una línea si no es... a algunos metros de distancia de los demás seres humanos (2,130),) lo parece una limitación fatal. En su filosofía es defensor implacable de la espontaneidad; y es que reconoce el alto valor humano que va anejo a la pasión y al entusiasmo, calidades que a él le faltan.

Fuera... más agudo y más sabio envidiar al hombre apasionado que tacharlo de iluso. Su paisaje es tan real como el nuestro, sólo que es mejor, 3,293

nos dice alguna vez.

Hemos visto cómo trata Ortega en su filosofía de conciliar la razón con la espontaneidad. Y vemos el mismo esfuerzo para superar dialécticamente dos conceptos opuestos, en su discusión de lo romántico frente a lo clásico. Para nuestro autor el clasicismo "es actualidad, como romanticismo es nostalgia." (3,263) Y con la parte analítica de su método favorece lo actual y lo claro. No puede sostener que

~~el hombre en estado nativo es bueno...~~ (Y) esto es la módulo del romanticismo, (que) en mi vocabulario... quiero decir pecado. 1,84

No somos ya románticos. No somos todavía otra cosa. Somos, si acaso, románticos del revés. Vivimos de burlarnos del romanticismo. 2,601

Caracteriza el romanticismo como

una voluptuosidad de infinitudes, una ansia de integridad ilimitada. Es un quererlo todo y ser incapaz de renunciar a nada. Por esto hay en él siempre confusión e imperfección. 2,26

Pero la cosa es grave, porque Ortega mismo no puede renunciar a nada.

Ya he dicho que para mí la vida no tiene sentido si no es como una aspiración de no renunciar a nada. 2,158

En los centros más profundos de su ser, anhela todo lo indefinido, lo espontáneo, lo pasional que su intelecto no le permite gozar. Y en consecuencia, aunque no lo quiere, es Ortega esencialmente un romántico. Ve en las épocas clásicas "épocas claras, pero pobres, sin juego. Son las épocas 'clásicas' en que la mente se reduce a una existencia provincial, limitada, y se toma demasiado en serio a sí misma." (2,420-1) Es cierto que el hombre romántico

era un hombre que buscaba en la vida la embriaguez. Sólo se sentía a gusto cuando perdía la serenidad. Destilaba un lirismo parecido al aguardiente, que le permitía borrarse fuera de sí. De aquí su afición a lo sublime... Lo sublime es lo excesivo, lo que pasa toda medida, lo que nos arrolla, nos aniquila, nos embriaga. 2,603

Pero si son despreciables sus excesos, por lo menos reconoce la necesi-

sidad en la vida de lo espontáneo y emocional. Por esa razón merece el romántico respeto y emulación.

La más honda intención del romanticismo radica en creer que las emociones constituyen una zona del alma humana más profunda que razón y voluntad... En este sentido, todos somos hoy románticos, y yo ilimitadamente. 2,243

El Romanticismo... significa en la historia el triunfo del sentimiento. Hasta entonces había solido el hombre avergonzarse de sus emociones, demasiado orgulloso de sus ideas, y las mantenía prisioneras en una cárcel de razón... Mas, abiertas las poternas de la prisión donde estaban ahorrojados y en esclavitud los sentimientos, saltan éstos sobre la existencia como sobre una presa, derrieten con su fuego la vida congelada y, enardecidos, lo incendian todo: la política y la ciencia, las artes y el trato social. Al revés que en la época anterior, cada hombre va inclinado sobre sus propias emociones, puesto el cido atento a la fluencia sentimental que mana de su viscera cordial. 2,521

El modo de ser romántico que atrae a Ortega es muy romántico y muy español -- Ortega, al fin de cuentas, es un escritor barroco. Caracteriza su estilo como "ampuloso y rebuscado sin retórica" (2,100) -- dos características primarias del estilo barroco -- que defino más detalladamente como "el triunfo de la pasión sobre la razón," (2,515) el predominio de "fantasía y ardor, es decir, alma" (2,478) sobre lo reflexionado o intelectual. Creo que el barroco es el estilo más en consonancia con el espíritu de su patria:

El realismo español es una de tantas vagas palabras con que hemos ido tapando en nuestras cabezas los huecos de ideas exactas. Tal vez resultaría (al rectificar ese lugar común) que somos todo lo contrario de lo que se dice: que somos más bien amigos de lo barroco y dinámico, de las tensiones y el expresivismo. 1,568

No puede menos que dar más categoría a lo clásico; pero su gusto personal y racial impide que sea él mismo un clásico, a pesar de todo su amor por la claridad y de su reconocimiento de la importancia de la razón en la vida.

Todo lo que es objeto de valoración (está sometido) a dos ordenaciones... distintas: una, según sus rangos objetivos; otra, según nuestra personal preferencia... Así, en arte me ocurre a mí que profiero las obras donde se agita un cierto barroquismo y, no obstante, percibo claramente que en un orden ideal de valoración corresponde el

primer rango a las que irradian una clásica serenidad estelar. 2,100

Nos dice de Max Scheler que

tenía que decir tantas serenidades, que se atrepallaba, que iba dando tumbos, obrio de claridades, beodo de evidencias, barracho de serenidad.

Y amplifica esas metáforas, reconociendo que

la expresión es barroca, pero, como todo lo barroco, se encuentra siempre en los clásicos. Para Platón, el filósofo es reconocible por ese paradójico gesto. A su juicio, el filósofo no es un hombre tranquilo, tibio, pausado. Es un frenético, un exaltado, un "entusiasta." 4,511

Al decir, pues, que es Ortega un clásico con la sensibilidad de un barroco, podemos fijar su posición estilística y resolver la paradoja que es su vida y su obra. Como buen clásico tiene que forjar un mundo ordenado en que vivir. Pero como buen español e individualista extremo, tiene que completar su esquema filosófico con una evocación plena del mundo vital y emocional. La idea sola, fría, aislada y abstracta no le basta. Nada menos que una integración completa de todos los elementos que forman nuestra vida puede satisfacerle.

Es Ortega un hombre entero y un intelectual de primer orden. Su fina sensibilidad le permite tratar temas como el amor, la naturaleza de la sociedad, el origen del Estado, con una penetración rara vez igualada. Pero al tratar de filiar los rasgos distintivos de nuestras humanas preocupaciones, sin escatimar ninguno, su situación intelectual es insostenible. Porque el mundo del intelecto, el mundo de las abstracciones, es todo lo que uno quiere, menos vital, sentimental, humano. Ortega está forzado, aunque lo negaría, a elegir entre la preeminencia del lado emocional y del lado intelectual del hombre. Y le parece que lo emocional es lo más importante.

Por eso, el hombre meditabundo e introspectivo que es, tiene que soñar de ser un frenético, un exaltado, un entusiasta de la filosofía.

Pero la experiencia vital de cada hombre, como Ortega ha visto, es distinta. Es imposible dividirla, fijarla o filiarla definitivamente. Y por eso es Ortega un espectador, más que un filósofo. Observador agudo, explora intelectualmente las muchas vertientes que le ofrece la realidad. Pero en su filosofía no puede encontrar las normas que el filósofo siempre busca, y termina abogando por un relativismo que está limitado únicamente por el buen gusto y medida innatos en el aristócrata, el único que tiene interés para nuestro pensador.

En su estilo refleja la importancia que su pensamiento da al lado emocional y sentimental de nuestra naturaleza. Al descontar la posibilidad de hablar con sentido común sobre cosas universales, al negar importancia última a lo abstracto, se queda con un mundo personal, una visión individual que él puede revelarnos. Y lo revela utilizando todos los medios que pueden hacer su propia visión atractiva para sus lectores. Llena cada frase con gran contenido emocional, se refiere siempre a lo concreto y muchas veces a lo extraño y extraordinario. Consigue, por medio de exageraciones, de paradojas, de metáforas, de símiles, de ilustraciones, de repeticiones, de superlativos, de neologismos, de todo lo exagerado y desmesurado que puede descubrir o inventar, fijar nuestra atención sobre las palabras que expresan su peculiar visión cósmica. La vitalidad, el colorido y el movimiento de ese estilo que ha forjado le asegura nuestro interés en cuanto a sus opiniones, que casi siempre aclaran los problemas que apremian nuestro tiempo -- problemas que su visión individual reduce a cierto orden, si no los puede resolver.

Su estilo, su filosofía y su ser son prototipos del ser y de la filosofía que caracterizan a nuestra civilización en el momento presente. Nosotros tampoco poseemos certidumbres. Nosotros también

sentimos que somos individuos ante todo, y que no podemos aceptar ni reservas ninguna resolución de los problemas metafísicos que nos plantea la vida. Y cuando leemos la prosa compleja pero diáfana, razonada pero emocional, de José Ortega y Gasset, sentimos que estamos en comunión con un alma hermana de la nuestra. Creemos haber encontrado una personalidad española, individualista por tradición y por educación, que refleja fielmente las condiciones de nuestro ser más íntimo. Simpatizamos con su esfuerzo por dar unidad a la dualidad de nuestro universo. Simpatizamos también con su inevitable derrota -- derrota que es la nuestra también. Y sobre todo, admiramos el estilo vital con que consigue plasmar, triunfalmente, los principios relativistas que rigen por doquiera, dándoles, si no un cimiento filosófico, por lo menos un lugar propio en el interminable desarrollo que es la historia de nuestra cultura.

Notas

1. César Barja, Libros y autores contemporáneos, Librería Victoriana Suárez, Madrid, 1935, p.99.
2. Julián Marías, Historia de la Filosofía, 6ª ed., Revista de Occidente, Madrid, 1952, p. 394.
3. José Sánchez Villaseñor, José Ortega y Gasset: ensamblaje y trayectoria, Ed. Jus, México, 1943, p. 334.
4. Sánchez Villaseñor, Op. cit., p. 393
5. Julián Marías, Op. cit., p. 393
6. María Luisa Gaturra en The New Yorker Magazine, 19 Apr 54, p.27
7. Azorín, citado por Rubén Salido Orcillo en Excelsior, 24 junio 1953, página editorial.
8. Barja, Op. cit., pp. 99-100.
9. Vera Yamuni Tabush, Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española, El Colegio de México, 1951, p. 143.
10. Ángel Valbuena Prat, Historia de la literatura española, 3ª ed., Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1950, Tomo III, pp. 581-8.
11. Salvador Azuela, en El Universal, 13 abril 54, página editorial.
12. Sánchez Villaseñor, Op. cit., p. 279.
13. " " p. 74.
14. " " p. 17.
15. " " pp. 204-5.
16. Agustín Basave Jr., Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset: Un bosquejo valorativo, Ed. Jus, México, 1950, pp. 81 y 91.
17. Las citas en este apartado están tomadas de Salvador de Madariaga, Ingleses, franceses, españoles, 7ª ed., Ed. Hormes, México, 1951, pp. 23-25, 64-77, 98-111, 127-137.
18. Salvador de Madariaga, Don Juan y la Don-Juanita, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950, p. 23.
19. Pedro Bain Entralgo, La generación del noventa y ocho, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947, pp. 139-45.
20. Ramón Menéndez Aidal, Los españoles en la historia y en la literatura, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1951, p. 167
21. Menéndez Aidal, Op. cit., p. 158
22. " " p. 170

23. Gregorio Marañón, en el prólogo a Guillermo Díaz-Alajá, Modernismo frente a novedad y echo, Espasa-Calpe, Madrid, 1951, p. XV.
24. Salvador de Madariaga, España; Ensayo de historia contemporánea, 3ª ed., Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1942, p. 132.
25. Barja, Op. cit., p. 106.
26. Ángel del Río y H.J. Bernardote, El concepto contemporáneo de España; Antología de ensayos, Ed. Losada, Buenos Aires, 1946, p. 493.
27. Julián Marías en el Diccionario de literatura española, Revista de Occidente, Madrid, 1949, p. 448.
28. Díaz-Alajá, Op. cit., nota, p. 117.
29. Ángel del Río, Op. cit., p. 14.
30. Río Barja en la Revista de Occidente, abril de 1924, p. 35.
31. Laim Entralgo, Op. cit., p. 53.
32. Ángel del Río, Op. cit., p. 25.
33. Pedro Salinas en la Revista de Occidente, febrero de 1924, pp. 263-4.
34. Ángel del Río, Op. cit., p. 26.
35. Madariaga, Ingleses, franceses, españoles, p. 73.
36. Esa discusión de la historia de la filosofía se basa principalmente en Ernst Cassirer, An Essay on Man: An Introduction to a Philosophy of Human Culture, Yale University Press, New Haven, 1944, Chapter I.
37. Madariaga, Ingleses, franceses, españoles, p. 75.
38. Marco Aurelio, A sí mismo, citado en Cassirer, Op. cit., p. 6.
39. " " " " " " p. 7.
40. " " " " " " p. 8.
41. Germán Bleiberg en el Diccionario de literatura española, p. 224.
42. Citado en Susanne K. Langer, Philosophy in a New Key; A Study in the Symbolism of Reason, Rite and Art, Penguin Books, New York, 1948, p. 9.
43. Julián Marías, citado en el Diccionario de la literatura española, p. 448.
44. Max Eastman, The Enjoyment of Living, Harper Brothers, New York, 1948, p. 434.

Bibliografía

Obras primarias

José Ortega y Gasset, Obras completas en 6 tomos, 2ª edición, Revista de Occidente, Madrid, 1950.

José Ortega y Gasset, Enlaces sobre Velázquez y Goya, Revista de Occidente, Madrid, 1950.

Obras secundarias

César Barja, Libros y autores contemporáneos, Librería Victoriano Suárez, Madrid, 1935.

Augustín Basave Jr., Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset; Un bosquejo valorativo, Ed. Jus, México, 1950.

Guillermo Díaz-Fleja, Modernismo frente a noventa y ocho, Espasa-Calpe, Madrid, 1951.

Pedro Luis Entralgo, La generación del noventa y ocho, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947.

Ángel del Río y E.J. Bernardoto, El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931), Ed. Losada, Buenos Aires, 1946.

José Sánchez Villaseñor, José Ortega y Gasset; Pensamiento y trayectoria, Ed. Jus, México, 1945.

Vera Yamuni Tabush, Conceptos e imágenes en pensadores de lengua española, El Colegio de México, 1951.

Obras generales

Ernst Cassirer, An Essay on Man; An Introduction to a Philosophy of Human Culture, Yale University Press, New Haven, 1944.

Max Eastman, The Enjoyment of Living, Harper Brothers, New York, 1943.

Susanne K. Langer, Philosophy in a New Key; A Study in the Symbolism of Reason, Rite and Art, Penguin Books, New York, 1948.

Salvador de Madariaga, Don Juan y la Don-Juanita, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

Idem, España; Ensayo de historia contemporánea, 3ª ed., Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1942.

Idem, Ingleses, franceses, españoles, 7ª ed., Ed. Norma, México, 1951.

Julian Marías, Historia de la filosofía, 6ª ed., Revista de Occidente, Madrid, 1952.

Ramón Menéndez Pidal, Los españoles en la historia y en la literatura, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1947.

Ángel Valbuena Prat, Historia de la literatura española, 5ª ed., Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1950.

Diccionario de Literatura Española, Revista de Occidente, Madrid, 1949.

Varios artículos de Periódicos y revistas.



BIBLIOTECA SIMON BOLIVAR
CENTRO DE ENSEÑANZA
PARA EXTRANJEROS